

En el País del Sol

Un cuento de reconciliación en Eslovakia

Por Cristina Roy

Edición popular publicada por T.E.L.L.,
P.O. Box 28, Jenison, MI, 49428,
Estados Unidos; 1990. ISBN 0 939125 56 0

Contenido

- I [Donde llegamos a conocer a Palko](#)
- II [Un campamento de leñadores](#)
- III [El País del Sol](#)
- IV [Palko tiene un secreto](#)
- V [Primeros rayos de luz en la noche](#)
- VI [El señor rector](#)
- VII [Donde Lesina declara su pasado](#)
- VIII [El señor rector en el País del Sol](#)
- IX [Donde Lesina se marcha a su casa](#)
- X [Donde Palko sirve en casa del señor rector](#)
- XI [Por qué tuvo Palko que dejar e servicio del señor rector](#)
- XII [La tía Lesina](#)
- XIII [El rector está muy enfermo](#)
- XIV [El señor rector aclara un asunto](#)
- XV [Palko sirve otra vez al señor rector](#)
- XVI [Palko halla a su padre](#)
- XVII [Donde el cura llega al País del Sol](#)



I Donde llegamos a conocer a Palko

Después de un invierno largo y riguroso, después de copiosas nevadas y fríos glaciales, había aparecido por fin la radiante primavera en toda su hermosura. Nadie la saludó con mayor alborozo que el pequeño Palko Juriga. Cual pájaro que se escapa de su jaula y echa gozoso a volar, había salido de su aldea, y se encaminaba con paso ligero hacia las montañas, sus amadas montañas. Era muy estrecha para él la vieja casita cuyas pequeñas ventanas habían quedado desde el otoño hasta la primavera, no solamente cerradas, sino medio tapadas con musgo.

El viejo Pablo Juriga, cuyo apellido daban a Palko, no era, sin embargo, su padre ni su abuelo. Pero no por eso se querían ambos con menor ternura. El anciano se ganaba el sustento confeccionando cedazos en aquellas montañas. Allí tenía su pobre choza, la cual, periódicamente restaurada, le servía de abrigo ya hacía treinta años. En un principio, sus hijos la habían ocupado con él; pero hacía mucho tiempo que habían volado, cual aguiluchos, lejos del nido paterno, y, desde entonces, el anciano solía escogerse un compañero entre los hombres que venían a abastecerse de madera para fabricar toda clase de artefactos.



Hacia dos años, un hombre de bastante edad, llamado Razga, que venía del valle del Waag,* había compartido la morada de Juriga; iba acompañado de un niño. Pero su salud se había quebrantado con el rudo trabajo, y tal vez también con el áspero clima de aquellas montañas; tosía sin cesar, y ya no podía trabajar sino muy poco. Su niño le servía como un perrito bien amaestrado: guisaba la sopa, iba a coger hongos y traía sus haces de

leña. Por fin, el pobre Razga había tenido que guardar cama. Entonces, cierto día, dijo a Juriga:

* El Waag, conocido también como el Váh, es el río principal de Eslovaquia, nutrido por las montañas Cárpatos Blancos.

— Oye, Pablo: tú no tienes a nadie contigo en el mundo, y lo mismo le sucede a mi muchacho. Voy a tener que irme a morir a mi casa. Pero yo no quiero llevarme conmigo a este niño, pues me temo que después de mi muerte no cuiden de él. Quédate con él, pues podrá serte útil. Hazlo por amor de Dios, y Él te recompensará.

— En cuanto a mí — dijo Pablo pasándose la mano por sus cabellos grises, que caían en gruesos mechones hasta las espaldas — quiero tenerlo; pero, ¿qué dirán sus padres?

— Oye, Pablo, te lo voy a decir: este niño no es mi nieto, y no sé siquiera si viven sus padres. Cayó en manos de mi difunta hija de una manera muy extraña. Es preciso que te cuente esta historia; deja un momento tu trabajo para escucharme.

Asintió el anciano, y la narración que le hizo Razga se grabó en su memoria de un modo indeleble.

— Un día que mi hija Ana andaba buscando hongos, le pareció de repente oír el llanto de un niño. Ya sabes qué miedosas son las mujeres; siempre se figuran que el Maligno les tiende un lazo; así es que no se volvió para ver qué era aquello. Pero el niño seguía llorando cada vez más. Ella misma tenía dos tiernos hijos; y, conmovida acabó por decidirse a penetrar en nombre de Dios en la espesura del bosque. Y, ¿qué es lo que vio allí? Un pobre niño, de año y medio a dos años de edad a lo más, vestido tan sólo de una camisita, con la cabeza y los piecitos desnudos, que se dirigía hacia ella sollozando y pidiendo de beber. ¿Cómo se encontraba en aquel lugar solitario? ¿Quién le había perdido? No le era posible manifestarlo, pues no sabía decir otra palabra que la de mamá. Ana le tomó en sus brazos, enjugó sus lágrimas, le dió de comer y de beber, pues por fortuna llevaba un pedazo de pan en su bolsillo, y el pobrecito comió y bebió con avidez. Después de esto, se durmió en los brazos de mi hija. Su camisita y sus cabellos estaban húmedos, señal indubitable de que había pasado la noche anterior al raso. Yo me he preguntado más de cuatro veces: ¿Quién ha velado sobre él, y le ha protegido contra las bestias silvestres? ¡Son tantos los jabalíes que vagan por nuestra comarca!

— Los niños tienen sus ángeles tutelares — observó Pablo, mientras enjugaba a escondidas sus lágrimas que corrían por sus arrugadas mejillas.

Por algunos momentos, ambos ancianos quedaron en silencio, pensando en aquel pequeñito ser abandonado; vagando por la montaña, y que al llegar la noche se habría dormido sollozando, apoyada su rizada cabeza en una almohada de musgo, solito, lejos de su madre ...

— Y, ¿qué sucedió después?

— Ana nos lo trajo a casa. Entonces dimos parte del hecho a la autoridad, para el caso de que alguien buscara al niño, pero sin resultado alguno. Como Ana misma había sepultado poco tiempo antes a un pequeño Palko suyo, dió este nombre al niño que acaba de recoger.

Mi yerno no se opuso a esta adopción, pues era en aquel tiempo un hombre moderado y de buenas costumbres. Pero Ana murió cuando el niño tenía unos cinco años de edad, y la nueva esposa que vino a ocupar su lugar no es buena madre aun para mis nietos. Así es que el pobrecito forastero le fué como una espina en el ojo. Por lo tanto, yo le he adoptado en cierto modo. Tanto, que le he mandado a la escuela, mayormente con el objeto de alejarle de casa; pero daba gusto ver cómo aprovechaba, pues al fin del invierno ya sabía leer. Es de suponer que tiene, sabe Dios dónde, padres inteligentes.

Pero ahora, si muero, es seguro que se apresurarán a colocarle de cualquier manera como guardador de gansos, y no tardará en olvidarlo todo. Tómale, pues, Juriga; el niño te será útil un día u otro, más tarde. Además, yo no puedo menos de creer que llegará un día en que encuentre a sus padres. Podrás al menos decirles que ha sido bien cuidado en mi casa, que siempre hemos compartido con él lo que teníamos, y que cuando mis nietos tenían que sufrir por el genio de su madrastra, cuando mi yerno empezó a emborracharse y a maltratarnos a todos, yo siempre he tomado a Palko bajo mi protección. Bien podrán dar gracias a Dios por mí. Dime, Juriga, ¿no quieres quedarte con él?

— ¡Sí, Razga, por amor de Dios! Y le mandaré también a la escuela. Pasará el verano conmigo, y hará su aprendizaje. Dejaré por una temporada la confección de cedazos, hasta que él pueda ayudarme, y me dedicaré a hacer cucharas.

Razga, pues, se fue a su casa y no volvió más, y el muchacho se quedó con Pablo. Al principio derramó lágrimas por la partida de su abuelo; pero como Juriga le sustituyese tan bien en todo, aquel pequeño corazón infantil no tardó en recobrar su equilibrio y natural alegría. Y ahora, al cabo de año y medio, les parece al niño y al anciano que han vivido siempre juntos.

Hoy Palko va trepando con pie ágil por la falda de la montaña, para ir a barrer la choza y arreglarla lo mejor que pueda. Y, sin embargo, no va poco cargado. El fardo que lleva a la espalda contiene un poco de ropa, un pan grande, cebollas, un pedazo de carne ahumada y alguna sal envuelta en un papel; lleva también unas cuantas patatas, las restantes las traerá el abuelo en un saco. Además de esto, lleva colgando del hombro las herramientas del abuelo, y su mano sostiene un cántaro. Portador de estas riquezas, camina con paso alegre, lo mismo que si fuese todo un príncipe. Un sombrero abollado cubre su rubia y rizada cabellera; sobre sus espaldas lleva una capita que fue de color blanco, listada de azul. Un pantalón de tela burda, una camisita con mangas anchas, pequeñas alpargatas cuidadosamente ajustadas; una cintura de cuero negro y hebillas doradas completan el traje del principillo, cuyos grandes ojos de color azul oscuro despiden rayos de gozo intenso. “¡Oh libertad, libertad, libertad, cuán cara nos eres!” A buen seguro que entonaría, si lo conociera, este canto eslovaco, pues todo en él canta y baila de alegría.

— ¡A- ló — grita el niño en las montañas, y el eco responde: — ¡A- ló, a- ló, a- ló!

— ¡You-ou! ... ¡you-ou! — Y Palko se echa a reír tan alegremente, que parece que tiene una campanilla en la garganta; y el eco también echa a reír ... Cualquiera creería que la montaña le da la bienvenida.

— ¡Hola!, buenos días, hijo mío. ¿Ya estás aquí? — dijo una voz de hombre.

Era, en efecto, la del leñador Liska, el cual, subiendo detrás de él, lo había alcanzado.

— ¡Buenos días, títo! — respondió el niño alargando la mano a aquel viejo amigo — Yo me he adelantado para preparar la cabaña.

— Milagro será que la nieve no la haya derribado; debe ser muy sólida. ¡Vamos, Dios te acompañe, muchacho! Voy a casa del guarda.

— ¡Id'e zdravi! (Qué siga usted bien).

Cuanto más alto subía el niño, más numerosas aparecían las casas de los leñadores. De algunas se elevaba una nubecilla de humo, señal de la presencia de sus moradores; otras permanecían desocupadas, mientras unas pocas yacían por el suelo, derribadas y en parte cubiertas de nieve.

Era preciso cruzar arroyos crecidos a consecuencia del derretimiento de las nieves. No había todavía más verdura en los bosques que la de los abetos y pinos, pues apenas empezaban los demás árboles a echar sus yemas.

Por fin, nuestro pequeño viajero llegó a su destino: es un recodo del camino, entre dos pinos lozanos, ¡allí estaba la choza, la choza propia de Pablo y suya! Los ojos del niño brillaron de gozo. Por más que en su construcción no entrasen sino maderas y arcilla, aquel palacio le parecía suntuoso; ¿no era su hogar? ¡Y además volvía a encontrarlo tal como lo habían dejado el otoño!

Cogiendo una escoba de abedul, barrió el suelo, compuso el fogón en el centro de la cabaña, hizo un pequeño acopio de leña y ramitas, y colocó en su debido lugar los objetos que había traído de la llanura. Hecho esto, corrió a la fuente cristalina que brotaba cerca de la casa, y llenó su cántaro.

— ¡Muy bien, hijo! ¡Dios nos bendiga! Ya he llegado yo también — exclamó el abuelo.

Después de pelar las patatas, pusieron al fuego la marmita de tres pies.

— Guisa tú la sopa; yo he visto aquí cerca un roncón de hojas secas, y voy a buscarlas, pues nos darán una buena cama.

Las ramitas chisporreaban alegremente, alumbrando la cara del atareado cocinerito. Ya hierve el agua en la olla; el niño echa sal, un poco de manteca, comino, cebollas, algunas rebanadas de pan seco, y cuando todo está cocido a punto, aparta la marmita.

— ¡Abuelito, abuelito, la sopa está hecha!

— Ya voy hijo. — Y al poco rato el anciano entró jadeando, llevando una pesada carga de hojas secas, que depositó en un rincón, mientras el sudor bañaba su arrugada frente.

— Es atrocemente pesada esta hojarasca — dijo soltando un juramento.

En seguida sacó de su bolsillo dos cucharas, y comió con ganas, así como su pequeño compañero. La receta de aquella sopa no se encuentra en ningún libro de cocina, pero para ellos era manjar de reyes.

Acabado el festín, dispusieron de un lecho cómodo y blando, tendiendo sobre las hojas una sábana de tela basta. Como el sol, en su carrera, se hallase precisamente encima de la montaña, señalando la hora de medio día, se tendieron para descansar un rato. El niño echó sobre el anciano una vieja piel de cordero, arrebujóse a sí mismo en su capa, y, antes que hubiese sido posible contar hasta cinco, ya estaban dormidos.

El fuego seguía ardiendo en medio de la choza. Cual incienso de su sacrificio, el humo subía por la abertura de la techumbre, derecho al cielo, mezclándose con el aroma de los abetos. En todas partes se respiraba una atmósfera primaveral: un olor refrigerante, que lo embalsama todo, el suelo, la hierba y los árboles. La naturaleza se parece a una criatura que despierta del sueño, y que su madre sumerge en un baño perfumado, para merecerla después en sus amantes brazos.

Pero, mientras el cielo y la tierra hablan de un alegre despertar y de resurrección, aquellos dos seres humanos solos están sumidos en un profundo sueño, tanto espiritual como corporal. ¿Quién sabrá despertarlos?

II Un campamento de leñadores

Pocos días después, ya empezó a reinar una gran animación en el monte. Temprano, por la madrugada y hasta el anochecer, resonaba el ruido de los hachazos, el estrépito de los árboles que caían al suelo, el rechinar de las grandes sierras, el crujido de las ramas al romperse o el choque de los troncos que los leñadores apilaban; añádanse a todo esto las voces humanas.

En muchos casos, mejor fuera que éstas no se hubiesen oído. ¡Qué de voces groseras, indecentes, qué de blasfemias, qué de palabras ligeras o irritadas salían de las bocas!

Al poco tiempo cuando todas las chozas quedaron ocupadas, sus habitantes, ignorantes, faltos de educación y hasta perversos, trabajaban como bestias de carga. Amén de esto, se emborrachaban algunas veces de una manera vergonzosa; y, viviendo como lo harían seres desprovistos de almas, cometían a menudo actos que les rebajaban más que al nivel de los animales. Había, sin embargo, también entre aquellos infelices algunos hombres decentes y dignos de aprecio; y de éstos formaban parte Juriga y Liska. Es cierto que eran algo dados a la bebida. — ¿Qué harían los pobres — decían — si no pudiesen siquiera echar un trago de vez en cuando?

Sin embargo, no se emborrachaban. Se les escapaba también alguna que otra blasfemia; ¿no eran ellos leñadores? No por eso dejaban sus compañeros de tenerlos por mejores que lo demás, y ellos mismos eran de este parecer.

Pero la única persona que inspiraba cierto respeto a aquellos hombres groseros era Palko. No habiendo allí más niños que él, era considerado como una especie de tesoro común, de que era preciso valerse con tiento, pues les hacía mil favores y les prestaba toda clase de servicios; hasta, en efecto, de aguada, cogiendo al mismo tiempo hongos que repartía luego entre todos, y guisaba la sopa, ora para el uno, ora para el otro ... así es que el anciano no tenía que pasar cuidados por la manutención de su Palko, puesto que le daban siempre todo cuanto necesitaba.

Juriga veía con agrado en el niño esta naturaleza tan llena de sencillez y confianza hacia todos, y solía aplicar a Palko un refrán eslovaco que dice: “Las gentes son hechas para las gentes, como los montes para los montes”.

El mismo había disfrutado, en los años de su juventud, del aprecio general, por su carácter franco y abierto. Y aun ahora vivía en buenas relaciones con todos. “Nadie puede quejarse de mí; yo no hago daño a nadie; doy los buenos días a todos; soy cortés y servicial; si le alta a uno tabaco, cerillas, sal, hasta manteca, se lo presto gustoso. Además, este niño le guardo por amor de Dios”. Esto pensaba Juriga, y no estaba poco satisfecho de sí mismo. A pesar de su avanzada edad, no había encontrado todavía a nadie que fuese mejor que él.

III El País del Sol

Cierto domingo del mes de mayo, algunos montañeses habían bajado a la aldea para asistir a la iglesia; otros, para pedir trabajo a las autoridades municipales; y otros, en gran número, se habían dirigido hacia la taberna, cuyo propietario era un avaro, con el objeto de hacer sus compras o sencillamente para gastar en la bebida el dinero que con arduo trabajo habían ganado durante la semana. Los que quedaban en el monte dormían en sus casas, o habían salido a buscar hongos.

Sentado al sol delante de su puerta, descansaba el viejo Pablo Juriga, fumando su pipa, cuando de repente oyó pasos y ladridos. ¿Sería algún cazador? No; era un joven que venía de otra comarca, y parecía ser un obrero en traje de domingo.

— Buenos días — dijo el forastero, a cuya salutación contestó Juriga cortésmente.

— Diga usted — prosiguió el recién llegado — ¿vive usted solo en esta choza?

— Sí, con mi nietecito; ¿por qué me lo pregunta usted?

— Es que tengo aquí trabajo por algunas semanas. ¿Me tomaría usted en su casa?

— Bueno; pero tú, ¿qué haces? ¿Cuál es tu oficio?

— Tornero. Así, pues, ¿puedo venir y dejar aquí mi saco?

— Sí, ¿vas a bajar todavía al pueblo?

— No; voy a casa del guardabosque, pues allí tengo mis negocios y dormiré allí; mañana, a la salida del sol, estaré aquí.

— Has llegado a buena hora. Siéntate un rato. ¿Es tuyo este perro?

— Sí. Acá, Dunaj! — El perro, de color enteramente blanco, vino de un salto a sentarse a los pies de su dueño — Yo lo había encerrado en casa, pero ha logrado escaparse y me ha alcanzado. Un animal semejante vale, a veces, más que un hombre.

— ¿Y cómo te llamas?

— Martín Lesina.

Contentísimo de haber hallado con quien conversar, Juriga le hizo un sin fin de preguntas acerca de la pequeña ciudad de cual venía, de la manera de vivir de las gentes allí, y del estado de los cultivos.

Lesina, por su parte, fué puesto al corriente de lo que pasaba en la montaña, para que no se dejase engañar por nadie.

— Tengo necesidad de dinero, y por eso he venido a cortar yo mismo mi madera, en vez de comprarla, como acostumbraba hacerlo. Le estoy muy agradecido por sus buenos consejos.
— Y se fué.

— ¡Buena figura tiene! — decía para sí Juriga cuando se halló otra vez solo delante de su choza — Es derecho como un abeto, se ve que ha sido soldado. Parece también inteligente. Sin embargo, a pesar de ser joven, tiene la mirada melancólica, con quien ya no espera nada de la vida. Pero, ¿dónde estará Palko? Él sí que se alegrará, sobre todo por el magnífico perro. ¿Dónde ha podido quedarse?

Salido de madrugada en busca de hongos, se había alejado bastante, buscando los sitios favorables, y llevaba su saquito lleno de hermosas setas. Cuando se disponía a volver, se le ocurrió que era domingo, y como no le apuraba el trabajo, sintió un vivísimo deseo de ir a ver lo que podía hallarse detrás de aquella enorme mole de roca que se divisaba, y que siempre le había dado qué pensar. ¿Cómo es, y cómo vive aquel mundo que se oculta allí detrás? En pasados tiempos, hacía ya años de esto, mamita Ana la había contado por las noches muchas historias bonitas. Una sobre todo había, que Palko se hacía con siempre nuevo. Era la de un niño, hijo de un rey desaparecido, que iba vagando por el vasto mundo en busca de su padre. Y un día, al llegar a las montañas, observó una inmensa roca, y después un pajarito dorado que se acercó a él, y le exhortó a escalarla, asegurándole que detrás de ella estaba situado el País del Sol, en el cual se hallaba el rey su padre. El niño emprendió la marcha, pero toda clase de monstruos vinieron a cerrarle el paso: una serpiente, un león un oso y otro más. Por fortuna, salió al encuentro un valiente caballero, montado en un corcel de fuego, quien triunfó de los monstruos, libertó al joven príncipe y le depositó en el palacio real, donde halló a su padre.

En la escuela, Palko había preguntado al maestro dónde estaba situado el País del Sol, que no había podido descubrir en un mapa de Europa; y éste le había contestado, riéndose, que estaba en el país de los cuentos, el cual no figura en los mapas geográficos.

¡Cuántas veces, desde aquel día, había deseado Palko ver este reino de los cuentos! ¿Y si estuviese allí, detrás de aquel picacho que rodeaba una densa niebla como de una capucha, cada mañana? ¿Y si, como sucede en el cuento de Cenicienta, Palko, clamase: “Niebla por detrás, niebla por delante”, se abriría tal vez para él el reino de los cuentos, si no del todo, parte, cuando menos el País del Sol? ... ¡Cuántas veces, por la mañana, desde la fuente a la cual iba por agua, ha contemplado aquel misterioso picacho, y había deseado subir a él algún día!

— Hoy tengo tiempo, allá voy — Y dejando su saquito en un sitio en el cual pudiera hallarlo sin dificultad, empezó a trepar por la áspera senda que conducía a la peña.

— Seguramente será allí — pensó el niño, impaciente por llegar — Puesto que el sol no se pone nunca en aquel País del Sol, y allí no hay noche, hará mucho calor — Y no se extrañaba de que subiendo lo sentía ya.

Por fin, después de salvar un último peñasco, contempló a sus pies un pequeño valle, cercado enteramente de montañas, e inundado de los alegres rayos del sol de mayo. La peña sobre la cual estaba bajando por gradas escarpadas hacia el fondo, donde, cual verde alfombra, se extendía una pradera esmaltada de violetas y lirios del campo. De la peña brotaba una fuente que, semejante a una serpiente plateada, descendía al valle, y a su alrededor florecían rosales y ciruelos silvestres.

No reinaba allí el gran silencio que se observa en las selvas; los mirlos cantaban, los pinzones y los tordos les contestaban; se oía el trabajo del hacha en la corteza de los árboles; las ardillas saltaban de rama en rama ... ¡cuánta animación, cuánta vida!

— Sí — se decía Palko — sin duda alguna es el País del Sol.

Al contemplar estas maravillas, colocó con precaución el pie sobre una gran roca que descendía un poco. Pero, ¿qué es lo que con admiración vió allí? Cerca de la fuente se hallaba algo como una puerta en la peña. ¿Sería posible pasar más adentro aunque fuese a gatas? Felizmente, por una hendidura penetraba un rayo de luz que permitía ver en el interior. La cuevita parecía una habitación, en medio de la cual había una mesa y un banco; de las paredes cuelgan telarañas, y por el suelo no falta musgo traído por el viento.

— ¡Es una habitación! — pensó Palko — ¿Quién sabe si vive alguien aquí ... ?

Y entró, aunque no sin emoción. Y, ¿qué objeto es el que vió sobre la mesa? ¡Un libro! El niño lo abrió, y empezó a deletrear las palabras escritas en la primera página, que decían: “Quién quiera que seas, tú que tomas en tu mano ese santo libro, léelo con perseverancia y atención, línea tras línea. Te enseñará el camino que conduce de este valle de lágrimas al país en el cual ya no hay noche, y donde el sol no se pone nunca, al país de la luz y felicidad eterna”.

¡Era, pues, cierto; no se había equivocado! ¡Este misterioso librito negro le mostraría el camino del País del Sol! Aquel país, pues, existía seguramente, por más que no se hallase en el mapa. Palko se sentó en seguida, y apoyando en las manos su rubia cabeza, empezó a leer. No le faltaban ganas de omitir la primera página, que no contenía sino nombres de personas; pero las palabras escritas decían que el librito debía leerse *línea tras línea*.

Serían sin duda los nombres de los moradores del país, aquellos nombres extraños que cuadrarían en aquella comarca. Pero después de ellos venían nombres conocidos: José y María, y un nombre muy hermoso: Emanuel, Dios con nosotros, algún santo al parecer, puesto que Dios era con él ... — Y el muchacho miraba con ansiedad en derredor. Por fin, decía el libro que había nacido un niño, y que le habían dado el nombre de Jesús. ¡Qué nombre tan hermoso, más aun que Emmanuel! Palko ya había oído con frecuencia la expresión de: “¡Alabado sea Jesús!” y también, en momento de miedo repentino, la de: “¡Jesús, María y José!” ¿Eran los mismos que aquellos de los cuales hablaba el libro?

— ¡Señor Dios!, ayúdame! — como decía el abuelo en los instantes críticos ... y prosiguió su lectura.

La continuación no era tan difícil de entender. El libro cuenta que, en la época del nacimiento de Jesús en Belén, había un tal Herodes, rey del País del Sol. Seguidamente que unos sabios — qué sabios debían ser, si eran magos vinieron al rey, deseosos de ver al niño. ¿Qué podía ser aquella estrella que habían visto en Oriente? Deseaban mucho ver al niño; pero como nadie pudiese mostrárselo, las gentes acabaron por enviarlos a Belén, fue la estrella la que los guió: ella andaba delante, en el cielo, ellos la seguían, y de repente se paró; y allí en la casa hallaron al niño Jesús. Sería algún príncipe hechizado, puesto que cayeron de rodillas, ante él, llenos de respeto, y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Estos dos últimos regalos, ¿serían probablemente alimentos? Después de esto, volvieron a su tierra por otro camino, pues Dios se lo había mandado.

— ¡Oh, qué hermoso es todo esto! — exclamó el niño, dando palmadas de júbilo. — Aquel Herodes, se me figura que era un dragón que quería devorar al niño Jesús; pero no pudo, pues un ángel vino de noche y les hizo salir a todos, a María, a José y al niño. Era todo un caballero aquel José. Pero, ¡qué cosa más horrorosa debió ser cuando aquel miserable dragón mató a todos los niños, y sus mamás lloraban sin que se les pudiera consolar! ¡Bien hecho que haya tenido que morir! Cuando menos pudo así José traer otra vez al niño Jesús al País del Sol, donde vinieron a habitar en la ciudad de Nazaret.

¡Cuántas cosas he aprendido ya hoy acerca de aquel País del Sol! Pero es preciso que me contente con esto por ahora; de lo contrario, estaría el abuelo inquieto. Al fin y al cabo, no es tan lejos, y volveré todos los días, o al menos cada domingo; porque quiero, sí, saber lo que le habrá acontecido a aquel príncipe hechizado, y descubrir también por mí mismo el camino de dicho País del Sol.

IV Palko tiene un secreto

Los dos hombres a quienes vimos entrar en relaciones en el capítulo anterior se acostumbraron pronto el uno al otro. Apenas habían transcurrido cinco semanas desde que Martín Lesina habitaba con Juriga, y ya les parecía que siempre habían vivido juntos. Pablo no se equivocó a profetizar que a Palko le gustaría infinito la presencia del perro; se complacían, en efecto, en su mutua compañía, y en todas partes donde se veían las huellas de las pequeñas alpargatas del niño en el rocío, era seguro hallar también las del perro.

Desde la llegada de Lesina, el anciano no había vuelto a la taberna con los demás leñadores. En cuanto a Lesina, no bebía ni fumaba.

— Me sucedió una vez, estando ebrio, cometer una mala acción, y yo no quiere reincidir — fue su respuesta a Juriga, que le instaba para que le acompañase — usted mismo haría mejor en dejar de beber. Con lo que se ahorrará de esta manera, podremos tener lecho todos los días, y carne los domingos.

Esta sugerencia agradó mucho a Juriga. No le importaba gran cosa la carne; pero era muy aficionado a la leche, y hasta entonces no había podido satisfacer este deseo sino muy de tarde en tarde, mientras que ahora podía tener a discreción lecha fría y leche caliente. Por lo que hace a su vieja pipa, le era imposible pasarse sin ella, y Lesina mismo la traía tabaco de vez en cuando. Dormían juntos como si fuesen padre e hijo, y Palko tenía su lecho en otro rincón de la habitación, donde disfrutaba el sueño más feliz del mundo en compañía de Dunaj.

Una sola cosa le parecía extraña a Juriga, y era que Lesina, que tan amable se mostraba con todos — pues, a no dudar, tenía educación — apenas echaba una mirada al niño, y, sin embargo, éste le hacía, conforme a sus alcances, toda clase de buenos oficios.

El anciano, por otra parte, no notaba que Palko no charlaba tanto como antes. El gran placer del niño era ir por la leche, y de este recado volvía bastante tarde y jadeado; y no era difícil conocer que Dunaj había corrido también. Juriga seguramente habría reparado el ello, si hubiera estado solo; pero, distraído con la compañía de Lesina, no se preocupaba tanto del muchacho. Por tres domingos seguidos, los hombres fueron a la iglesia, no volviendo sino al anochecer; y hallando preparada la leche, no se les ocurrió preguntar a Palko lo que había hecho solitario todos los días.

¡Oh!, no es cosa de poca monta para un niño tener su primer secreto. ¿Por qué no decía nada de su precioso tesoro? Palko hubiera podido explicárselo a sí mismo. Se acordaba de que en ciertos cuentos aseguraban que tan pronto como los interesados habían hablado de algo, todo desaparecía instantáneamente. Si hubiese contado a alguien que había descubierto unos de los extremos del País del Sol, así como aquella misteriosa gruta con aquel santo libro, y que iba allí todos los días un momento y todos los domingos de la mañana a la noche, a leer línea tras línea, para hallar el camino que conduce al verdadero País del Sol, ¿quién sabe si la gruta no habría desaparecido con todo lo demás? Y en este caso, nunca podría aprender ya lo que tanto deseaba saber.

Se callaba, pues, su secreto, y prefería sufrir una riña por haber gastado demasiado tiempo en su cosecha de fresas el domingo. Cuando llegue el día en que sepa todo cuanto desea saber, lo participará al abuelo, y entonces se dirigirán juntos al País del Sol, donde mora Jesús.

Esto no obstante, cuanto más adelantaba Palko en su lectura, menos se acordaba del reino de los cuentos; sin que se cuenta de ello, su único objeto, al volver continuamente, era saber más acerca de Jesús. ¡Oh!, aquel Jesús, ¡cuán grande bondad, y qué maravilloso su poder! Podía hacer todo cuanto quería, sin duda por que era el Hijo de Dios.

Palko entendía poco de lo que sucedió en las orillas del Jordán entre Jesús y Juan, aquel hombre extraño que no comió langostas y miel silvestre. Sólo comprendió que una vez resonó del cielo, y siendo el cielo la morada de Dios, en mismo quien daba a entender que Jesús era su Hijo amado, al cual era preciso obedecer.

— Pero, ¿cómo puede ser esto? ¿José no sería su padre verdadero? ... ¡Ah!, sí que lo entiendo; es lo mismo que el abuelo Juriga, el cual tampoco es mi verdadero abuelo; mas, como cuida de mí, creen las gentes que soy su nieto.

Palko se convencía además de que él también estaba obligado a obedecer al Señor Jesús puesto que Dios lo había mandado.

Cuando comprenda bien — pensaba para sí el niño — lo que Jesús decía a las gentes, yo lo haré, por más que no lo vea a él personalmente. ¡Oh, cuán poderoso era, y qué bien supo rechazar al diablo, cuando éste quiso tentarle! Y esto sí que era cosa buena: llamaba a sí a los pecadores, y les enseñaba, y sanaba a todos los enfermos. Y a las gentes les daba todo lo que pedían, hasta pan suficiente para alimentar miles de personas. ¡Cuántas cosas hay en este libro!

Pero, ¿qué va a suceder, ahora que muchos empiezan a volverse contra él?

¡Qué escenas más tristes tuvo que leer el niño! Ya no podía conciliar el sueño, porque su imaginación se las representó una manera tan viva: aquella noche terrible, aquel jardín en el cual Jesús oraba y agonizaba, tan angustiado, que un su sangre apareció en su frente ... ¡Y sus discípulos durmiendo!

— Si yo hubiera estado allí, le habría echado los brazos al cuello, diciéndole: — No temas, que Dios te salvará — Pero no le ha salvado. ¿Y por qué, por qué no le ha librado de sus enemigos? Estos han venido, le han atado, y después ... Pero las lágrimas casi impedían al niño leer cómo habían azotado, escarnecido y clavado por fin a Jesús en la cruz ... Yo no tenía la más remota idea de que aquel Cristo que hay delante de la capilla en una cruz de madera fuese precisamente el Señor Jesús. Claro está que no es él personalmente, sino solamente una imagen de madera. Pero, al menos, ahora sé que le han crucificado. Si tan sola pudiera yo saber por qué me has, ¡oh!, ¡por qué Dios no le ha librado cuando clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ... sino que le dejó morir ... ¡y le han enterrado! ...

Palko cerró el libro, y se fué del todo abatido. El sol estaba todavía alto encima del horizonte; la montaña ostentaba todas sus galas, sus verdes selvas, sus flores; Dunaj brincaba alegremente, dedicado a cazar ardillas y pájaros; sólo Palko no se sentía con ánimo de gozar de nada.

— ¿Para qué sirven estas bonitas flores? ¿Cómo pueden las avecillas cantar, ahora que Jesús ha muerto? — pensaba el niño. Puesto que ya no vive, yo no podré verle nunca, ni decirle nunca cuánto le quiero, y que estaba decidido a obedecerle.

El día siguiente no volvió siquiera a la cueva. Si embargo, le vino a la mente la idea de que era preciso leer el santo libro “líneas tras líneas”, si quería conocer el camino que conduce al País del Sol. Además, era menester también saber lo que habían hecho María y los discípulos, ahora que no tenían más a Jesús a su lado.

Hoy es domingo, el tercero que Juriga y Lesina pasan en el pueblo. Sentado en la gruta, apoyada la cabeza en sus Palko se abisma en su lectura. De repente se levanta, dando un salto de alegría.

— ¡Vive, vive! — grita el muchacho; y el eco repite alegre: ¡Vive, vive!

Siempre dispuesto a compartir con su joven amo penas y goces, el perro se lanza hacia él meneando el rabo.

— Dunaj, ¡Jesús está vivo! Ya sabes, es el Hijo de Dios. Han vuelto la piedra, y él ha resucitado. Vamos, Dunaj, déjame leer lo que sigue, échate aquí. Es preciso que yo sepa lo que sucedió después; ya te lo contaré.

El perro obedece. Palko se sienta otra vez, y se sumerge en la lectura de su libro, mientras la cabeza sedosa descansa sobre sus rodillas. Este contempla a su amo y camarada con tan inteligente mirada, qué se pudiera creer impaciente por saber más de Jesús. Pero al cabo de una hora empleada de esta manera en la misteriosa cueva, Palko es preocupado con lo que acababa de leer, que ni aun se acordó de su perro.

Los discípulos se habían postrado delante de Jesús, y Él les había declarado que estaría con ellos todos los días hasta el fin del mundo, que toda potestad le había sido dada en el cielo y en la tierra, y que debían ellos enseñar a los hombres a guardar todas las cosas que les había mandado.

Por lo tanto, Jesús, vivo, resucitado de los muertos, estaba también con él y Palko, juntando las manos sobre su pecho, se inclinó profundamente: “¡Oh!, Jesús — dijo — Hijo de Dios, puesto que tiene toda potestad en el cielo y en la tierra, tú me ves también, aunque no puedo verte. ¡Cuánto quisiera decirte que te amo mucho, sí, mucho, más aun que al abuelo, y que quiero obedecerte! Ayúdame a hallar el camino que lleva a ti”.

Aquel día, Palko volvió a casa más pronto que de costumbre, trayendo fresas. Encendió el fuego, y guisó la sopa para su abuelo, sin advertir que él mismo no había comido nada en todo el día sino unas cuantas fresas no muy maduras. Pero de todo se alegraba, por el mucho gozo que inundaba su alma, y le parecía que Jesús había entrado con él en la choza, y que ahora eran amigos.

— Ya ves — decía, dirigiéndose a su Amigo invisible — yo guiso para el abuelo. Ahora tengo que salir por agua; sólo te suplico que no te vayas antes de mi vuelta; ¡te amo tanto!

Pero le parecía que Jesús había también con él a la fuente.

— Conozco que está aquí — y el niño ponía su mano sobre su corazón — ¡Oh, qué hermoso es esto!

Todo quedó pronto dispuesto, y Palko empezó a suspirar por el regreso del abuelo: en primer lugar, porque tenía un hambre canina; y después, porque abrigaba el propósito de contárselo todo, sí, todo, puesto que él también hacía muchas cosas que seguramente no eran del agrado del Señor Jesús. Por ejemplo, cuando fumaba, escupía al suelo, ¡y eso era tan asqueroso! Además, blasfemaba de vez en cuando y echaba maldiciones, y esto Jesús lo tenía prohibido.

Por fin llegó Juriga, solo y algún tanto ebrio; estaba malhumorado, riñendo con motivo de todo. No quiso probar la sopa, y se echó con sus vestidos de fiesta sobre su lecho; y como Palko le hiciese observar, aunque de una manera muy tímida, que los arrugaba le soltó tan fuerte bofetada, que el pobre muchacho salió con la mejilla bien roja y dolorido por largo rato.

— No hay que tomárselo a mal, Señor Jesús — decía Palko — si blasfema de un modo tan horroroso, es que no sabe que tú estás aquí, y además está borracho.

Cuando Juriga durmió, el niño pudo sin miedo comer la sopa, casi fría, y a pesar de que había olvidado la sal, le pareció exquisita.

— ¿Volverás, verdad, Señor Jesús? — decía Palko medio dormido. — Estoy tan cansado ahora, que me caigo de sueño; pero preferiría que no te fueras.

V Primeros rayos de luz en la noche

Al día siguiente, el anciano despertó algo tarde, con la cabeza pesada y vacía, y el corazón oprimido. Cuando abrió los ojos, lo primero que vió fué la lumbre del hogar, y a Palko sentado al lado, cruzadas las piernas a modo de los gitanos; y un brazo echado alrededor del cuello de Dunaj. Los rubios rizos del niño se mezclaban con el pelo suave y blanco del perro, y ambos contemplaban con igual placer el fuego que chizpeaba alegremente. El conjunto formaba un cuadro tan encantador, que el corazón del viejo se enterneció. Se acordó de que la noche anterior había pegado a Palko, y ¡con qué motivo! ¿Qué mal había hecho este pobre muchachito?

— ¡Ay!, ¿por qué emborracharme de tal manera? Verdad es que yo no había bebido mucho; pero se me subió a la cabeza. Suerte que Lesina no está aquí hoy. Si no se hubiese marchado ayer, yo habría regresado aquí sin parar al salir de la iglesia; pero, hallándome solo, tan pronto como me han llamado he cedido a la tentación.

El pobre viejo, muy apesadumbrado, se rascaba la cabeza con la mano. ¡Cuanto hubiera dado para verse libre de la necesidad de dirigir la palabra a Palko! Se sentía sumamente avergonzado de haber vuelto ebrio a casa y de haber pegado al niño. ¿Qué hubiera dicho Razga de semejante conducta?

Pero era preciso hablar, y por fin se decidió a abrir la boca.

— Registra un poco mi capa, Palko, y toma para ti el paquetito que encontrarás. Ayer me han convidado a una comida de boda, y me han obligado a aceptar esto.

De un salto el niño se puso de pie saludó alegremente al abuelo, y con destreza deshizo el nudo del pañuelo. ¡Qué tesoros contenía!: golosinas del país, entre ellas, bizcochos de canela y tortas.

— ¿Todo esto para mí, abuelo? — preguntó admirado, al paso que hincaba sus dientecitos en el bizcocho.

— Sí, todo, hijo mío, puesto que te he pegado ayer estando bebido. Con ese maldito aguardiente, hace uno lo que no quisiera. Al principio, yo no quería beber; pero, ¿qué hacer cuándo tanto le instan a uno las gentes?

— Mira, abuelo — dijo el niño meneando su rubia cabecita — que me pegases, poco importaba: pero yo temía que Él se marchase de aquí, Él, Jesús, oyéndote blasfemar, y no sé tampoco si puede quedarse allí donde los hombres están borrachos.

El anciano le miró aturdido, no entendiendo ni lo que decía el niño, ni a quién aludía.

— ¿De Lesina hablas? No está aquí, ni volverá en toda esta semana. Es verdad que a él no le gustan los borrachos ni el alboroto.

Acababa su limpieza, Juriga se sentó a la mesa para almorzar.

— No, yo no hablo del tío Martín — continuó el niño — ¿No ha visto usted nunca el santo libro que describe el país dónde el sol no se pone?

— No, hijo, nunca he leído un libro de esta clase. ¿Quién te ha dicho que lo hay?

— Sí que hay uno — contestó Palko, con el ademán de uno que sabe mucho latín, y en él se aprende todo lo tocante a Jesús — Y el niño empezó a contar cómo había nacido Jesús, cómo

un dragón maligno había querido matarle, y lo que había hecho después de su regreso de una tierra lejana.

— ¡Hombre! ¿Es el Evangelio de Jesucristo lo que me cuentas? Ya sabes más que yo de eso, a pesar de mi edad. ¿Cómo has hecho para saberlo?

Palko se disponía a narrar lo sucedido, cuando entró el leñador Liska, lo cual puso fin a su discurso. Juriga y Liska salieron para ir al bosque a atacar nuevos árboles. Ya estaban a cierta distancia cuando Palko llegó corriendo.

— ¿Qué quieres, muchacho? — preguntó Juriga.

— Le ruego, abuelito — y sus grandes ojos azules estaban suplicantes, y su mirada era pura cual el sol cuando el lago reflejaba en él — le ruego no vuelva a beber, en vez de trabajar. ¡Tanto miedo tengo de que Jesús no consienta más en quedar con nosotros si usted vuelve otra vez ebrio, y si blasfema!

— ¡Déjame en paz! — replicó duramente Juriga.

Pero Palko estaba convencido de que el abuelo no bebería ya, y su esperanza no resultó defraudada.

Transcurrieron muchos días sin que se le ofreciera la ocasión de referir a su abuelo la manera como había hecho su hallazgo, porque Juriga trabajaba con Liska en cortar árboles y preparar madera propia para ser tallada; y cuando regresaba por la noche estaba tan cansado, que tenía prisa por cenar y dejarse en seguida caer sobre su lecho.

Lesina no volvió hasta el sábado, y a Palko le pareció que estaba muy triste. No le faltaba deseo de preguntarle lo que le tenía afligido, pues sabía lo que es el dolor desde que había llorado sobre la muerte de Jesús. Pero como Lesina nunca se ocupaba de él, no se atrevió a hacerle ninguna pregunta.

VI El señor rector

Aquella semana no le alcanzó a Palko el tiempo para ir al País del Sol. El abuelo había prometido a los habitantes de la rectoría y al tendero de la aldea que el niño les traería cada día fresas y hongos, y no se necesitaba poco tiempo para llenar de ellas los dos jarros y hacer el trayecto del monte al valle.

En la casa rectoral habían llegado visitas: la hermana del señor cura, con su marido e hijos. Cada vez que venía Palko, le daban un pedazo de pan, carne o torta; y un día que había llegado a las doce le dieron una comida como no la había tenido en su vida. Viendo que apretaba un poco de carne para su abuelo, la cocinera añadió otra buena tajada. Dunaj también había participado en estas larguezas, de tal modo que respiraba con alguna dificultad al regresar a las alturas. Juriga quedó muy complacido de que el niño hubiese pensado en él.

— Puedes estar seguro de que me acordaré de esto Palko — dijo al contar el dinero de las fresas — Pondré este dinero aparte para ti; sigue haciendo buenas recolecciones de frutas mientras las hay, y para el invierno, cuando tengas necesidad de calzado, podremos comprarte zapatos y polainas.

Así, pues, Palko se dedicaba con diligencia a su recolección renunciado a las buenas tajadas que alcanzaba para poder ir con más frecuencia a sumirse en la lectura de las páginas sagradas. ¡Si la gruta no estuviese tan lejos, o si hubiese tenido el libro en casa, ya habría sabido hallar un poco de tiempo! Pero como el libro no era suyo, no se creía con derecho a llevárselo.

Por eso, con gozo veía llegar el domingo. El día anterior había descubierto un sitio en que abundaban las fresas, y al aparecer el alba, salió acompañado de Dunaj, que perseguía liebres y lagartos mientras su amigo cogía las frutas.

— Pero, ¿por qué — se preguntaba a sí mismo el niño — se halla repetida la misma historia en el libro? Sin duda para que se fije más la atención en ella.

Además de esto, había también pormenores nuevos, como, por ejemplo, en lo del paralítico a quien sus amigos bajaron por el techo a los pies de Jesús para que le sanara, y que a las gentes de por allí les parecía mal que le perdonara sus pecados.

¿Qué es un pecado? Ayer, el señor rector había explicado en su presencia, a los hijos de su hermana, que era pecado ir a robar frutas en los huertos ajenos. ¿Quién sabe si aquel enfermo no habría ido tal vez a robar manzanas, cayéndose allí de un árbol, y ésta sería la causa de su enfermedad? Pero, en este caso, ¿por qué es Jesús quien le da su perdón? ¿No debía hacerlo la persona robada? Y si yo cometo una mala acción, ¿será preciso también que Jesús me perdone? No cabe duda, puesto que está escrito que tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados.

Entonces, interrumpiendo por un momento su trabajo, el niño juntó las manos, y alzando los ojos hacia el cielo brillante dijo:

— He pecado ya muchas veces, y hasta ahora nunca te he pedido perdón. Señor Jesús, puesto que tienes poder para ello, ruego que me perdones también a mí! ... Te doy gracias — prosiguió al cabo de un rato, después de reanudar su trabajo, porque de veras me has perdonado, a pesar de que yo haya cometido ya muchas maldades. Yo no tenía antes ninguna idea de lo malo que era. ¿No he roto el bastón de mi abuelo Razga para que no pudiese pegarme más? Yo he robado al tío su látigo, y huevos a la tía; por cierto que me han castigado bien por esto; pero debo confesar que aquello que he hecho era muy malo. Mas, ¿qué puede significar esta palabra del Señor Jesús: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico”; y “no he venido a llamar justos, sino pecadores, al arrepentimiento?” ¿Qué es arrepentimiento? Las gentes que venían a Jesús manifestaban su arrepentimiento confesando sus pecados. Supongo que cada uno diría el mal que había hecho, y entonces Jesús le perdonaba. Así, pues, todos los hombres que están en la tierra deben decirlo todo a Jesús para que les perdone. Y seguramente que lo hacen; sólo yo, pobre niño ignorante, nunca he sabido nada de esto, porque soy todavía pequeño. Voy en seguida a preguntar al abuelo, hoy mismo, si Jesús ya le ha perdonado todo.

En poco tiempo llenó Palko sus dos jarros con fresas, e hizo una buena cosecha de hongos.

— Ven acá, Dunaj; tenemos que ir deprisa. Deja en paz los pajarillos; ¿quién sabe sino es también un pecado espantarlos de esta manera? ¡Pobrecitos, qué azorados vuelan! Si fuese yo el que así los asustase, cometería seguramente un pecado; a ti, que eres sólo un perro, aun se te puede dispensar ...

Poco conmovido por este sermón, Dunaj siguió su camino, trotando alegre delante de su pequeño camarada.

Cuando salieron del bosque, fueron alcanzados por Liska. La aldea se extendía delante de ellos, al pie de los montes.

— ¡Hola! ¿Adónde vas tan temprano?

— Tíito, voy a llevar fresas a la rectoría.

— Anda, muchacho; pronto te habrás ganado tus botas.

— Y usted, tíito, ¿adónde va?

— ¿Yo? A confesarme. Mucho tiempo hace que no he ido; pero es preciso de vez en cuando arreglar lo de los pecados.

— Tiene razón — Y al decir esto, los ojos azules del niño brillaban de gozo — Así, pues, ¿usted ha arreglado ya la cuestión de sus pecados? Usted ha dicho también a Jesús todo el mal que ha cometido, y entonces Él se lo ha perdonado, como, el paralítico de allí, ¿no es verdad?

— ¿Qué quieres decir, muchacho? Acabo de decirte solamente que voy ahora a confesarme.

— ¿Qué es eso de confesar?

— Pues que ya voy a la iglesia, y el cura me da la absolución, me perdona mis pecados.

— ¡El cura! ¿Tiene derecho y poder para ello?

— ¡Vaya un niño más gracioso! ¿Cómo puedo yo saberlo? De esto no me preocupo. Soy un pecador, y conviene ir a confesarme dos o tres veces al año; espero que Dios me recibirá en gracia.

— ¿Por manera que no sabe con seguridad si tiene este poder? Siendo así, cuando salga de la iglesia, ¿sabrá si sus pecados le son perdonados?

— ¿Quién puede saberlo antes de su muerte? Cuando hayamos muerto, entonces sabremos a qué atenernos.

— Mire, tío, si usted fuese a Jesús, Él le perdonaría tan seguramente como a aquel paralítico que había bajado del techo con cuerdas.

— ¿De Jesucristo hablas? Pero, niño, para nosotros, que somos gente sencilla e ignorante el cura es como el Señor Dios en la tierra. Todo lo arregla por nosotros. Yo, la única cosa que tengo que hacer es dirigirme a él.

— ¿Le ha dicho también Dios al cura: “Este es mi Hijo amado, oídle?”

— ¿Qué te ha pasado, muchacho, que me trastornas con tus preguntas?

— No lo tome a mal, tío. — Y los ojos azules y límpidos del niño miraron penetrantes los del hombre — Es que, cuando he pedido hoy al Señor Jesús que me perdone mis pecados, lo ha hecho. ¡Si usted supiera cuán feliz estoy! ... Pero veo que se dirige usted hacia la parte alta de la aldea; pues bien, vaya con Dios.

Por algunos momentos, Liska siguió con la mirada al muchachito.

— ¡Vamos! — decía meneando la cabeza — Cristo le ha perdonado sus pecados ... Y, ¿qué pecados? Aun no ha cometido ninguno este buen chiquillo. ¡Ojalá pudiera yo poseer esta seguridad! Y eso que el Señor Dios ya tendrá algunas cositas que perdonarme, pues un hombre como yo le ha ofendido más de cuatro veces. Pero, ¿qué puede saberse de cierto sobre esto? Vamos a confesamos, porque nuestros antepasados lo han hecho antes que nosotros, y esto nos parece bueno y conveniente. Y ahora, ¡hete aquí que este niño pregunta si el cura tiene los poderes necesarios para darnos la absolución! El cura lo afama delante del altar. “Yo, como servidor de Dios, os declaro, en virtud de mi sagrada función, que vuestros pecados os son perdonados”. Claro está que debe tener tal derecho, así son las cosas, y es de creer que son como deben ser. ¿A qué devanarme los sesos por las palabras de un niño?

Y alzando la cabeza, Liska volvió a encaminarse hacia el templo, que se iba llenando de fieles, llegando todos con el mismo propósito, aunque sin saber más que él sobre este asunto.

Entretanto, Palko había llegado a casa del cura, y hallando abierta la puerta al extremo del jardín, aprovechó la oportunidad para ahorrarse camino y tiempo. Pero sucedió que de esta manera se encontró con el señor rector, el cual se paseaba entre los árboles frutales; éste, aunque joven todavía, empezaba a tener canas. Y su cara estaba pálida y demacrada.

Palko le besó la mano, conforme se lo había recomendado el abuelo.

— ¡Ah! ¿Ahí vienen las fresas prometidas? ¿Supongo que las habrás cogido anoche?

— No, señor, están muy frescas; las he cogido esta misma mañana, y me he levantado para esto antes de la salida del sol.

— Ya veo que se podrá sacar algo de ti, puesto que no temes el trabajo. Llévalas a la cocina, y di que te den un buen almuerzo, y que soy yo quien lo manda. Pero deja aquí tu perro, para que no ahuyente el gato de la casa.

Aquel día todo le salía a Palko maravillosamente. En primer lugar, había hallado fresas en abundancia; después, el señor rector había sido muy bueno con él, y, por fin, le habían dado en la cocina un almuerzo tan abundante, que ya no necesitaba comer nada más en todo el día. Además, habían metido en su saquito las sobras de la cena anterior con un pedazo de pan; todo esto sin olvidarse de pagarle a buen precio sus fresas y hongos.

— Aguarda un poco, Dunaj — dijo a su camarada, a modo de consolación, al volver al jardín — tan pronto como estemos en la montaña, tendrás tú también tu almuerzo, que tengo una buena ración para ti.

Y Dunaj saltaba, olfateando el saquito, no muy satisfecho de haber sido detenido en el jardín por el señor rector.

— Vamos, niño, ¿has almorzado? — preguntó éste.

— Sí, señor; le doy infinitas gracias.

— ¿Te han pagado? Enséñame cuánto te han dado. ¿No es mucho por unas cuantas fresas?

Asustado con esta pregunta, el niño dirigió al cura una mirada ansiosa para ver si hablaba en serio; pero no era posible leer nada en su impassible fisonomía.

— Yo no sé — dijo algo cortado — el abuelo me ha dicho que pida esto, y había también hongos.

— Así, pues, ¿este dinero es del abuelo?

— No, señor; es mío propio. El abuelo lo pone aparte para comprarme zapatos, forrados de piel, y botas. Si yo pudiese ganar bastante dinero para comprar todavía una camisa bordada de mangas anchas, ¡qué contento estaría! ... pero seguramente cuesta muy caro.

— Es cierto — replicó el señor rector con tono impreso — Pero voy a ayudarte a lograrlo más de prisa, regalándote un primer pequeño capital de fundación — Y algunas piezas de níquel vinieron a hacer compañía a las monedas de cobre en la bolsita de Palko — Y puesto que siempre nos trae fresas, quiero que pruebes también nuestras frutas.

Al decir esto, dió un par de peras al niño. Tan pronto como éste las probó, se le hizo la boca agua, y decidió llevar una al abuelo. Dando, pues, cortésmente las gracias dió algunos pasos para salir. Pero de repente, mudando de idea, volvió atrás.

— ¿Qué tienes, muchacho? ¿Has olvidado algo? — preguntó con benevolencia el cura.

— No, señor ... Usted es un cura, ¿no es verdad? y las gentes vienen a confesarse con usted. ¿Es cierto que tiene el poder de perdonar los pecados?

A esta inesperada cuando directa pregunta, el señor rector pareció un poco aturdido.

— ¿Tienes deseo de confesarme alguna cosa, hijo mío?

— ¿Yo? No, señor — y los ojos del niño estaban radiantes — Mire usted, yo he hecho lo mismo que las gentes hacían allí en el Jordán, yo lo he confesado todo a Jesús, y Él me ha perdonado, estoy segurísimo. Sólo, pues, lo pregunto a causa de los demás, y quisiera saber lo que hay de esto, porque no han oído todavía que Jesús está dispuesto a perdonarles también todos sus pecados con sólo que vayan a Él. ¿Puede usted perdonarlos, señor cura? ¿Tiene usted poder para esto? ¿Le ha dicho Dios también: “Este es mi Hijo amado, oídle?”

Puesta la mano sobre la rubia cabeza del niño, el cura dirigía una mirada penetrante a sus ojos azules tan puros. Gran amigo del pueblo, tenía un amor especial a los niños; afirmaba a

menudo que las gentes del pueblo forman el núcleo de la nación cuyo porvenir reside en los niños. En aquel pobre niño, hijo de un campesino, sentía palpitar un alma elevada.

— No, hijo mío; nuestro Señor no me ha hablado de esta manera, y no hubiera podido hacerlo, siendo así que sólo Jesucristo es el Hijo único de Dios. Aquel a quien debemos oír. El poder que Él poseía, yo no lo tengo. La única cosa que puedo hacer es asegurar a las gentes que el buen Dios les perdonará sus pecados, si están decididos a hacer muchas obras buenas.

— ¿De modo que el cura no puede arreglarlo todo como Dios para las personas?

— Seguramente que no. ¿Quién te ha dicho semejante absurdo?

— El tío Liska. Pero a usted mismo, nuestro Señor ciertamente le perdonará, si se lo pide, puesto que hace tantas obras buenas: usted me ha dado el almuerzo, y además dinero para la camisa. Estoy seguro de que usted obedece a Dios y al Señor Jesús.

— Ya tocan la campana, Palko; es preciso que me vaya.

Y el cura se apresuró a volver a casa, haciendo con la mano una señal amistosa al niño que, acompañado de Dunja, se encaminó hacia la montaña.

“Estoy seguro de que usted obedece al Señor Jesús”. Mientras el cura oficiaba, aun oía resonar estas palabras en el fondo de su alma. “Lo que este niño ha expresado es el suspiro de mi corazón desde mi juventud. A pesar del mucho bien que hago a otros, conozco que no os obedezco, ¡oh Hijo de Dios! Mis pecados no son perdonados, y sé que los infelices que confesaré hoy no hallarán el perdón ni la paz. Y, sin embargo, siendo funcionario de la Iglesia, debo obrar así. ¿De dónde ha sacado este niño aquella seguridad absoluta, aquella confianza en Cristo con la cual dice: “Me ha perdonado?”

Abismado en sus reflexiones, el cura tomó su breviario, que acertó a abrirse precisamente por aquel pasaje del Evangelio de San Mateo, en el que el ángel dice a José: “Llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”. Estas palabras se posesionaron de él con tarta fuerza, que casi hubiera olvidado que sus feligreses le esperaban.

“¡La redención, la liberación del poder del pecado; por esto suspiro sin poder lograrlo! Jesucristo la ha traído al mundo, pero, ¿qué he de hacer para ir a Él?”

Mientras el cura Malina, con corazón agitado y espíritu distraído cual si estuviese ausente, oficiaba en la iglesia, el niño Palko se sumía de nuevo en su acostumbrada lectura; las horas pasaban rápidas. Una tempestad se iba preparando: el sol alumbraba todavía uno de los lados de la montaña, cuando ya los rayos centelleaban y el torneo retumbaba en el lado opuesto. Pero, como el sol inundase todavía con su luz el “País del Sol;” Palko proseguía su atractiva lectura que tanto cautivaba su espíritu.

Por el solitario sendero subía un hombre, inclinada la cabeza hacia el suelo; era Lesina. Caminaba con paso rápido, y, buscando un abrigo contra la lluvia que se acercaba, concedía poca atención al país tan pintoresco que recorría. La nube de tristeza que sombreaba su frente parecía más oscura que las que se amontonaban en el horizonte.

Era también un día de tempestad aquel en que, muchos años antes, había cometido una falta que jamás podría reparar, ni siquiera con una vida entera irreprochable, y cuyo recuerdo no lograba alejar de su pensamiento; de día le perseguía en medio de su trabajo; por la noche le impedía dormir. En aquel momento no podía librarse de su importuno recuerdo, y el ruido formidable del trueno le parecía un redoble fúnebre acompañando a la tumba su más preciado tesoro.

Gruesas gotas de lluvia, presagio de un fuerte chubasco, empezaban a caer, y Lesina miraba por todos lados, tratando de descubrir algún abrigo donde resguardarse, no para protección de su propia persona, harto acostumbrada a las inclemencias del tiempo, sino para la de sus vestidos de fiesta. Felizmente, a unos veinte pasos de distancia divisó una peña; tal vez haya posibilidad de guarecerse allí. Se acerca, y se halla de repente a la entrada de la cuevita, en presencia de un espectáculo tan encantador como inesperado, que contempla a la luz de los

rayos: allí, sentado en el suelo, y un brazo echado al cuello de Dunaj, está Palko, absorto en la lectura de un libro colocado delante de él sobre un banquillo de piedra.

Lesina tenía poco cariño a este niño, al cual no podía ver sin sentir su corazón oprimido de dolor. Es que él también en años anteriores, había poseído un hijito, el cual había perdido por su propia culpa; las amargas lágrimas que sobre él había derramado no le habían devuelto su dulce tesoro ... En este momento, arrimado a la peña, no podía apartar su vista de Palko. “La misma altura que mi Misch Ko, sí ... , ¡ay!” El corazón destrozado, cubrió su cara con sus manos callosas. Se sentía atraído de una manera misteriosa hacia este niño, y le parecía que debía estrecharle contra su corazón.

En aquel momento brilló un rayo, acompañado casi instantáneamente de un fuerte estampido de trueno, que despertó a Dunaj, el cual, alzando la cabeza y aguzando las orejas, olfateó a su amo, y corrió a él meneando el rabo de contento.

— ¡Tío Lesina! — exclamó Palko, enderezándose alegremente, ¿cómo ha hecho usted para venir aquí?

Cuando ruge la tempestad, da siempre gusto no hallarse solo; así es que Palko había olvidado su natural timidez.

— He venido buscando un abrigo; y tú, ¿qué haces aquí?

De seguro que era la primera vez que Lesina hablaba amistosamente al niño.

— Ya se lo diré, tío; pero acérquese primero un poco. Bien, así estará usted en seco. Vamos, siéntese; mire mi banco y mi mesa.

— Esto parece, en efecto, una habitación. Pero no me has dicho todavía lo que estás haciendo aquí. ¡Y el abuelo que te cree en busca de fresas y hongos!

— Hace ya tiempo que está hecho ese trabajo y que he vuelto de la aldea.

— Pero, ¿has tenido algo que comer?

— Sí, en la rectoría me han dado un espléndido almuerzo; ¿qué te parece, Dunaj?

El perro, en su excitación y contento, agitaba su rabo, y se relamía el hocico con la lengua.

— Bien, pero son ahora las cuatro de la tarde. ¿Por qué quedarte aquí todo el día en vez de volverte a casa?

— Yo no he tenido tiempo. Siendo domingo, el abuelo no me necesita, y debo darme prisa para llegar cuanto antes al fin de este santo libro ... ¡Oh, qué trueno! Tiempo atrás, las tempestades me daban un miedo terrible; pero desde que sé que el Señor Jesús está siempre conmigo, no tengo miedo alguno ... ¡ Chitón, Dunaj! Es como si nuestro buen Dios nos hablase.

Lesina no podía apartar su mirada de Palko. “¡Qué niño tan amable! ¡Cómo puede ser que yo no haya sabido verlo hasta ahora! ... “

— ¿Qué tienes ahí? Enséñame ... ¡Un Nuevo Testamento! ¿De dónde lo has sacado? No lo tenías en la choza.

— No, pero voy a contárselo todo, desde el principio, si quiere.

— Vamos, te escucho.

Sentándose a la gitana, con Dunaj a su lado, Palko principió su narración, que Lesina escuchaba con vivísimo interés, y le explicó de qué manera había descubierto a la vez este País de Sol y este santo libro, y cómo buscaba ahora en él el camino que conduce al verdadero País del Sol.

Abriendo el libro, en la primera página, Lesina consideró con atención el epígrafe manuscrito.

— ¿Qué has leído hoy? — dijo, interrumpiéndole.

— Un buen trozo, hasta el lugar en que se cuenta que de tal manera le han torturado, que murió de resultas de esto. Después vendrá, sin duda, algo de su resurrección. Quisiera llegar hoy hasta el fin del libro titulado “El Evangelio de San Marcos”.

— Tan pronto como las nubes se disipen lo suficiente para poder ver, te leeré lo que falta; no será muy largo. — aseguró Lesina.

Parecía que el sol oyera estas últimas palabras, pues un rayo de luz atravesó por medio de las nubes, aunque la lluvia seguía cayendo copiosamente.

Lesina no pudo menos de sonreírse.

— Pues bien, puesto que otra vez es de día, siéntate y escucha ... No, aguarda; la lluvia no nos molestará más; pongámonos a la entrada de la puerta.

Y se situaron, Lesina a un lado, Palko al otro y Dunaj entre ambos, cual si su presencia fuese indispensable. A sus pies se extendía el País de Sol; encima de sus cabezas se cruzaban los relámpagos; al poniente resplandecía el sol, y al oriente, un magnífico arco iris figuraba la puerta del cielo. El benéfico aguacero disminuía poco a poco; gotitas de agua, verdaderos diamantes colgando de las hierbas brillaban a millares en la pradera. Lesina leía la descripción de aquella maravillosa mañana de Pascua, en la cual las tres mujeres hallaron, no el cadáver de su amado Señor, sino la pesada piedra revuelta, la tumba vacía, y el ángel que les transmitió este glorioso mensaje: “Él crucificado vive, y va a esperar a los suyos a Galilea”. Leyó también que el Señor apareció resucitado, primero a María de Magdala, y la envió a los discípulos, mas ellos no la creyeron; después, a los dos viandantes; por fin, a los once, censurándoles por no haber creído a los que le habían visto, y dándoles entonces orden de ir por todo el mundo a predicar el Evangelio. Y después, ¡oh!, después leyó también algo que dejó maravillado a Palko, y es que Jesús fué elevado al cielo, donde se sentó a la diestra de Dios.

Palko contempló el firmamento: ahora sabía adónde se había ido Jesús, y por qué, aunque vivo, no estaba más en la tierra. Estaba allí arriba, detrás de aquella hermosa puerta. ¡El Padre celestial tenía arriba un trono glorioso, y Jesús estaba sentado a su lado!

— ¡Ahora comprendo! — exclamó con acento de triunfo — Allí arriba, detrás de aquella puerta, es donde se halla el verdadero País del Sol; esto de aquí no es más que el límite, los alrededores; ¿no es así, títo?

Lesina no contestó, por más que le pareciese que el niño tenía razón. La Palabra de Dios no era para él cosa desconocida; había sido el mejor alumno de la escuela; y el mejor catecúmeno también; sabía a qué lugar se había ido Jesús; solamente que no había reflexionado nunca en ello. Cristo le era tan indiferente y extraño como lo es para miles y miles de otras personas criadas en el conocimiento del Evangelio, que saben todo cuanto les concierne, pero nunca piensan en Él en toda su vida.

— ¡Oh! — suspiraba Palko — ¡si solamente pudiera yo llegar pronto al fin de mi libro! Pero es preciso leerlo línea tras línea y palabra tras palabra, y esto no va de prisa, y tampoco me atrevo a omitir nada, no sabiendo en qué página se describe el camino.

— “Yo soy el camino, y la verdad y la vida”. Lesina se acordó de esto y pronunció dichas palabras.

— Sí, esto lo he leído, pero no entiendo lo que quiere decir con esto. ¿Será que vendrá a enseñarme el camino, y tomarme por la mano para darme plena seguridad de que no lo erraré?

Es muy fácil que sea eso; sin embargo, si está tan lejos de nosotros, arriba ... Acabamos de leer que se sentó a la diestra Dios.

— El niño alzó asustado los ojos hacia aquella hermosa puerta del cielo que estaba, en efecto, arriba, muy lejos, mientras que él se hallaba aquí abajo en la tierra. ¡A qué distancia tan grande debía de estar Jesús!

— No se apure por eso, títo — exclamó de repente; y su mirada brillaba de nuevo de gozo — No está únicamente arriba. ¿No hemos leído lo que prometía a sus discípulos: “He aquí, estoy con vosotros hasta el fin del mundo?” Su morada, sí, la tiene arriba; pero Él vive cerca de nosotros, y en este momento mismo está aquí con nosotros.

— ¿Con nosotros? ¿Dónde? — replicó Lesina con acento de incredulidad.

— ¡Oh! Le ruego que no hable así, títo — dijo Palko con suavidad — Temo que esto le aflija. Usted ha leído cómo reprendió a los que no creían, “censurándoles su incredulidad”. Puesto que Él lo ha dicho, lo creo. Puesto que el mismo rey de los gnomos, con sólo decir: “Niebla por delante, niebla por detrás”, se hacía invisible en el acto, ¿por qué no lo podría Él decir? Yo tengo fe en Él.

En lontananza se oyó el retumbar de un trueno que parecía un solemne amén.

— Pues bien, ¿quieres que continuemos nuestra lectura para llegar pronto al final del libro?

— ¡Oh!, sí, títo; por favor. Usted lee tan bien, con tanta claridad, que entiendo mucho mejor cada palabra.

Dos, tres horas transcurrieron sin que apenas lo notasen. Cuando por fin Lesina cerró el libro, había cesado de llover hacía mucho tiempo y los caminos estaban bastante secos.

La sorpresa de Palko había subido de punto a cada paso en esta lectura. ¡Qué historias tan hermosas contaba el Evangelio de San Lucas, de las cuales los dos primeros no habían hablado palabra: el nacimiento de Juan; el de Jesús, la aparición de los ángeles a los pastores en los campos, y la manera como éstos hallaron al niño en el pesebre! Palko casi lloraba de gozo, tan bello era aquello. Y después, a los doce años de edad, Jesús había hecho el viaje a Jerusalén.

— Nunca me había figurado que hubiese sido también un niño como yo — decía Palko a Lesina — sería sin duda muy obediente, y se captaría el amor de todos.

La admiración de Palko obraba de rechazo en el ánimo de Lesina. Le parecía que leía estas cosas por primera vez, y le regocijaban el corazón.

— ¿Por qué dejar aquí este libro? — dijo cuando estuvieron a punto de salir — Tomémoslo; leeremos cada día algunas páginas, y aprovechará también al abuelo. El domingo podrás llevártelo, y cuando hayamos acabado lo traeremos otra vez acá.

Palko asintió plenamente a esta proposición.

— Yo no me había atrevido a llevarme a casa este santo libro — decía caminando — pero si usted cree que el Salvador no me lo tomará a mal, yo estaré muy contento de ello.

Ya era tarde cuando llegaron por fin a la choza; pero como Palko venía en compañía de Lesina, el abuelo no le riñó. Le dio de cenar, y se alegró muchísimo viendo el dinero de las fresas y la magnífica pera que le traía.

Aquella noche Palko soñó que veía un hermoso niño, el cual le hacía señas con la mano y le llamaba diciéndole: “Sígueme, que voy a llevarte al País de Sol”. Después de subir detrás de su guía por la cuesta escarpada de una montaña, distinguió en la cumbre tres cruces, en una de las cuales estaba clavado por las manos y los pies el hermoso niño mismo: era Jesús. Palko echó a llorar tan ruidosamente, que Lesina juzgó que debía despertarle.

— ¿Por qué lloras, qué tienes?

— ¡Oh, títo, esto debe haberle hecho mucho daño, pero muchísimo! No puedo pensar en ello.

— Está soñando — dijo para sí Lesina.

— Oh, mi Jesús, mi buen Jesús, mi buen Jesús! — decía el niño a media voz — ¡Cómo han tenido aquellas gentes la crueldad de hacerte sufrir tanto! Puesto que todo lo puedes, te

suplico me hagas comprender por qué no te ha salvado tu Padre celestial, Él que tanto te amaba.

Palko se había dormido hacía largo rato, al paso que Lesina permanecía todavía con los ojos abiertos, perseguido por las palabras del niño. Sí, ¿por qué había tenido Cristo que sufrir y morir, y por qué le había Dios abandonado? Por fin, se acordó del epígrafe de la primera página; “Lee con atención, línea tras línea: te enseñará el camino”. ¿No podría traerle también la respuesta a las preguntas que a pesar suyo, venían a agitar su alma?

Desde entonces, cada día en la choza de Juriga leyeron un trozo del santo libro, empezando en el punto en que habían quedado aquel domingo, y dedicando gustosos a está lectura la hora que después de la comida aprovechaban antes para la siesta.

El anciano Juriga oía con gran admiración a Lesina, que leía casi tan bien como un maestro de escuela. Habló a Liska de aquel libro descubierto por Palko; con el extraño epígrafe de la primera página, lo cual despertó su curiosidad, de modo que vino también a escuchar la lectura, y siguió asistiendo sin faltar. Al principio, los dos viejos fumaban la pipa durante aquellos instantes, pero la Palabra de Dios llenó de santo respeto sus corazones, tanto que dejaron de fumar, y aun se quitaron los sombreros para oír la lectura. Claro está que eran verdades antiguas, que habían conocido antes, en parte al menos; pero leídas así, palabra tras palabra y línea tras línea, les parecían del todo nuevas y de un precio infinito. Si alguien les hubiera regalado el libro, no le habrían dedicado tal vez tanto interés; pero en el misterio mismo de aquel hallazgo, así como de la fe tan viva y robusta del niño, algo había que les constreñía, hasta cierto punto, a creer ellos también, y después de terminar su diario trabajo, Liska y Juriga conversaban todavía acerca de las sagradas verdades.

— Desde que su niño me ha preguntado si el cura tiene de veras el derecho de perdonar los pecados, no puedo dejar de pensar en ello. No cabe duda de que él no pudo ser para nosotros, bien que sencillos aldeanos, el Señor Dios mismo, como yo me lo figuraba. Harto conozco que no estoy perdonado y reconciliado con Dios, y no puedo menos de preguntarme para qué sirve ir a confesarse.

— Tal vez descubramos por medio de este libro la verdad sobre esto — opinó Juriga, inclinando con aire pensativo su encanecida cabeza.

— Mire usted, tío; cuando Lesina nos leyó el otro día lo del paralítico, yo hubiera querido ser aquel hombre para que me llevaran de igual manera a Jesús y que me perdonara. ¡De buena gana iría yo hasta el extremo del mundo para encontrarle!

Después de la lectura del capítulo décimo (de San Lucas), Palko preguntó:

— Abuelo, el rincón en que duermo es algo como mi casa y mi habitación, ¿no es verdad?

— Sin duda — dijo el anciano sonriéndose — es tu palacio y el de Dunaj.

— ¡Oh, mil gracias! — contestó alegremente el niño, muy satisfecho de la respuesta.

Pero, por la noche, cuando regresaron los dos hombres, no quedaron poco sorprendidos al observar la transformación que Palko había hecho en su palacio. El sitio estaba barrido con esmero, el lecho puesto en perfecto orden en un ángulo de la casa, en el otro se veía un jarro, aunque algo mellado, lleno de flores acabadas de coger, mientras ramitas verdes adornaban la puerta como es costumbre por Pentecostés.

— ¡Toma! ¿Estás esperando una visita? — le dijo amistosamente Lesina.

— Sí, tiíto; Él va a venir a hablar con nosotros, puesto que le he recibido en mi casa, como Marta.

Una sonrisa acogió esta respuesta. Sin embargo, tal era el contraste entre el desorden que reinaba en la otra parte de la choza y el bonito cuartito dispuesto por Palko, que los dos hombres pusieron también manos a la obra para arreglar la habitación, y que Juriga dio orden a Palko de barrer cuidadosamente toda la casa.

Palko creía con fe infantil que el Señor había venido efectivamente. Aunque sin verlo, se le hacía siempre sensible su presencia, y, sea que fuese a coger las fresas, frambuesas y hongos, o que bajase a la aldea a venderlas, oraba sin cesar: “Señor Jesús, ven conmigo, que yo no puedo ir sin Ti”.

VII Donde Lesina declara su pasado



Han transcurrido algunas semanas. Es domingo. Lesina se dispone a volver a su domicilio, y los carreteros vendrán mañana para el traslado de sus maderas; pero regresará pronto, con el objeto de quedarse unas cuantas semanas más.

— Yo preferiría no marcharme — decía — ¡es tan bueno vivir en la paz de la montaña!

— Hijo — contestó pensativo Juriga — me parece que sólo desde que leemos la Palabra de Dios se está bien aquí. ¿No has dicho que posees en tu casa la Biblia entera? Podrías traérnosla..

— No tengo inconveniente, pues nadie hace uso de ella.

— ¿Eres el único en tu casa que sepa leer?

— Mi madre, apenas si sabe deletrear.

— ¿Y tu mujer? Tiempo hacía que Juriga tenía esta pregunta en la punta de la lengua, pero aguardaba una ocasión propicia; y como Lesina tardase en contestar, repitió: — ¿No tienes mujer?

— Sí, tengo — dijo con un acento que denotaba que la pregunta había dado en un punto para él doloroso.

Se habían sentado en el bosque. Lesina apretaba su cabeza entre sus manos.

— ¿No sabe leer? — continuó Juriga — Vosotros los jóvenes habéis tenido que asistir todos a la escuela, pues no van hoy las cosas como en tiempo de nuestra niñez.

— Sí que sabía leer — replicó Lesina con tristeza.

Todo estaba silencioso alrededor de ellos, como si la Naturaleza se asociase al duelo que se leía en las facciones de aquel infeliz.

— ¿Qué dices? ¿Sabía leer y ahora ya no sabe?

— No, no sabe, ya no sabe nada, ¡ay de mí! Le ruego no me haga más preguntas; es demasiado honoro.

Juriga conoció que decía la verdad, y se sintió movido de compasión por él, pues le quería como a un hijo. Sin embargo, a pesar de haber hecho vida común durante algunas semanas, el anciano no había sospechado que el corazón de su joven amigo abrigase tan amargo dolor.

— Mira, hijo — le dijo cariñosamente — muchas veces es bueno desahogarse en un amigo. Tu pesada carga sería tal vez menos abrumadora si no fueras solo para llevarla.

— ¡Ay! No hay medio alguno de hacer más ligera mi carga; lo hecho no puede deshacerse.

A estas palabras sucedió un silencio penoso, que el anciano interrumpió.

— ¿Dónde puede estar mi chico?

— ¿Palko? — Lesina pareció salir de un sueño desagradable — Hace poco le he visto tomar el camino de su País del Sol, con su Testamento en la mano, y seguido de Dunaj.

— Ya no sabe pensar en otra cosa que en las Sagradas Escrituras. Es admirable la manera como las recibe.

— Es verdad — confirmó Lesina, que permanecía con la cabeza apoyada en ambas manos — Me recuerda a aquel joven que el Señor Jesús dió como ejemplo a sus discípulos. Cree cada palabra de las Escrituras.

— ¿Supongo que nosotros también?

— ¡Ay! No, tío — respondió el joven meneando la cabeza — Nuestra vida sería muy distinta de lo que es, si creyéramos de veras. Por ejemplo, ¿cree usted con toda su alma que sus pecados le son perdonados por el amor de Jesucristo?

— En cuanto a esto, mira — y el anciano se frotaba la cabeza con la mano — no lo veo muy claro, hijo. Nuestro Señor Dios es santo, yo soy pecador; esto se me ha hecho muy evidente desde que este santo libro ha llegado a nuestra casa, y que mi chico ha sido transformado; él, sí, que tiene esta fe.

— Si lo cree, tío, es que ha recibido efectivamente este perdón.

— ¿Y tú, hijo mío?

— ¿Yo? — Lesina inclinó aun más la cabeza — No, yo no tengo el perdón de mis pecados, pesan sobre mi alma al igual que si esta montaña hubiese caído sobre mi pecho. Aquí, con usted, aun puedo pasar; pero tan pronto como estoy en casa y tengo a la vista las consecuencias de mi pecado, pudiera decir como Job: “¡Perezca el día en que yo nací!”

— Pero, vamos, ¿qué crimen has cometido? ¡Tú que eres un hombre tan honrado que apenas se hallaría otro semejante! — Y Juriga le apretó la mano con simpatía.

— ¿Lo que he hecho, tío, lo que he hecho? — Con un ademán impetuoso Lesina ocultó otra vez su cara en sus manos — ¡He hecho perder el uso de la razón a mi mujer!

— ¿Qué dices, .infeliz? ¿Cómo ha sucedido esto? ¿No la querías, pues, o la pegabas, como hacen tantos hombres?

— Yo la quería, al contrario, entrañablemente; no tenía tesoro más querido en el mundo — gimió Lesina — ella lo era todo para mí.

— Pero, entonces, ¿cómo has podido hacerle perder el uso de la razón?

— Yo tenía celos, y me figuraba siempre que alguien me la quería arrebatar. Bien sé hoy que me era fiel y que su corazón me pertenecía enteramente. Pero en aquel tiempo yo era incapaz de fiarme de ella, ni podía soportar que hablase con nadie de una manera afable. Aquello era una obsesión enfermiza, que hasta tal punto me dominaba, que yo ya no era dueño de mí mismo, y, por añadidura, personas había que me excitaban ... ¡Oh! Si al menos yo hubiera conocido al Señor, como le conozco desde que leemos las Santas Escrituras, habría buscado auxilio cerca de Él, en vez de que mi madre fuese a pedir consejo a todas las adivinas del país. Y, por remate, acabé por entregarme a la bebida ...

Lesina gimíó de nuevo profundamente, y no pudo proseguir.

— Puesto que has comenzado, hijo mío, acaba — dijo el anciano alentándole — que esto te aliviará.

— Cuando Dios nos dió un hijo, las cosas anduvieron mejor por una temporada. Pero pronto sucedió que la presencia misma de aquella amable criatura no logró traerme la serenidad. ¡Cosa increíble! Yo tenía celos de mi propio hijo, celos del cariño que le manifestaba su madre. Cuando llegaba a mis oídos la noticia de la muerte de otros niños, poco faltaba para que desease también la muerte del mío, a fin de que su madre no pudiese acariciarle más. Me es imposible describir lo que pasaba en mí. Yo no ignoraba que el diablo anda rondando alrededor de nosotros como león rugiente, buscando a quien devorar, pero, en vez de huir de él y de la tentación, rpe entregué por completo a su poder.

Cuando leímos el otro día la historia de aquel endemoniado a quien sanó el Señor Jesús, conocí que yo también había sido atado por un poder satánico que me empujaba hacia mi ruina. Ya no me es posible decir con exactitud lo que sucedió; únicamente me acuerdo de que, por espacio de una semana entera, no cesé de beber. Entonces, en completo estado de embriaguez, hurté furtivamente el niño a su madre, y me lo llevé, sabe Dios adónde. Lo único que sé es que fuí hallado muy lejos en la montaña, tendido en el suelo, sin sentido, y que el niño había desaparecido.

En aquel estado quedé, según me dijeron, quince días en una casa hospitalaria, sin volver en mí, presa de terrible calentura. Cuando por fin, al cabo de tres semanas, pude arrastrarme hasta mi domicilio, mi esposa me preguntó, desesperada, dónde estaba el niño; pero yo no sabía siquiera que me lo había llevado, ni dónde lo había dejado.

¡Oh, cuánto le hemos buscado! Pero todo fue inútil. Mi esposa y mi madre llegaron en sus sospechas hasta la suposición de que yo le había matado; pero, por miedo de que me prendiese la justicia y me llevara a la cárcel, sólo propalaron la especie de que el niño se había extraviado, y puesto que yo había estado ausente, nadie atinó con la verdad. Disfrutábamos del aprecio general, por más que se supiese que yo estaba dado a la bebida; pero, ¿quién para mientes en eso en nuestra tierra?

El golpe fue demasiado fuerte para mi mujer: cuando vió que el niño no se hallaba, perdió la razón. Es atroz verla en este estado, ¡a ella, tan joven todavía y de una belleza encantadora! Momentos hay en que se ocupa de todo, cual si disfrutara de la plenitud de sus facultades; pero, de repente, echa un pañuelo sobre sus espaldas y desaparece corriendo en busca de su hijo. Más de cuatro veces, algunas buenas personas nos la han traído agotada de fuerzas; todos se compadecen de mi desgraciada suerte, cuya verdadera causa nadie conoce.

¡Cuántas veces, al verla por la noche andar sin objeto de un lado a otra de la habitación, y arreglar la cuna vacía, hubiera yo querido ir a entregarme a la justicia y declararme culpable! Pero mi madre me ha detenido con sus ruegos, preguntándome lo que sería de ellas si me encerraran en un presidio; amén de que esto no me devolvería a mi hijo ni sanaría mi mujer.

Y ahora, tío, todo se lo he dicho, y usted sabe con quién ha compartido su habitación durante algunas semanas; es usted muy dueño de echarme de su casa.

— ¿Qué dices, hijo mío? ¿Despedir a un desgraciado? ... Después, enjugando sus lágrimas.

— ¿No sabes de veras lo que ha sido del niño, o de qué manera le hiciste desaparecer?

— De lo que haya podido acontecer, no tengo ni la más remota idea; pero de lo que estoy absolutamente seguro, es de no haber levantado la mano contra él.

Lesina enjugó con la mano el sudor frío que bañaba su frente.

— ¡Pobre amigo! Pero, ¿por qué te lo habías llevado? ¿Cuál era tu propósito?

— No lo sé. Ya le he dicho que estaba borracho. No me acuerdo sino de una sola circunstancia, y es que le he dado un pedazo de pan cuando lloraba en el monte. Parece como que le estoy viendo allí, delante de mí, tan bonito, tan curiosillo; las lágrimas brillaban todavía en sus mejillas cuando yo me sonreía. Yo tenía la cabeza atrozmente pesada, y tuve que tenderme en el suelo; desde aquel instante yo no me acuerdo de nada. Puesto que no se le ha encontrado más, me veo casi obligado a creer que algún jabalí le habré devorado.

Pero aquí viene Liska, hablemos de otra cosa; prefiero que no vea. Si no quiero caer en manos de la justicia, no me conviene hablar de esto a cualquier persona. Y levantándose prestamente, desapareció en la maleza antes de que Liska llegara.

En cuanto a Juriga, volvió a tenderse en la hierba y cenó los ojos. “Está dormido — pensó Liska, que se acercaba”. Por de pronto, Juriga no tenía ningunas ganas de entablar conversación con él; tan preocupado le tenía la lastimosa historia de Lesina. Se compadecía hondamente de él, y no se admiraba ya del aspecto melancólico de ese joven. ¡De qué hubiera podido gozar el infeliz! Aquella maldita costumbre de la bebida, ¡cuántos males ha causado ya en nuestra tierra! ¡Pobre desdichado de Lesina! A su edad, ¡qué carga más pesada la de una existencia semejante: su hijo perdido, sin duda, para siempre, y su mujer con poca probabilidad de recobrar la razón!

— Tío, tiene usted algún sueño desagradable — dijo Liska, colocando la mano sobre su hombro — puesto que suspiraba de esa manera.

— En efecto, vecino; era un sueño molesto — contestó Juriga levantándose — y usted ha hecho bien en despertarme.

— ¿Cómo es que se encuentra solo? ¿Dónde están Lesina y el muchacho?

— Lesina acaba de marcharse, y es probable que Palko esté en el País del Sol con su libro.

— No lo tome usted a mala parte. Siempre parece que está en el País del Sol, aun cuando se halla con nosotros, y él mismo es como un rayo de sol. Ayer, a su regreso de la aldea, caminé con él. Alegre cantaba el niño una cancioncilla; pero avistando una flor blanca junto a la vereda, la contempló y se arrodilló para observarla más de cerca — ¿Qué estás buscando? — pregúntele. Pareció algo turbado. Nada, tío; sólo quería ver si acaso se podía descubrir alguna huella. ¿Huella de qué? — le pregunté. — Pues, tío, de Él — me respondió. Comprendí en seguida de quien hablaba. — ¿Te crees, pues, que el Salvador está todavía en la tierra? ¿No sabes que ha subido al cielo, donde está sentado a la diestra de Dios? le dije. — Y usted tío, ¿no sabe lo que nos ha prometido? ... “He aquí, estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Yo lo sé, y de ello estoy seguro; conmigo está y camina delante de mí. Lo hemos leído: cuando saca sus ovejas afuera, va delante de ellas. Él es mi Pastor, y yo soy su oveja; así es que estoy cierto que va delante de mí. Mucho desearía saber si ha echado una mirada a esta florecita, aunque creo que sí, pues le gustan las flores: -- ¿Qué sabes tú de eso? — le dije. Y él me contestó: — Debe haber sido amigo de las flores, puesto que dijo que Salomón mismo, con toda su gloria, no fue vestido como una de ellas. ¿No nos ha dicho también que miremos los lirios del campo, que no trabajan, ni hilan, y a los cuales, sin embargo, nuestro Padre celestial da crecimiento?

— Mire, tío, este niño tiene, en mi concepto, demasiado talento para no ser nunca más que un sencillo leñador, como nosotros.

— Estoy conforme, hijo; pero, ¿qué haremos? De buena gana partiré con, él hasta mi último pedazo de pan y le enseñaré todo cuanto sé; pero más no puedo hacer.

— Ya lo sé. ¡Qué lástima de niño! ¡Si solamente estuviese aquí y nos contase algo! ¿Quién sabe con quién habla en este momento? Apenas pasa una persona sin que converse con ella acerca de estas cosas.

VIII El señor rector en el País del Sol

Liska no se había equivocado al emitir la suposición de que Palko había ido al País del Sol; con la diferencia de que, aquel día, en vez de sentarse en su banquito de la cueva, se paseaba entre las flores que a millares esmaltaban la pradera. No que las cogiese, no, pues se contentaba con charlar con ellas y con las mariposas que hallaba a su paso. Después había bañado sus pies en el riachuelo, placer en el cual no le acompañaba Dunaj, poco amigo del agua.

— Vamos, Dunaj, ¿por qué echar a perder las flores? No florecen seguramente para este objeto. Y los pájaros, ¿por qué espantarlos siempre? Mira cómo vuelan azorados; otro día no te llevaré conmigo.

— No temas, pajarito; no quiere hacerte daño — decía a un pinzoncito que le miraba con prevención — Dunaj no es malo, sino algo altanero, y no sabe lo que es pecado, porque es solamente un perro.

El pajarillo pareció comprender muy bien; voló alegre y fué a posarse sobre una rama.

Pero por hoy basta — dijo por fin el niño a las flores, aves, mariposas y escarabajos — dejadme leer sin estorbo.

Ni un príncipe hubiera podido desear un sofá más blando y suntuoso a la vez que aquel en el cual descansaba la cabeza de Palko; era una roca acolchada con un denso musgo de color de esmeralda, y rodeada como de un marco de floridos zarzales, cuyas hojas verdes y corolas de una rosa pálida formaban una colgadura de tonos armoniosos. Un airecillo suave les comunicaba un leve y gracioso movimiento, parecido al de las ondas, cual si, para no molestar al joven lector, no se atreviesen a charlar entre sí de otra manera que en voz baja.

Aquel día le sucedió a Palko lo que a ciertas personas adultas, que se toman igual libertad: cuando se les acaba la paciencia, echan una mirada a la última página del libro, o cuando menos, lo hojean por curiosidad.

— Ya lo leeremos entero con el tío y el abuelo — decía en son de excusa, apoyado el codo en el musgo y sosteniendo su barba con la mano — sólo quiero dar una ojeada al final, pues he visto de paso una cosa hermosísima:

“Después, me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de ella, y de la otra parte del río, estaba el árbol de vida, que lleva doce frutos, dando cada mes su fruto, y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición, sino que el trono de Dios y del Cordero estará en ella; y sus siervos le servirán; y verán su cara, y su nombre estará en sus frentes”.

— ¡Oh cuán hermoso es esto! Esto sí que es el verdadero País del Sol — ya lo presentía mi corazón — con aquel magnífico río que sale del trono de Dios y del Cordero. Sólo quisiera ya saber qué cordero es ése que tiene su trono en el cielo.

El niño alzó los ojos hacia el firmamento.

— ¿El Cordero? ¡Oh!, me acuerdo: “He aquí el Cordero de Dios”, era el nombre dado a Jesús por Juan Bautista; es así, pues, como se llama en el cielo: el Cordero de Dios. Allí hay también árboles que siempre están en flor y que llevan frutos. Pero, ¿qué significa: “No habrá

más maldición?” Seguramente será que no se encuentran allí aquellos que pronuncian maldiciones.

Después de sacar, no sin temor, esta consecuencia, el niño añadió:

— Es preciso que diga en seguida a nuestros vecinos que no blasfemen más. Harta, pena le da ya al Señor Jesús tener que oír sus blasfemias aquí abajo, sin que vayan aún a desgarrarle los oídos allí arriba. Además, se habla de nuevo del trono del Cordero con motivo de sus siervos. ¡Cuánto desearía servirle yo también, si Él consintiese en tomarme a su servicio! Sí; pero — añadió reflexionando — muchas veces no me cuesta poco levantarme, por más que sé que debiera ir a buscar agua para el abuelo; y lo mismo cuando debo traer la leña, más me gustaría divertirme con Dunaj. Cuando se despidió de mí el abuelo Razga, me había dicho: “Chico, sirve bien al abuelo Juriga, puesto que te toma por amor de Dios procura adivinar sus menores deseos para satisfacerlos”.

Y juntando las manos, Palko miró al cielo.

— Oh, Señor Jesús! — decía — te ruego me perdones que no haya servido mejor al abuelo. Ahora quiero servirle de otra manera, para aprender y prepararme, con el fin de que puedas tomarme como uno de tus siervos cuando vaya al País del Sol. ¡Oh, cuánto quisiera yo ir hasta tu trono!

Reanudando su lectura: “Verán su cara, y su nombre estará en sus frentes”, el niño exclamó moviendo alegremente la cabeza.

— Yo, pues, también le veré. Me gustaría saber si escribirá su nombre en mi frente; sería un honor muy grande para mí, que no soy sino un pobre tonto.

Palko no advertía que hacía en alta voz sus observaciones, lo mismo que su lectura, ni que se hallaba en presencia de una persona recién venida, y, a pesar de los alegres ladridos de Dunaj, se sobresaltó al oír detrás de sí una voz que decía:

— ¿Por qué dices que eres un pobre tonto, Palko?

Se levantó precipitadamente, y con la mayor sorpresa vio lo que nunca se había imaginado ni soñado: al señor cura en su País del Sol ...

— ¿Cómo se encuentra usted por aquí, señor rector?

— Te figuras acaso que la montaña sea toda tuya, y que no me sea lícito ir a respirar un poco de aire puro fuera del jardín de la rectoría?

— ¡Oh! — dijo el niño ruborizado — yo no quería decir esto. Pero es tan lejos, y hoy es domingo ... ¿Quién hace el sermón a las gentes de la iglesia?

— ¡Vaya un inquisidor! He predicado esta mañana, y ahora, por orden del médico, he venido acá a pasar algunos días, porque no estoy muy bien.

— ¿Aquí, en la montaña? ¿Y dónde vive?

— En casa del guardabosque.

— No es lejos. Pero le suplico no se indisponga conmigo si le hago todavía una pregunta: — El niño se había sentado a los pies del cura, que le sustituía en su asiento de piedra — ¿Quién le ha hablado del País del Sol?

— ¿Del País del Sol? — dijo extrañado el cura — ¿Es el nombre de este valle?

— Sí, quiero decir ... no sé — respondió Palko algo perplejo — Como aquí hay la puerta de los cielos, y por detrás del país en el cual el sol no se pone nunca, yo me he creído que era el País del Sol.

— ¡Ah! ¿Aquí es dónde se halla la puerta de los cielos?

El sacerdote contempló con admiración las nevadas cumbres de las montañas y las inmensas selvas.

— Verdad es que aquí se respira algo de la paz del cielo. Pero muchachito, no has sacado de tu propia imaginación este nombre -- díjole acariciando con su mano la cabeza del niño — Debes haber oído hablar de algún País del Sol.

— ¡Pues bien, con su permiso, se lo contaré todo — afirmó Palko, cuyos ojos centelleaban de animación.

— Concedido. Cuéntame eso.

Cómodamente sentado en el musgo, aunque sin apartar sus miradas del niño, el cura oyó de sus labios cómo había ido en busca del País del Sol, del reino de los cuentos; cómo lo había descubierto en este lugar al mismo tiempo que el libro que tanto quería; cómo de esta manera había aprendido ya muchas cosas acerca del verdadero País del Sol, y cómo había contemplado en la tempestad aquella magnífica puerta resplandeciente, con sus siete colores, a mayor altura que las montañas. Sin observar las lágrimas que humedecían los ojos del cura conmovido, Palko refirió también su lectura de hacía poco, y que había pedido al Señor Jesús que le tomase a su servicio.

— Enséñame ese libro ... ¿Quieres dejarlo en la gruta? Así podría yo venir de cuando en cuando a leerlo, como tú haces, línea tras línea, y a buscar contigo el camino de aquel verdadero País del Sol que no tiene necesidad de sol ni de luna, porque el Cordero es su lumbre.

El niño reflexionó un instante: una lucha se entablaba en su corazón. Al cabo de un rato enderezó con firmeza su cabeza, y dijo:

— Sí, señor; el tío Lesina nos deja mañana, y yo no leo todavía con bastante facilidad para poder hacerlo en alta voz para otros. Puedo venir acá a leer para mí mismo; y si usted acierta a estar al mismo tiempo, leerá también para mí, ¿no es verdad, señor?

— Queda convenido; y si lo deseas, te leeré en seguida un trozo. Pero muéstrame antes aquella gruta maravillosa.

Levantáronse, pues, ambos: precedido del niño, el cura seguía, no sin dificultad, a su joven guía. Pronto llegaron al sitio.

— ¡Qué lindo es, en efecto! — exclamó sorprendido — Tienes razón, parece una habitación y esto es mejor que un banco, es un verdadero sofá. Y ¿qué flores más hermosas has traído! Ya se ve que te gusta lo bonito.

El huésped de Palko contemplaba con evidente placer su palacio bien barrido, y adornado con ramitas verdes y flores.

— Es que el Señor Jesús me ha prometido morar conmigo, y he pensado que tendría más placer si todo fuese bonito.

— Y, ¿crees de veras que está siempre y en todas partes contigo, Palko?

El tono con que el cura decía esto era muy distinto de el del tío Lesina o del abuelo. Por eso no tuvo reparo alguno en contestar estar a esta pregunta:

— Sí, señor; estoy cierto que está siempre conmigo, y ahora mismo también.

— *¡Sancta simplicitas!* — dijo con un suspiro el cura al sentarse en el banco de piedra; y apoyando los codos en la mesa, permaneció algunos instantes sin moverse, como si estuviese orando.

No atreviéndose a interrumpirle, Palko se acordó oportunamente de haber dejado entre las breñas cercanas algunas hermosas frambuesas que había apartado para el abuelo. Pero no cabía duda de que, cuando le dijese a quien se las había dado, quedaría muy satisfecho. Había también una cuchara de madera, de que se servía para trasladarlas del jarro grande al pequeño. Vajilla no tenía, pero había visto cerca de allí unas hojas muy anchas de que podía valerse en lugar de platos. Fué a buscar los dos jarros, y después de lavar el menor en el riachuelo, echó en él agua fresca, quedando el otro lleno de las olorosas frutas; limpió

también la cuchara, y la enjugó cuidadosamente. Hecho esto, volvió a la gruta, fuera de sí de contento al pensar en el honor que le cabía de poder recibir a un huésped semejante.

Viendo que el cura estaba leyendo, depositó sin ruido delante de él la gran hoja, la cuchara y el jarro. El cura levantó la cabeza, y su pálida cara se iluminó. Cogió la mano del niño.

— Así, pues, ¿quieres obsequiarme con esto?

— Sí, señor; hágame el favor de servirse. Tantas veces me ha dado usted la comida o el almuerzo, que me gustaría poder ofrecerle una vez lo que tengo.

— Te estoy muy agradecido. Y para que veas que aprecio tu hospitalidad, dame alguna de aquellas hermosas frambuesas en este elegante plato verde.

¡Qué gozo sintió Palko! El cura se sirvió hasta dos veces, y bebió agua. Había sacado de su bolsillo un pedazo de pan blanco, que partió con Palko y con Dunaj también.

— Te he prometido leerte algo — díjole después — siéntate, porque no me queda mucho tiempo. ¿Volverás mañana?

— No lo creo, pues tendré que acompañar al tío Lesina y ayudarle a llevar su equipaje.

— En ese caso, me llevaré tu libro, y te lo traeré pasado mañana, por la mañana o por la tarde.

El cura leyó a Palko la subida de Jesús al cielo, y donde los ángeles anunciaron su futuro regreso de arriba; pero prometió enviar antes su Espíritu Santo.

— ¿Me haría usted el favor de decirme qué es el Espíritu Santo? — preguntó Palko cuando salieron de la gruta.

— Es el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo — contestó meditabundo el cura — Todo cristiano debe tenerlo, porque está escrito en este libro: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él”.

— Así, pues, usted lo tiene, ¿no es verdad? — La mirada tan pura del niño se fijaba sin vacilación en la cara del sacerdote — ¿Usted es de Él?

A cualquiera otra persona que Palko, el cura no hubiera hallado dificultad en dar una respuesta. ¿No había sido bautizado? ¿No pertenecía a la Iglesia Católica, única dispensadora de la salvación? ¿No estaba impresa en su cabeza el sello del sacerdocio?

— Óyeme, Palko; antes de darte contestación a esta pregunta, deseo consultar todavía este libro para saber mejor en qué estoy.

Por algunos instantes caminaron en silencio.

¿En qué estás pensando? — preguntó de repente el cura, tomándole por la mano.

— ¿Qué tengo que hacer para que el Señor Jesús me dé su Espíritu Santo? — contestó éste.

— Escrito está en el libro que el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de Él.

— Entonces es cierto, no lo dudo. A cuantos se dirigen a Él, daba; y a mí mismo, siempre me ha dado todo lo que le he pedido. Pero, ¿puede uno recibir al Espíritu Santo de la misma manera que se recibe al Señor Jesús?

— No entiendo bien lo que quieres decir, Palko.

— Pues mire usted: Marta recibió al Señor Jesús en su casa. Y yo, aunque no le veo, le he recibido también en casa, en nuestra choza, en mi rincón, y aun aquí en la cueva, y sé que ha venido y que habita conmigo.

Parándose el cura, cerró los ojos como deslumbrado por algo. Y, al cabo de un rato, como hablándose más bien a sí mismo:

— No, no es únicamente en tu casa, sino en tu corazón, donde es menester recibir el Espíritu de Cristo.

— Pero, ¿puede este Espíritu introducirse en mi corazón?

— No cabe duda, hijo mío. Mira el sol: ¿ves cómo prosigue tan inmenso, radiante y majestuoso su marcha en el cielo? Y ahora considera esta gota de rocío tan pequeña y menudita; y, sin embargo, ¿qué ves en ella si la observas?

— ¡El sol! Ella, pues, también lo ha recibido; ¿no es así, señor?

— Claro está, hijo mío. Y ahora, buenas noches.

Y antes que el niño se diera cuenta de ello, ya estaba solo.

Entonces, poniéndose de rodillas con toda seriedad, dijo en voz baja:

— Señor Jesús, dignate orar a tu Padre celestial para que me dé a mí también tu Espíritu Santo, puesto que sabes que mi voluntad es ser tuyo; quiero recibirle cual la gota de rocío ha recibido el sol. Y ... a él, igualmente, dáselo sin falta. Amén.

IX Donde Lesina se marcha a su casa

El día siguiente, por la mañana, Lesina, acompañado de Palko, bajaba de las montañas, llevando al hombro un pesado bulto. En cuanto a Palko, cargaba con la ropa.

— ¿Volverá usted pronto, tío?

— No lo sé, Palko — y alejando sus tristes pensamientos, añadió — ¿qué puedo traerte que te dé gusto?

— ¡Oh! Si no es demasiado gasto para usted, tío, tráigame, por favor, un lápiz y un cuadernito en el cual yo pueda escribir algo.

— Bueno, puedo traerte eso; bastantes servicios me has prestado. El abuelo me ha entregado tu dinero para que te compre un traje, y yo mismo añadiré un sombrero; ya has pedido zapatos nuevos, y así podrás ir a la escuela este invierno y aprender lo que ignoras todavía.

— ¿Quiere comprarme un sombrero? ¡Qué contento estaré! Tanto tiempo hace que llevo el mío, que está estropeado por completo. Sé que le cuesta caro al abuelo; ¡ojalá supiera yo mejor pagárselo!

-- Pues bien; cuando seas mayor serás su sostén, un sostén muy apreciado; y ahora, ya le eres una ayuda para muchas cosas. Me ha dicho que sus hijos están en América, y que sus hijas están casadas muy lejos de aquí. Y tú mismo, ¿dónde están tus padres? ¿Eres hijo de Juriga?

— ¡Mis padres, tío! El abuelo no me ha recogido sino por amor de Dios, porque yo no tenía a nadie más. Mi abuelo se llamaba Razga, y murió hace dos años. Habíamos venido juntos a la montaña; él cayó enfermo y yo he quedado con el abuelo Juriga.

— ¿De manera que eres huérfano? Entonces debieras venir a nuestra casa, pues no tenemos hijos ... — Lesina alargó la mano al niño.

— ¿Cómo puede ser? ¿No tiene usted hijo en casa?

— No; ¡qué lástima que yo no haya podido hablar primero de esto al abuelo! Pero aquí viene el tío Liska, que podría muy bien llevarle el recado.

El niño quedó primero encantado de aquel ofrecimiento: ir a ver una comarca del todo nueva para él, horizontes nuevos ... ¡qué atractivo! Pero de repente, sacudiendo la cabeza, dijo:

— ¿Qué diría el Señor Jesús si yo abandonase de esta manera al abuelo? ¿Quién le traería el agua y le guisaría la sopa? No, tío; dejémoslo a la voluntad de Dios! Solamente que regrese usted pronto, pues no hará mucha falta su presencia.

— Y a mí también — pensaba Lesina — ¿no me falta algo? — Pero no insistió; Palko tenía razón, no podía dejar plantado a Juriga.

— Ahora es menester que te vuelvas a casa, niño, si no quieres que te sorprenda la noche; yo podré llevar también ese lío.

Pero Palko no consentía en eso.

— Su carga es bastante pesada sin él, tío. Ya podré correr a la vuelta.

— Sí, pero podrías errar el camino de noche; hoy no hay luna.

— En cuanto a esto, no pase usted cuidado; conozco perfectamente el camino que tantas veces he recorrido. El abuelo Razga decía que los niños hallados en el monte nunca podían extraviarse en él.

— Por fin logré alcanzarles — dijo en aquel momento la voz de Liska — Dame tu lía, niño, y vete a escape, si quieres llegar antes de la noche.

— Siendo así, vaya usted con Dios, tío Lesina, y usted también tío.

Y con un apretón de manos se separó de ellos.

— ¡Recuerdos al abuelo! — le gritaron los hombres al ver desaparecer su pequeño rayo de sol.

X Donde Palko sirve en casa del señor rector

— Es extraño — decía Liska al día siguiente a su viejo amigo Juriga — ese Lesina es un hombre diferente de los demás. Apenas si ha dicho una sola palabra ayer en todo el camino. Parecía oprimido bajo el paso de alguna pena.

— Ya tiene el infeliz motivo para estar abatido — pensó Juriga — Pero en su contestación a Liska sólo hizo mención de la inquietud que le causaba la enfermedad de su esposa.

— Dios se digne restablecerla pronto, para que él mismo pueda volver cuanto antes, pues mucho nos va a faltar.

En esto no se equivocaba; la choza parecía vacía sin él, tanto más, cuanto que Palko mismo estaba ausente. En efecto, el guardabosque había pedido que viniese a prestar sus servicios al señor rector, y a acompañarle en sus paseos, pues como guía no había otro semejante en aquellas montañas.

— Es necesario dejarle venir — decía con insistencia el mozo enviado por el guarda — el señor rector se lo resarcirá seguramente. Sabe usted que es gran amigo de los niños, y Palko estará muy bien allí.

Juriga se preguntaba a sí mismo lo que Palko pensaría de esto, y no quedó poco sorprendido al ver con qué júbilo y saltos de alegría el niño acogió esta noticia.

— ¡Es un señor tan bueno! — dijo a su abuelo — y yo le quiero muchísimo.

Jamás había soñado el corazón sencillo de Palko en una existencia como la que empezó entonces para él. Dormía sobre un sofá en la habitación misma del señor Malina; ¡y qué bien se estaba allí! Después de beberse una buena taza de leche, salía con los bolsillos llenos de provisiones, merced a las atenciones de la señora de casa. Palko llevaba al señor rector por sombrías cañadas, y le hacía atravesar por los arroyuelos o trepar por las peñas. Aquel buen hombre no se quejaba; recogía de paso plantas, flores, musgos, y estaba agradecido a su pequeño guía, que le indicaba los sitios más pintorescos. Cuando estaban cansados, el cura se tendía en una manta de viaje que Palko estaba encargado de llevar; y después enseñaba a éste los nombres de las plantas y otras muchas cosas útiles. Viendo que con alguna práctica el

niño leía bastante bien, empezó a enseñarle también a escribir y calcular, y a Palko le parecía el estudio más fácil que en la escuela.

A veces, el cura, que no era de una naturaleza muy vigorosa, se dormía un rato en esas excursiones, y Palko aprovechaba la ocasión para ir en busca de hongos, deseoso de no volver a casa del guarda sin ofrecer algo a la señora. Felizmente, Dunaj no había acompañado al tío Lesina.

— Te lo dejo — había dicho éste al marcharse — pues creo que sentirías mucho su ausencia.

De manera que Dunaj les escoltaba en sus paseos. Cada mañana llegaba solito el animal, pues no pasaba la noche en casa del guarda, a causa de los demás perros, cuya compañía no podía sufrir. El cura afirmaba que en eso los perros se parecen bastante a muchas personas. No obstante, quería a Dunaj, y se divertía mucho al verle a menudo llegar jadeante con asombrosa puntualidad.

Para Palko los momentos más felices eran aquellos en que el cura sacaba del bolsillo su Nuevo Testamento y le leía algo; aunque, a decir verdad, no faltaban cosas que el niño era todavía incapaz de comprender. Halló gran placer en la historia de los apóstoles, y observó para sí que de ninguna manera habría podido hacer tales milagros, si el Espíritu Santo no hubiese bajado a morar con los discípulos. Después de los Hechos, venía una carta intitulada “A los Romanos”. Esta vez Palko no comprendió casi nada, al paso que el cura, al contrario, no podía hartarse de su lectura, volviendo continuamente a ella, y quedando sumido en largas meditaciones, sobre todo, cuando llegó a estas palabras: “Dios encarece su caridad para con nosotros, porque, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

— ¡Oh, señor!, ¡cuánto me gustaría entender eso, pues me parece tan bueno!

— Tienes razón, hijo mío; es lo mejor que puede darse; Cristo murió por nosotros.

— ¿Por nosotros? ¿Cómo se entiende esto? Yo creía que había muerto porque los perversos judíos le habían crucificado. ¿Cómo, pues, ha muerto por nosotros, y por qué?

Abriendo entonces el Evangelio de San Juan, el cura leyó lo de Moisés y la serpiente, y contó a Palko lo que sucedió a los israelitas cuando salieron de Egipto. Se habían portado muy mal, y unas serpientes ponzoñosas los mordieron y mataron: aquello era horroroso ... Pero tan pronto como los infelices que habían sido mordidos miraban con fe en Dios a la serpiente de metal, eran sanados.

— Aquellas serpientes ardientes — explicaba el señor rector — son nuestros pecados. Y de la misma manera que aquella serpiente de metal fué alzada en un palo allí en el desierto, así fué necesario que el Hijo de Dios fuese alzado en la cruz, a causa de nuestros pecados.

Como Palko tuviese dificultad en comprender esto, le refirió las penalidades que sufrían en Egipto los hijos de Israel; le dijo que Dios envió a Moisés para sacarlos de allí; que Faraón, aquel hombre malo, se negó a dejarlos salir; que Dios, en su justa ira, dio orden a su ángel que matara a todos los primogénitos de los egipcios, desde el primogénito de Faraón hasta el del último de los mendigos. Debiera haber muerto también a todos los de los israelitas; pero el Señor había mandado que se inmolará un cordero sin defecto por cada familia israelita, y que con su sangre se hiciera una señal en la puerta, para que el ángel pasase sin hacer daño alguno en todas las casas donde viere la mancha de sangre.

— ¿Lo entiendes, Palko? Nosotros también debiéramos haber perecido a causa de nuestros pecados, y el Faraón del infierno tampoco nos hubiera dejado escapar. Pero en eso encareció Dios su amor para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Ha sufrido la muerte en lugar nuestro; y de esta manera es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

— ¡Oh, Señor Jesús — exclamó llorando — mi bien amado Señor Jesús! Ahora comprendo por qué tu Padre celestial no ha oído tu oración cuando le preguntabas por qué no te salvaba; era que debías morir por mis pecados, como el cordero allí por los judíos. Veo por qué tienes

ahora el poder de perdonar sus pecados a los hombres; nosotros somos los causantes de tu muerte.

El niño cesó de hablar; se había echado en la hierba, vuelta la cara hacia el suelo, sin pensar más en su benévolo amigo. Cuando se levantó, estaba solo; en el sitio que el cura había ocupado halló el libro abierto todavía.

Desde aquel día, el cura parecía más absorto aun que antes en sus meditaciones, y oraba mucho. Palko tenía mucho placer al verle así orando en el monte o en casa. Por la noche, si acaso despertaba, podía observarle con frecuencia arrodillado delante de una pequeña cruz de madera. Palko por su parte solía conversar también con su Salvador, lo cual le daba mucho ánimo.

El sábado, al final de la segunda semana, oyó que la mujer del guarda decía a su marido:

— Muy lejos de ponerse bueno, el señor rector tiene cada día peor semblante; parece como oprimido por alguna inquietud. Tiene intención de predicar mañana, pero más valdría que desistiese de hacerlo.

— Mira, querida, no puede pasarse más fácilmente sin su predicación que yo sin mi escopeta y tu cazuela. Otros hay que, en su lugar no tendrían tantos quebraderos de cabeza, pero él es muy concienzudo.

Cuando estuvo en el bosque con el cura, Palko le preguntó a quemarropa:

— ¿Es verdad, señor rector, que usted tiene tantos cuidados?

— ¿Quién te ha dicho esto, hijo mío?

— Algo de esto han hablado en casa del guarda. La señora está muy intranquila al verle a usted tan pálido, y cree que está usted enfermo.

— No se equivoca, hijo mío; estoy gravemente enfermo, atacado de un mal que no tiene cura.

— ¿Ni siquiera para el poder del Señor Jesús? — dijo el niño aterrado, tomando en sus manos tostadas del sol la pálida mano del cura.

— Ni siquiera para el Señor Jesús — repitió el cura, mirando los ojos llenos de simpatía y de angustia de su amiguito — Es claro que Él podría, pero ...

— ¡Oh! Entonces es menester orar. ¿Se acuerda usted de que los sanaba a todos, hasta al paralítico, el cual, sin embargo, no se lo había pedido personalmente? ¿Quiere que oremos a Él ahora mismo?

— ¿Quisieras ayudarme a orar?

— Sí por cierto, como los mensajeros del centurión de Capernaun, que decían: “Es digno de que se lo concedas:”

— No de esta manera, Palko; yo nada merezco.

— ¿Qué puedo, pues, hacer por usted? Si yo orase, cuando menos, como aquel hombre que se estabas de pie, lejos, junto a la puerta del templo, ¿se acuerda?. y a quien otro miraba con desdén al paso que se admiraba a sí mismo.

— Tienes razón, hijo mío; la oración del publicano es la única que me conviene.

El cura no habló más, y aquella mañana volvieron temprano a casa del guarda.

Por la tarde, Palko debía acompañar a su amo a la rectoría para pernoctar allí, e ir a pasar el domingo con el abuelo. Pero algo había que le tenía preocupado.

— ¿Cómo puedo con mis vestidos viejos y muy echados a perder, ir con él a la aldea? ¡Si yo tuviera ya mi traje y mi sombrero nuevo!

Habló de su perplejidad a la mujer del guarda, mientras fregaba por ella los platos después de la comida, según acostumbraba hacerlo.

— No te dé cuidado, Palko; ya he pensado en ello, y te he arreglado a tu estatura un traje de mi muchacho, para recompensarte de haber servido tan bien al señor rector, y de haberme prestado a mí misma muchos servicios.

Y, en efecto, le dió una bonita camisa, blanca como la nieve, y un pantalón azul; había lavado también, sin previo aviso, la chaqueta del niño, de resultas de lo cual, a decir verdad, esta prenda había encogido tanto, que tuvo que echársela al hombro. Así es que apenas se conoció a sí mismo cuando se miró en un remanso formado por el arroyo. Palko había remendado y embetunado cuidadosamente sus zapatos, al prio tiempo que los del cura y los había provisto de cordones nuevos, recibidos como regalo. De modo que su corazón rebosaba de felicidad cuando salió con su paquetito, y su amo participaba de su alegría.

— ¡Dios guarde a usted! ¡Un millón de gracias! — gritaba aún de lejos Palko a la mujer del guarda, que los contemplaba alejándose.

— Echa por el atajo, Palko, como cuando vienes con Dunaj — dijo el cura al cabo de un rato.

— Así estaremos pronto en la aldea, a pesar de que usted no anda tan ligero como yo — contestó alegremente el niño — Pero no tema nada, el camino es bueno; de otra manera no le haría yo pasar por él, habiéndome recomendado el guarda que no le lleve por caminos imposibles.

— ¡Si supiese por qué resbaladeros he tenido que trepar para seguirte! ... — dijo sonriéndose el cura — Pero no te espantes, que yo no te haré traición. En los sitios de más difícil acceso es donde crecen las flores más hermosas. Cuéntame todavía algo antes de llegar a la aldea, como el día en que te hallé en tu nido en tu País del Sol. Dime algo de tu familia.

Contentísimo con ver al señor rector menos melancólico que por la mañana, Palko se apresuró a referirle cómo, dos años atrás, había venido a estas montañas con el abuelo Razga y cómo éste, que estaba gravemente enfermo, había ido a morir en su casa, recomendándole al abuelo Juriga para que cuidase de él por amor de Dios.

Expresando el cura su extrañeza de que los padres de Palko hubiesen consentido en este arreglo, el niño le explicó que la mamita Ana le había hallado en el bosque, y, no presentándose nadie a reclamarle, había acabado por tenerle consigo.

El cura oyó con el mayor interés esta narración.

— Y si abuelo Juriga muriese, ¿qué harías y adónde irías?

El niño se paró, mirando con asombro por todos lados alrededor suyo, sorprendido y casi aterrado.

— Supongo que el Señor Jesús vendría otra vez en mi ayuda, puesto que envió a la mamita Ana a socorrerme cuando yo estaba perdido. Y cuando ella murió, me dió al abuelo Razga, y cuando a éste le tocó morir, me dió al abuelo Juriga. La choza de la montaña no será nuestra sino hasta la muerte del abuelo, y su casita en la aldea — se la enseñaré cuando pasemos por allí — es de sus hijos; de modo que no podré quedarme en ella. Pero como soy algo grandecito, ya se hallaría quien consintiera en tomarme a su servicio. Si por ejemplo, señor rector, tuviese necesidad de un zagalito, es donde yo preferiría estar.

— ¿Conmigo? Es una buena idea. En el caso de que tu abuelo muera antes que no, no vayas a servir a nadie, vente conmigo. ¿Me lo prometes?

Dichoso con esta seguridad Palko puso su manita en la delicada mano del cura en señal de pacto.

La conversación fue interrumpida por la llegada de algunas mujeres que caminaron con ellos hasta la rectoría. Allí dieron a Palko una excelente cena, y el cura le tomó de nuevo en su propio cuarto para la noche; pero antes de acostarse tomaron ambos un buen baño caliente, que les hizo mucho bien después de su larga excursión. El niño se caía de sueño, y apenas

pudo hacer su oración; únicamente percibió que el cura le arreglaba el embozo de su cama, le acariciaba la frente, le daba un beso ... y al punto quedó profundamente dormido.

Al despertarse, como de costumbre, con el alba, Palko se sentó en la cama, no acertando bien a saber dónde se encontraba. Estaba a punto de levantarse y ponerse sin ruido la ropa, cuando avistó, sentado cerca de la ventana y vestido al rector, con el santo libro sobre sus rodillas. Sin embargo, no leía; tenía los ojos cerrados, sonriendo como en el éxtasis de un hermoso sueño, y su cara, tan pálida de ordinario, estaba iluminada con los fuegos de la aurora.

El niño se escabulló sin ruido fuera de la habitación para ir a la fuente a lavarse, y , después de enjugarse y peinarse con esmero, volvió andando en la punta de los pies.

Sentado todavía en el mismo sitio, el cura había abierto los ojos y contemplaba la salida de sol. El niño se acercó sigilosamente, y por un movimiento inconsciente se arrodilló a sus pies.

— ¿Ya te has levantado, Palko? — dijo el cura, poniendo cariñosamente la mano sobre su cabeza.

— Es la mañana.

— En efecto; una espléndida mañana de domingo, semejante a aquella en la cual María vió al Resucitado.

— ¿No está usted triste esta mañana, señor rector?

— No, hijo mío; hoy estoy feliz, muy feliz. Puedo decírtelo a ti porque me comprenderás y te alegrarás conmigo; he hallado también yo esta noche el camino del País del Sol, y puedo por fin dar contestación a la pregunta que me hacías, y que yo mismo me hacía.

Tengo el Espíritu de Cristo; he recibido al Señor como Marta, como la gota de rocío recibe al sol. Da gracias al Señor conmigo de que me ha perdonado y aceptado por suyo. Sólo que ahora es preciso que descanse un poco, pues no he dormido en toda la noche. Pero no importa; ésta ha sido la noche más hermosa de mi vida.

Después de haber orado juntos, el cura se tendió, vestido en el sofá. Palko, lleno de solicitud, le trajo una almohada, diciendo:

— Descanse por completo, pues de otra manera no podría hacer su sermón.

— ¿Mi sermón? — replicó el cura, estrechando al niño contra su corazón — Hoy predicaré como en mi vida no lo he hecho: por primera vez hablaré como testigo de Jesús.

Tan pronto como su amo durmió, Palko salió sin ruido del cuarto. Quería marcharse sin desayunarse; pero la vieja criada le vió, y no le dejó salir sin darle un pedazo de pan y un poco de leche.

Llevaba prisa por volver con su abuelo, a quien no había visto sino de paso, un par de veces en estos últimos quince días, la una en casa y la otra en el bosque.

— Mucha falta me haces — le había dicho éste — pero cumple fielmente tu servicio. ¿Quién sabe qué provecho podrás sacar de él algún día?

XI Por qué tuvo Palko que dejar el servicio del señor rector

En el intervalo, un suceso inesperado había ocurrido en la choza: el anciano Pablo había recibido una carta, no de sus hijos de América, sino de Lesina. Felizmente, como sabemos, había hablado ya antes a Liska de la infeliz esposa de Lesina, pues fué Liska quien le leyó la

carta, y de ella se trataba. Tuvo que explicarle además que se le iba la cabeza a la pobre mujer, porque Lesina escribía en los siguientes términos.

“He encontrado a mi mujer en bastante buen estado de salud. Pero mi madre me dice que no debo ausentarme en adelante, pues la vida se hace insoportable para ella. A pesar de esto, me veo obligado a volver a la montaña, como usted sabe, para no sufrir una pérdida considerable. Tengo pues, la intención de tomar conmigo a mi esposa, y vengo a suplicarle que, en estas circunstancias, nos ceda un poco a su muchachito. Es un niño tan amable, que seguramente tendrá ella placer en tenerle a su lado; debiera él, en ese caso, hacerle compañía, tanto dentro como fuera de la casa, y evitar que se quede sola. Le pagaré a usted sus servicios; pero le ruego, por favor, que no niegue a dos infelices este favor”.

“Palko nos cedería su cuartito y dormiría de nuevo con usted. Mi esposa guisará para todos nosotros, y se dedicará a las demás faenas domésticas. Si puede tener a Palko a su lado, será para mí cual si el Señor Jesús mismo me enviara un ángel de la guarda para ella. Al leer ayer en el profeta Isaías estas palabras: “Y un niño los pastoreará”, me parecía ver a Palko. ¿No es él el niño que nos conduce a Dios? ¡Oh, si supiéramos creer como él!”

Mientras leía la carta, Liska se enjugó más de una vez las lágrimas.

A Juriga le causó gran placer la idea de poder prestar un servicio a Lesina. No faltaba sitio en la choza. ¡Qué venga la pobrecita, y que nuestro misericordioso Salvador conceda a Palko que sea para ella un instrumento de bendición!

Pero, ¿qué habría dicho Palko si hubiera sabido lo que le esperaba a su llegada?

— En cualquier cosa hubiera soñado, menos en que le dijeran que no volvería más con su querido amo. Entonces conoció hasta qué punto le amaba, cuando el abuelo se negó rotundamente a dejarle salir el lunes por la mañana, con motivo de que el tío Lesina debía llegar por la tarde con su mujer. Palko tendría que cuidar de ella, mientras el abuelo y el tío estarían ocupados en sus trabajos; quedaría a su lado en la choza para ayudarla en todo cuanto necesitase, y la acompañaría en el caso de que saliese a buscar hongos.

Por más que el niño instase con el abuelo, dándole mil explicaciones y acumulando los ruegos, tratando de hacerle comprender que el señor rector no podía pasarse sin él por estar enfermo; que no volvería sin duda sino por unos pocos días a casa del guarda, y que era preciso que tuviese un guía, todo fué inútil.

— ¡Déjame en paz con tu cura! — exclamó por fin el abuelo, amoscado — Al fin y al cabo no es sino un extraño un católico, mientras que Lesina es de los nuestros, y es deber nuestro ayudarle a él primero. ¡Hola! Tú que vas siempre diciendo que el Salvador está contigo y oye cuanto le dices, no sé qué opinión formará de ti si no quieres hacer nada por un hombre que está en la aflicción. El lunes por la mañana te vas a casa del guarda a despedirte, y no digas una palabra más.

Palko tomó el cántaro y se fué a la fuente. Pero al llegar allí se echó al suelo, llorando y sollozando como si su corazón estuviese a punto de partirse. Y después, con los codos en el suelo y las roanos en la barba, dió salida a sus pensamientos, entablando una conversación consigo mismo:

— ¿Será mi deber estar al servicio de todo el mundo?

El tío bien podía dejar a su mujer en casa; ¿qué necesidad tenía de traerla? Desde ahora, Señor Jesús, no podré más recibirte en mi casa, como no hubiera podido Marta hacerlo si le hubiesen tomado la suya. Me toman mi cuartito para el tío y la tía, y me obligan a dormir otra vez con el abuelo. ¡No, no puede ser; prefiero dormir a campo raso con Dunaj! ¡Y el abuelo que dice que el señor rector es para mí un extraño! ¡Esto no es cierto! Y el tío Lesina, ¿es pariente nuestro? De ninguna manera; vive con nosotros y va al bosque con el abuelo, nada más. El abuelo tampoco es mi abuelo, todos ellos son extraños para mí.

Y sus lágrimas corrieron más amargas y abundantes ...

— Pero, muchacho, ¿qué éstas haciendo aquí? — preguntó de repente el abuelo.

— Es que no soy vuestro del todo — respondió Palko, que no estaba falta de argumentos en aquel trance — es que no tengo nadie, únicamente a extraños — añadió el niño sollozando.

El corazón de Juriga se ablandó.

— Óyeme — díjole con bondad — siéntate aquí, quiero decirte algo.

Estas cariñosas palabras bastaron para apaciguar la tempestad que agitaba el corazón del niño; se sentó, pues, y el abuelo prosiguió:

— ¿Por qué te afliges tanto de que no te deje volver a casa del cura? El es rico, y sin dificultad puede con su dinero hallar otro muchacho; mientras que Lesina, que es de los nuestros, es tan pobre como nosotros y, a más de esto, sumamente infeliz. Hemos leído en el santo libro que el Salvador se compadecía de los desgraciados y les auxiliaba ... ¡Y tú niegas a ayudar a Lesina! Yo no hubiera esperado esto de ti.

— ¿Por qué dice usted que es infeliz? No le falta nada — contestó Palko con timidez — Empezaba, en efecto, a conocer que no le asistía la razón, puesto que no había querido obrar como Jesús.

— Si me prometes solemnemente que no lo dirás a nadie, ni a Liska, ni a Lesina, te lo contaré.

— Le prometo que no diré nada, abuelo — y puso su manecita en la callosa diestra del anciano.

— Pues bien, escúchame. El tío Lesina tenía también un niño pequeño, y este niño desapareció. Y esto ha causado tanto dolor a su mujer, que la infeliz casi ha perdido el uso de la razón; siempre quiere salir a buscarle. Este es el motivo por el cual el tío Lesina la trae aquí, para que no se extravíe ella misma buscándole. Puede ser que aquí también quiera buscarle, y tú tendrás que acompañarla a todas partes.

— ¿Y ayudarla a buscar? — exclamó el niño, levantándose de un salto — Ya se leía en su semblante el afán de servir con gozo a la pobre mujer, a pesar de las lágrimas que humedecían todavía sus ojos y mejillas.

Juriga se alegró de haber logrado la adhesión de Palko. Los niños y los locos se parecen, poco más o menos, unos a otros, pensaba el anciano; ya podrán buscar juntos. De todas maneras estaba seguro de que Palko no se escaparía para correr a casa de su cura.

— ¡Sólo que no te olvides de tu promesa! No vayas a hablar del niño perdido a Lesina ni a ninguna otra persona.

— Eso sí.

— ¿De manera que era un niño? ¿Qué estatura tendría? Pregunto esto para poder conocerle, en el caso de encontrarle.

— Era muy pequeñito todavía, pero ya sabía andar.

— ¡Pobrecito niño!

Conversando así con animación, habían vuelto a la choza, y tanto le cautivaba a Palko el asunto, que no advirtió que el abuelo llevaba el cántaro. Ahora ya no le importaba nada tener que ceder su rincón a Lesina, y él mismo ayudó a ensanchar el lecho.

— Dígame, abuelo, ¿podremos recibir también aquí al Señor Jesús?

— Claro está, hijo mío, ¿y por qué no? La choza es toda tuya.

— ¡Oh qué contento estoy!

Es preciso confesar, sin embargo, que cuando Palko, el día siguiente, tuvo que ir a casa del guarda a manifestarle que no le era posible continuar, este paso le pareció muy penoso, sobre todo porque creía que no podría siquiera despedirse del señor rector.

Pero, ¡qué sorpresa más alegre le esperaba!

Allí estaba el cura, de pie, delante de la casa del guarda, contemplando con admiración la hermosa vista que se descubría en aquel sitio. En seguida vió a Palko.

— Bienvenido seas, hijo mío. Me he levantado más temprano que tú esta mañana; vienes algo tarde para nuestro paseo.

— ¡Ay! No puedo venir más para el paseo — contestó el muchacho, llorando a lágrima viva

— El abuelo me ha encargado que le salude atentamente de su parte, y le diga que busque a otro en mi lugar, pues él me necesita. Dice que un señor rico como usted puede hallar fácilmente con su dinero otra persona.

— Mi dinero no me dará un segundo Palko — dijo el cura, acariciando con bondad al niño

— Pero, ¿por qué te necesita? Tal vez consienta en dejarte volver, si yo mismo voy a hablar con él; además, no puedo quedarme aquí más que hasta el miércoles.

— ¡Ay, no! De nada serviría — dijo Palko suspirando. Y enjugando sus ojos, explicó brevemente por qué debía quedar en la choza y al servicio de quién estaría, añadiendo cuán grande era su sentimiento.

— Pero ahora quiero dejar satisfecho al abuelo; sólo estoy en duda de si el Salvador se habrá resentido de esto.

El cura se sentó en el tronco de un árbol derribado, y Palko se arrodilló a su lado, reclinando su cabeza en las rodillas de su migo.

— Resentido precisamente, no, pero supongo que muy sorprendido.

— ¿Y de qué?

— Vamos a ver, ¿no te habías ofrecido para su servicio pocos días hace solamente? El ha recogido la palabra, y te ha aceptado por uno de sus pequeños servidores. Si estuvieras a mi servicio, debieras ir sin replicar allí donde yo te enviara, y hacer lo que te mandara.

— ¡Oh! Cuán gustosamente haría yo todo cuanto usted me ordenara, y sobre todo, lo que Él me mandara.

— Pues bien, Palko. Él es quien te manda, lo mismo que a mí: “Toma tu cruz cada día, y sígueme”. ¿Crees que Jesús no hubiera preferido quedar con sus discípulos a los cuales tanto amaba? Pero cuando su Padre le dijo: “Toma esta pesada cruz, llévala en tus magullados hombros hasta el Gólgota, y deja que te claven en este leño”, ¿qué hizo? Obedeció.

— Así, pues, usted cree, señor rector — preguntó ruborizado el niño — que es el Señor Jesús quien exige que le deje para ponerme al servicio de la tía ... ¿Será ésta mi cruz?

— Por cierto, hijo mío, yo lo creo. Es, pues, deber tuyo someterte y aceptarlo de buen agrado. Dios sabe con qué motivo pone en tu camino esta alama, lo mismo que sabía por qué te enviaba a mí para serme útil.

— Entonces, ¿de esta manera permaneceré a su servicio?

— Seguramente, y serás su pequeño siervo.

— ¡Oh!, tal vez me conceda la alegría de hallarle su niño — exclamó Palko en un arrebato de satisfacción.

— ¡Su niño! ¿qué quieres decir?

— ¡Oh! Es verdad, no debo hablar de esto a nadie, ni a Liska ni a Lesina; el abuelo me lo tiene prohibido. Pero, puesto que lo ha mencionado a usted, bien puedo contárselo.

Y Palko hizo al señor rector su narración, quedando muy sorprendido de que éste no le diera ninguna contestación, y se limitara a mirarle de una manera extraña.

— ¿Qué edad tendrías, Palko — preguntó por fin el cura — cuando te halló tu mamita?

— Año y medio, poco más o menos, según dicen,

— Y el hijo de Lesina, ¿era también un niño?

— Sí, y muy pequeño, pues apenas andaba solo.

— Los caminos de Dios son a veces maravillosos. Pues bien; yo creo, en efecto, que el Señor Jesús te concederá el gozo de hallar el niño de aquella pobre mujer. Entretanto, sé un buen servidor para ella, y día vendrá en que darás gracias al Señor por haber podido servirla.

Un sentimiento extraño y solemne invadió el corazón de Palko; quedó un rato en silencio, con la cara oculta entre sus manos; y de repente, volviéndose hacia su amo, exclamó:

— ¡Cuan triste estoy!

— ¿Triste? ¿Por qué?

— Por no haber sabido comprender que era Él quien me llamaba, y por haberme negado a seguirle.

— En esto has obrado como lo hacemos muchas veces nosotros los mayores. Principiamos ofreciéndonos al Señor para su servicio, y luego, cuando nos manda algo que es contrario a nuestros deseos, nos negamos a sometemos, olvidados de que nos ha dicho: “Niégate a ti mismo, y sígueme”. Pero no te desanimes, hijo mío; antes bien, ora, confíesale tu culpa, y Él te perdonará; y después sírvele tan fielmente con tía Lesina como le hubieras servido conmigo.

Y sin aguardar a que le repitieran esta exhortación, Palko derramó en el acto ante el Señor Jesús su oprimido corazón, prometiéndole con lágrimas servirle fielmente en adelante. El cura oró también por él, pidiendo que Palko fuese para Lesina y su mujer “el niño que los pastorease”, llevándolos a Jesús, como lo había sido para él mismo.

Besando después a Palko, cuyas lágrimas limpió, le dijo:

— No te apures; seguiremos siendo buenos amigos, puesto que estamos ambos al servicio del mismo Amo. Cuando vengas a la aldea; no dejes de hacerme una visita. Te devuelvo tu Testamento, pues lo necesitarás; yo tengo en casa la Biblia entera, y quiero comprar otros muchos ejemplares. — Y sacando de su bolsillo el santo libro, lo llevó a sus labios, y lo dio a su pequeño propietario, diciéndole con lágrimas en los ojos:

— ¡Ojalá sea para otros muchos lo que ha sido para mí!

Volvieron juntos a casa del guarda, y Palko se despidió de sus huéspedes. Estos no estuvieron muy satisfechos de la determinación del abuelo, pero el cura les tranquilizó.

— Empiezo a conocer los caminos de la montaña; ya sabré salir solo de apuros durante tres días.

El guarda regaló a Palko un silbato para llamar a Dunaj y una corona nueva (moneda de plata), a lo cual su esposa añadió, empaquetadas en un pañuelo, tantas cosas de utilidad, que el niño con dificultad podía llevar su equipaje.

— Cuando pases por aquí, entra a darnos los buenos días, aunque nada traigas para vender — le dijo la buena señora, a lo que Palko accedió de todo corazón.

El cura le acompañó hasta la choza; quiso ver al abuelo mismo para darle las gracias, y le entregó una moneda de oro nuevecita. El abuelo por su parte comprendió el amor de Palko al cura, viendo qué hombre más bueno y amable era. — Bien podría dar un par de coronas a Palko, puesto que tanto le alaba — había pensado Jutiga. Pero no fueron dos, sino diez coronas, las que le entregó para el niño, con otras diez para él mismo, para ayudarle a criar a Palko, puesto que le había recogido por amor de Dios.

Cuando salió el cura, Juriga abrió el paquete que el niño había traído de casa del guarda.

— ¡Vamos, chiquito — dijo sonriendo — no has servido de balde! ... Dios bendiga a aquella buena señora que ha pensado en nosotros con tanta bondad.

— ¿No lo ve, abuelo? Usted no cargará ya más solo con todo el trabajo; yo quiero ganar por fin también algo para ayudarlo.

— Seguramente, hijo mío. Con estas diez coronas podré comprarme zapatos nuevos para el invierno; demasiado me he devanado los sesos pensando en esto, no sabiendo dónde hallar el dinero; ¡y ahora aquí lo tengo! Es mucha verdad lo que está escrito: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán añadidas.” Es como si Dios mismo lo hubiera hecho llover para mí. Ahora no me faltará nada este invierno. ¡Y tú me traes aquí provisiones de boca para quince días! ... No es palabra vana la de la Biblia que dice que Dios es amor.

XII La tía Lesina

El viejo Juriga no se había figurado que la vida con la mujer enferma de su joven amigo hubiese de ser precisamente fácil y agradable, y estaba dispuesto a aguantar no pocos disgustos para aliviar en lo posible la carga del pobre Lesina. No tenía la más remota idea de que todo iría a más y mejor.

Lesina y su mujer llegaron por la noche, cansados y contentos con hallar la sopa preparada. Después de cenar arreglaron su cama con las sábanas, almohadas y mantas que habían traído. De manera que no fué sino al día siguiente por la mañana cuando Juriga pudo empezar a observar a la joven.

— ¡Pobrecita — decía para sí el anciano, lleno de compasión — tan joven, veintiséis años a lo más, tan amable y tan bella también! Pero, ¿a quién se parece? ¡A ver cómo irán las cosas aquí con ella!

Por de pronto, apenas podía notarse su presencia, a no ser para alegrarse de ella.

Por la mañana había guisado una excelente sopa, que Juriga, Palko y Dunaj mismo, que la había acogido ruidosamente, comieron con gusto, así como una torta que había traído. A Palko le ofreció también nueces; y cuando Lesina le entregó el traje con el sombrero prometido, ella ayudó al niño a componerse. Desde el primer instante se mostró muy cariñosa con él; y la que permanecía como muda ante las personas mayores, tan pronto como se hallaba sola con el niño charlaba con su voz tan simpática, suave y melancólica como el susurro del aire en las ramas de los abedules.

Cuando Liska apreció, hubo también una torta para él, y la joven respondió con amabilidad a sus preguntas. Este tuvo que limpiarse los ojos a escondidas, pues le dominaba la emoción cada vez que la miraba.

— Has hecho bien en traerla, hijo mío — dijo Juriga a Lesina, al cabo de una semana — no te equivocabas al suponer que le agradaría la compañía de Palko.

— ¡Quién pudiera resistir a la atracción que ejerce este niño! — contestó suspirando el interpelado.

Así, pues, podían los hombres dedicarse con toda tranquilidad de espíritu a sus labores, seguros de que a la joven no le parecería largo el tiempo. A ella misma le hubiera parecido más bien demasiado corto para todo cuanto tenía el propósito de hacer.

Toda la ropa que había en la casita la lavó, incluso la de Juriga y la de Palko; guisaba las comidas, fregaba los platos, mondaba y secaba los hongos, así como las otras plantas que recogía acompañada de Palko. Y cuando no tenía otra faena en qué ocuparse, cosía y remendaba la ropa de todos; hasta a Liska le compuso una camisa y le echó mangas nuevas.

Por otra parte, hay que hacerle a Palko la justicia de que la rodeaba de cariñosa solicitud. Le contó la historia de su País del Sol, adonde la condujo ya al otro día de su llegada. La mostró su libro, explicándole el contenido. Ella escuchaba con gusto, por más que no pocas veces se abismara en sus melancólicos pensamientos. Palko comprendía que en aquellos momentos pensaba en su propio niño; la quería mucho, y cada día crecía el amor que la tenía. Cuando salían juntos, iban siempre cogidos de la mano como dos niños.

Un día que la tía estaba ocupada de una labor de costura, sumida en sus reflexiones, Palko apoyó de repente su rubia cabecita en el hombro de la joven, diciéndola:

— Está triste por su niño, ¿no es verdad, tía? Pero no pase cuidado; ya verá cómo le hallaremos nosotros. Yo lo he pedido al señor Jesús, y me lo concederá.

Ella se sobresaltó, le miró y le estrechó en sus brazos; su pañuelo había caído al suelo, y un rayo de sol iluminó dos caras rosadas, rodeadas como de marcos de cabellos rubios, y que ofrecían una notable semejanza.

— ¿Crees que le hallarás, Palko?

— Estoy del todo seguro de ello; pero es preciso que me diga usted cómo era.

— Enteramente como tú; sólo que era pequeño todavía.

— ¿Sabía ya andar? — preguntó Palko, enlazando con sus dos bracitos el cuello de la tía — ¡Oh, cuánto tiempo hacía que no le había acariciado la mano de una madre!

— Ya lo creo; cuando yo le cogía de la mano, podía andar un buen trecho; y aun aventuraba a dar solo algunos pasos.

— ¿Cómo se llamaba?

— Mischko.

— Así, cuando vayamos a buscarle le llamaremos: ¡Mischko, Mischko! o más bien, no, es usted quien debe llamarle, pues mi voz le daría miedo. Tía — preguntó de nuevo Palko, desasiéndose del abrazo de la joven — ¿desde cuándo ha perdido usted a su Mischko?

— ¿Desde cuándo? — repitió ella mirándole con ojos extraviados — Yo no lo sé, Palko. Mi cabeza la tengo en un estado extraño; unas veces me duele mucho y otras no me acuerdo de nada. Estoy, sin embargo, mejor desde que estoy en la montaña; ya no siento aquí aquel mismo peso que me oprime sin cesar el corazón cuando estamos allí en nuestra casa.

— ¿Sabe lo que debe hacer? Quédese siempre aquí con nosotros. En el invierno bajaremos a la aldea, y no faltará sitio en nuestra casa; tenemos una habitación grande, una cocina y un cuartito y viviremos en perfecta armonía.

— Yo, de buena gana me quedaría siempre contigo.

A Palko le asomaban las lágrimas a los ojos; tan grande era la ternura con que fueron pronunciadas estas sencillas palabras.

— Yo también, créame, la quiero mucho — aseguró el niño con acento profundo de sinceridad — a pesar de que al principio yo no quería en manera alguna verla por aquí ni ponerme a su servicio, porque esto me obligaba a dejar al señor rector. Es que él me ha enseñado tantísimas cosas, que me gustaría mucho estar con él. Pero, ¿no es verdad que yo la sirvo también con fidelidad, y el Salvador estará contento de mí? Y si esta es mi cruz, por cierto que no es pesada ni me abruma ... Pero estábamos hablando de su niño.

— Sí, las gentes aseguran allí en nuestra tierra que un jabalí le habría devorado. Pero yo no puedo creerlo — declaró la infeliz madre, sacudiendo la cabeza en ademán decidido — estoy cierta de que él vive, y es preciso que le halle. No, no creo que haya muerto.

— No, no lo crea, tía — repitió Palko con acento tranquilizador — todo lo que dice la gente son tonterías. Cuando yo era pequeño, fui hallado también por mamita en la montaña, al otro

lado del Waag, donde me había extraviado. El Señor Jesús, que no ha permitido que las fieras me devorasen, habrá protegido también a su niño.

— ¿Tu madre también te ha vuelto a hallar? — exclamó admirada la joven.

— Si usted quiere, le voy a contar toda esta historia, punto por punto. Mamita buscaba hongos. De repente, oyó llorar a un niño, y mirando alrededor suyo, se encontró en el camino como un niño que andaba, vestido con una camisita, desnudos los pies, y que le pidió de beber. Ella le dió agua y pan; y no sabiendo de quién era, le trajo a su casa. Después hizo publicar que había hallado un niño, pero nadie vino a reclamarle; de manera que le ha guardado por amor de Dios, así como, más tarde, el abuelo Juriga. Pero, tía — añadió Palko interrumpiéndose — tal vez alguien también haya hallado a su Mischko, y le haya guardado; en este caso, ¿para qué sirve buscarle en la montaña? ¿Quién sabe dónde para?

Puesta de pie, apretada la frente con sus manos, y fija la mirada, la infeliz mujer repetía a media voz:

— ¡Quién sabe dónde para!

— Tranquilícese — respondió Palko con tono consolador — el Salvador, de seguro sabe dónde está. Le pediremos que nos lo haga descubrir. Vienen muchas mujeres ahora a la montaña; preguntaremos a cada una de las que veamos si no ha hallado a un niño. Tal vez demos justamente con la que lo tiene.

A partir de aquel momento, la pobre mujer habló cada día de su Mischko con Palko. Este le enseñaba a pedir a Jesús que le dijese dónde estaba su hijo, pues ella seguía firme en el convencimiento de que vivía todavía y le hallaría. Desde entonces perdió algo de su taciturnidad, y sus pálidas mejillas recobraron algún color.

A Juriga se le ocurría a menudo preguntarse a quien le recordaba la cara de la joven.

A todos su presencia les era grata, y trataban de leer en sus ojos lo que podían hacer que le diese placer.

Lesina no sabía qué imaginar para agradarle. Los primeros días, parecía que ella lo evitaba, como por efecto de cierta timidez; ahora, no.

Cuando, trayendo una pieza de madera, esculpía cucharas delante de la choza, iba a sentarse a su lado con su labor de media, y a veces contemplaba con tanta ternura a su marido, que éste debía



reprimirse para no gritarle su gozo. Cuando hacía la lectura del Nuevo Testamento, se sentaba también junto a él, y le oía atentamente.

Lesina aprendió entonces a creer en el amor gratuito de Dios para los pecadores, y al mismo tiempo a pedir con fe al Señor Jesús que sanase a su mujer. Palko, en efecto, les había repetido las explicaciones luminosas del señor rector, y contado de qué manera él también había buscado y hallado el camino del verdadero País del Sol. Y ahora era Lesina quien deseaba ardientemente hallarlo; sin embargo, no hubiera querido entrar en él sin su mujer; y, en el estado en que ella se encontraba, ¿podía llegar a la fe?

Leían el libro, no solamente línea tras línea, sino desde su principio, para recobrar el tiempo perdido, y cada día lo entendían mejor. Sobrevino una temporada de grandes lluvias, que les obligó a permanecerse algunos días en casa, y aprovecharon esta circunstancia para adelantar en su lectura; de modo que el tiempo pasó para ellos con rapidez.

Liska quedaba constantemente con ellos, y no volvía a su casa sino por la noche, y sucedió más de una vez que hizo por que le acompañase Palko, con el objeto de hablar con él de las cosas que acababan de leer, reteniéndole tarde consigo por la noche.

El deseo de Lesina de hallar el camino de la salvación se hacía cada vez más intenso.

Pedía también a Dios que iluminase a su mujer, pues él mismo no creía que su hijo estuviese aún con vida; se lo representaba su imaginación oculto en alguna región del País del Sol eterno, y suspiraba por el día en que volvería a verle.

XIII El rector está muy enfermo

Por agradable y tranquila que fuese esta vida común de los cuatro amigos, Palko no dejaba de sentir que le faltaba algo. Momentos había en que le invadía un deseo tan vivo de servir al señor rector, que no podía menos de proferir en sus oraciones este suspiro: “Señor Jesús, quiero, sí, estar sumiso y llevar mi cruz; pero, aunque no tengo como tú las espaldas magulladas, ¡me parece tan pesada!”

El niño tenía la impresión de que los que le rodeaban no acertaban a comprender su estado de alma, mientras que el señor rector seguramente lo comprendería.

Ninguna oportunidad se le había ofrecido de bajar a la aldea. El primer domingo, la lluvia le había impedido salir; y al siguiente, el abuelo había ido al culto con los tíos Liska y Lesina. Cuando regresaron por la tarde, Palko pidió permiso para ir a casa del guarda y llevar a la señora unos cuantos hongos, como testimonio de gratitud por sus hermosos regalos. Tomando consigo a Dunaj, echó a correr, cual si desafiase al animal a que le superase en agilidad. Es que se sentía con alas, como un pájaro escapado de su jaula, y Dunaj, por su parte, estaba encantado de hallarse otra vez solo con su joven amo.

— Ahora por fin podré saber cómo está el señor rector — pensaba Palko, y, en su alegría, hacía resonar los ecos con sus gritos de ¡Jujú!, ¡Halloh! Después entonaba una melodía que la tía Usina le había enseñado; de manera que muy pronto llegó a casa del guarda.

La señora se hallaba sola en casa.

— Mil recuerdos del abuelo — exclamó Palko gozoso — Aquí traigo el pañuelo en que iba envuelto el paquete, con algunos hongos en señal de agradecimiento por todo.

— ¡Qué hongos más hermosos! ¿Dónde los has encontrado? Darás también a tu abuelo muchas memorias de mi parte y tantas gracias por su regalo. Siéntate aquí, que voy a darte una taza de café; y puesto que estoy sola, me harás compañía si no llevas mucha prisa ...

— Bueno — contestó Palko muy satisfecho, y pensando además que de esta manera tendría seguramente noticias del rector.

Después de un rato de conversación, preguntó de repente en voz de súplica:

— Por favor, señora, ¿puede usted decirme cómo está el señor rector?

— ¿Nuestro cura? No está malo, sino que tiene no sé qué de extraño — contestó la señora moviendo la cabeza de un lado a otro.

— ¿De extraño?

— Pues mira, estos dos domingos ha predicado como nunca lo había hecho antes ...

La buena de la señora se olvidaba de que hablaba con un niño, ante el afán y la atención con que la escuchaba Palko.

— Eso es — dijo el niño, haciendo con la cabeza una señal de aprobación — aquella mañana en que yo estuve en la rectoría me dijo que predicaría como jamás había predicado. Y esto, sencillamente, por haber hallado el camino del País en que el sol no se pone nunca.

— Conque, ¿te lo ha dicho a ti también? Es lo que nos ha explicado, valiéndose de estas extrañas palabras. Si tú no hubieras estado con él de día y de noche durante dos semanas, y no te hablaría de esto, porque eres aún muy niño. Decía, además, que hasta ahora no había sido para nosotros un buen pastor, puesto que no era nacido de Dios y no tenía la seguridad del perdón de sus pecados. Afamaba, es verdad, que nos había declarado lo que sabía acerca del Señor Jesús, pero que Él personalmente no le había poseído. Por fin, añadió que nosotros tampoco lo poseíamos, pero que nos enseñaría el camino que nos ha de conducir a Él, puesto que Dios le había recibido en gracia y le había adoptado por uno de sus hijos. Yo no sé repetir esto muy bien, pero nunca podré olvidarme de aquella plática, como tampoco de la de hoy. Apenas tenía paciencia suficiente para esperar este domingo; tan grande era mi deseo de saber cómo nos mostraría el camino. Nos ha hecho ver qué santo y bueno es Dios, y qué pecadores más grandes somos nosotros, añadiendo que nos perderíamos para siempre si nos negásemos a convertirnos y acudir al Señor Jesús. Tanto silencio reinaba en la iglesia, que se hubiera oído la caída de un alfiler; nadie se dormía. No sé pintarte nuestras impresiones; pero cualquiera hubiera dicho que no era él, sino otro, quien ocupaba el púlpito; tan extraordinario era lo que predicaba. A la salida de la iglesia, todos los oyentes quedamos en el cementerio, asombrados cual si el día del juicio, de que nos había hablado, hubiese amanecido. Nos refirió también en su predicación que había hallado el camino que conduce a Dios y Cristo, leyendo un libro; pero no he entendido bien lo que estaba escrito, sino que debía leerse “línea tras línea”.

— ¡He aquí el libro! — Y Palko se levantó y sacó de su bolsillo su amado tesoro.

— ¿Tú tienes este libro? — exclamó la señora, en el colmo de la sorpresa; y tomando febrilmente sus anteojos, leyó en la primera página que Palko acababa de abrir: “Lee con atención, línea tras línea” — ¿De dónde tienes este libro, muchacho? ¿Es él quien te lo ha dado?

— No; quien se lo ha dado soy yo.

Palko tuvo que contar una vez más la historia de su hallazgo, lo cual causó la mayor sorpresa a la señora. Refirió después de qué manera él mismo y el señor rector habían leído juntos el libro, y juntos habían recibido, cual Marta, al Señor Jesús, y al Espíritu Santo, cual la gota de rocío recibe el sol.

— Pero, hijo mío, hablas como un santo o como el Señor Jesús en el templo, a los doce años — dijo la señora, dando salida a su admiración: — ¿No quieres prestarme este libro?

Palko vaciló un instante.

— De buena gana lo haría; sólo que todavía no lo he leído todo. Es verdad que el tío Lesina ha traído de su casa la Biblia entera, y nos la lee; pero leo yo también solo, cuando voy al

País del Sol, y cuando salgo con la tía Lesina a coger frutas le hago la lectura. Yo no podría llevar conmigo la Biblia, que es demasiado gruesa, y tampoco sé encontrar con facilidad en ella las historias y palabras que deseo.

El muchachito miraba derecho delante de sí, en busca de una solución.

— ¡Oh! Ahora sé — dijo de repente — El señor rector, al devolverme el libro, me ha dicho que encargará le manden otros; debe, pues, haber otros en el mundo.

— ¿Ha dicho esto? — exclamó gozosa la señora — Oye, Palko, el abuelo no se enfadará si llegas un poco más tarde esta noche, pues siendo domingo no te necesita. Aquí tengo varias cositas que desearía mandar al señor rector. ¿Quieres llevárselas de mi parte y pedirle al mismo tiempo que se sirva proporcionarme uno de aquellos libros? De buena gana se lo pagaré, sea el que fuere el precio.

— ¡Qué bien! De esta manera podré ver al señor rector.

Palko tuvo el placer de asistir a la operación de empaquetar en una cesta dos palomos silvestres, las setas que acababa de traer, un poco de queso de oveja y mantequilla fresca.

— Toma, llévale esto, y dale muchos recuerdos de mi parte. Dile que no puedo olvidar su plática, y que se digne orar por mí, para que halle también el camino que conduce a Dios. Estoy dispuesta a cumplir todo cuanto exija de mí, a hacer cualquiera peregrinación o a pagar cuantas misas quiera, con tal de no perderme enteramente.

Estas palabras originaron en el ánimo de Palko un sin fin de reflexiones mientras bajaba a la aldea.

— ¿Qué quiere decir la señora? El Señor Jesús dijo sencillamente: “Venid a mí”. Y Marta no fué nunca a ninguna peregrinación a cualquier lugar, ni tuvo que pagar nada; se contentó con recibir al Señor Jesús. Estoy seguro de que la mujer del guarda, lo mismo que yo antes, no conoce la historia de la serpiente de metal, ni la de los israelitas en Egipto, que escaparon de la muerte porque el cordero había muerto por ellos. Y tú, Señor Jesús, eres el Cordero de Dios, muerto por nosotros en la cruz. ¿Por qué no le he dicho esto? Se lo diré a la vuelta, sino no me olvido. Y cuando ella tenga el libro, entonces lo comprenderá bien; ya le he dejado el mío, y puede leer algo. Pero, ¡qué lástima que esto no se halle al principio! Sin embargo, línea tras línea, como se debe, acaba uno por dar con ello.

En nada de tiempo estuvo Palko en la rectoría. Allí, en el vestíbulo, se encontró con la criada, que le dijo:

— El señor rector descansa un momento, y yo no dejaría entrar a ninguna otra persona; pero me ha dado orden de no despedirte nunca. Ve, pues, a enseñarle lo que hay en tu cesta, antes de entregarlo a la señora.

Colocándose sin ruido en la habitación, Palko echó primero una mirada a la cama, y después al sofá: el rector tenía los ojos cerrados, pero los abrió en seguida.

— Bienvenido seas, Palko. Por fin estás aquí — dijo alargándole las manos — Yo me preguntaba si me olvidabas. Pero no vayas a llorar; bien sabía yo que era tu deseo venir a verme.

— Puede estar seguro de ello.

Enjugando sus lágrimas, Palko deposita su cesto sobre la mesa, se arrodilla delante del sofá, y lo que nunca había hecho, besa al señor rector, como besaba a la tía Lesina, apoyando su rosada mejilla en la demacrada cara del sacerdote. Esta inesperada y espontánea manifestación de cariño infantil causó al solitario una emoción deliciosa. Atrayendo a su pecho al niño, depositó un tierno beso en su pura y blanca frente.

— ¿Por qué está tendido? — preguntó Palko con solicitud — ¿Está usted cansado o enfermo?

— Estoy algo cansado, en efecto, Palko, y tengo punzadas en el costado, las que me impiden bastante respirar tan pronto como quiero andar. De esto no ha hablado a nadie, y no lo digo sino a ti únicamente, para que pidas al Salvador que me sane.

— ¡Oh, pidámoslo en seguida!, y después le diré por qué he venido. Señor Jesús, mi buen amado Señor Jesús, estás aquí con nosotros, ¿no es cierto? Pues bien, te lo ruego; sana al señor rector. Ya sabes que no puede predicar cuando está enfermo, ni hacer cosa alguna y, sin embargo, es menester que enseñe todavía el camino a las gentes y a la mujer del guarda.

— ¡Sí, ¡oh Hijo de Dios! — añadió el cura mismo — Vos, que habéis llevado nuestras enfermedades y la mía también; Vos, que habéis prometido conceder todo cuanto os pidieren juntos dos de nosotros, os lo pido; alejad esta enfermedad. ¡Cuánto quisiera serviros todavía, y alumbrar, por medio de esta luz que me habéis dado, vuestro pueblo, que yace en las tinieblas! Por espacio de tantos años no he sido para estos ciegos sino un guía ciego, un asalariado; yo no andaba delante de las ovejas. ¡Oh, permitidme reparar algún tanto mis descuidos! Yo soy joven todavía, y tengo delante de mí toda la vida. ¡Si me sanáis, hago el voto de consumirme por completo a vuestro servicio como un cirio en el altar! Amén.

En la habitación reinaba un silencio solemne, como en una iglesia. Palko lo rompió el primero exclamando:

Nos ha oído, y estoy seguro de que hará lo que he pedido.

Lo creo también, Palko; sólo te pido que sigas orando por mí; ya sabes que servimos al mismo Maestro, y es preciso que nos ayudemos mutuamente.

Usted se siente ya un poco mejor, ¿no es verdad?

-- Si, estoy mejor. Tan pronto como has entrado, he sentido alivio. Mira, Palko, nadie te ha sustituido para mí; y al sentirme tan solitario, con este peso en el pecho, estaba muy abatido.

-- ¿No tiene padre ni madre, como yo?

— Tiempo hace que han muerto.

— ¿Y no tiene abuelo, ni hermanos o hermanas?

— Los he tenido, pero han mosto casi todos en temprana edad, víctimas de enfermedades del pecho.

— Pero aquella sañosa que estaba aquí de visita, ¿no era su hermana?

— Esta, sí, vive todavía; sólo que reside muy lejos de aquí; y como tiene familia, no podría venir a cuidarme si yo cayese enfermo.

— Entonces, ¿quién es aquella señora de edad que habita aquí?

Es la hermana mayor de mi difunto padre. Un momento antes de tu llegada, me sentía tan abandonado como el Señor Jesús en Getsemaní. Y he aquí que te ha enviado a mí, ¡alabado sea Él! ¿Y me has traído todavía algo?

— Sí — exclamó Palko — por poco me lo olvido. Es la señora del guarda quien le manda todas estas buenas cosas; esto le restablecerá pronto. Mire un poco, señor. Palomos silvestres (¡pobrecitos, lástima que los hayan muerto!); huevos, queso de aquel que usted prefiere, y aquí aquel buen pan de centeno que tiene tan excelente olor, y manteca.

— Cuántas cosas buenas! Apenas he tenido tiempo de comer un bocado hoy; he tenido que predicar dos veces, hacer un entierro y una porción de cosas más. Pero ahora empiezo a sentir el hambre. Hay un cuchillo en la mesa; corta un poco de pan para cada uno, que vamos a probar esta manteca y el queso.

Se pusieron a la mesa, pero el cura no hizo mucho honor a aquellos manjares tan buenos. En cambio, obligó a Palko a comer bastante, y Dunaj mismo no fue olvidado. Palko tuvo después que llevar a la cocina el cesto para desocuparlo de su contenido, y muy gustoso trajo al cura vaso de agua, que bebió con avidez para calmar algún tanto su calentura.

Palko transmitió, por fin, al cura el recado de la mujer del guarda, refiriéndole todo cuanto había dicho. No se había figurado que al señor rector le causaría tanto gozo; levantándose del sofá, el enfermo se acercó a una mesita, no sin llevar la mano a su costado. Allí había libros envueltos en papel, y sacó uno, diciendo:

— ¡Bendito sea Dios! Yo había encargado inmediatamente un buen número de ellos, pero no creía necesitarlos tan pronto.

Y sentándose a la mesa, copió palabra por palabra, en la primera página del libro, lo que estaba escrito en el de Palko, añadiendo todavía algunos renglones. Después de esto, juntando las manos, oró.

La anciana señora Malina trajo el cesto, aunque no vacío.

— Yo he puesto algo para Palko y el abuelo — dijo — Pero, ¡qué cara más abatida tienes tú! Harías mejor en acostarse del todo.

Y llena de ansiedad descubrió la cama.

— Un poco más tarde, tía. Quiero ir al jardín a acompañar a Palko; no debemos detenerle más, pues tiene una larga caminata para llegar a su casa

Jamás le había costado tanto a Palko separarse de su amigo; tenía el corazón tan oprimido, que hubiera querido llorar.

— Si usted me lo permitiese, preferiría quedarme — le dijo al llegar al jardín — está usted tan solito, pobre señor!

— No puede ser; tu abuelo, que ignora por completo dónde estás, estaría muy inquieto, y lo mismo la señora del guarda. Vete a casa como un buen chico, pero sin correr, para evitar el sudar mucho y el resfriarte después. Ya me has hecho bien, y, como tú sabes, he recibido también al Señor Jesús aquí, en la rectoría, y está conmigo. Si irte parecía estar solo, era porque no había pensado en Él en seguida; pero no me olvidaré más de Él. Ahora, Palko, di al abuelo que se sirva pasar mañana por la rectoría; tengo que comunicarle una cosa importante — añadió el cura en el momento de separarse de su amiguito.

Pero antes de esto había preguntado a Palko cómo le iba con la tía, si la servía bien, y esto había dado lugar todavía a largos relatos; de modo que, conversando el cura, le acompañó hasta el pie de la montaña, donde se sentaron juntos un rato.

Así es que era de noche cuando Palko llegó por fin a la choza, donde el abuelo y Lesina le esperaban con tanta ansiedad, que habían salido a buscarle. El niño había tenido además que pasar por casa del guarda para entregar el libro; y aunque no se había detenido allí sino el tiempo necesario para tomar en cambio el suyo propio y ver la alegría de la buena señora, ya era muy tarde. Pero cuando lo hubo contado todo, no le dieron ninguna reprimenda, pues era fácil ver que estaba muy cansado y se caía de sueño.

— ¿Qué puede tener que decirme el cura? — dijo refunfuñando Juriga cuando Palko estuvo dormido. ¿Qué opinas, Martín?

— De seguro que va a persuadirle que le devuelva a Palko -- contestó Lesina con acento melancólico — Los señores tienen a menudo sus caprichos. Palko me ha contado que le ha exigido la promesa solemne de no ir a servir a nadie sino a él, en el caso de que Dios le retire a usted. Tal vez le pida que se lo ceda desde ahora, porque con dificultad hallaría otro semejante. Pero le ruego que no se lo dé. Este niño no es nada mío, ni yo tampoco lo soy de él; pero conozco que caería enfermo si usted se lo diera, y si yo supiera que nos iba a dejar para siempre. A veces me parece que no podría amar con mayor cariño a mi propio hijito perdido.

— No tengas miedo — contestó Juriga, enjugándose los ojos — No lo cederé en manera alguna ¿Qué sería de mí sin él? Yo también a menudo me lo digo: él es el niñito que debe conducirme a Dios, y esta será la recompensa que me ha prometido Razga.

Lesina hubiera deseado todavía pedir más pormenores acerca de lo que Palko le había contado de su pasado, aquel día en que le había acompañado a la aldea; muchas veces había pensado en él cuando estaba en casa, y sin embargo, esta noche se había olvidado de hablar de este asunto. Pero su mujer y Palko se agitaban en sus hechos.

— Es preciso acostarnos — dijo Juriga en voz baja — pues les impedimos dormir.

Y así lo hicieron.

XIV El señor rector aclara un asunto

El día siguiente, por la madrugada, cuando los demás apenas acababan de levantarse, Juriga se marchó hacia la aldea; pues, además del asunto indicado, tenía algo que hacer allí, y deseaba echar una mirada a su casita. Pero ante todo quería pasar por la rectoría, y decirle una vez más al cura su opinión, si las cosas eran tales cuales Lesina suponía.

Halló a la criada del cura llorando, y le preguntó qué tenía.

— ¡El señor rector ha pasado tan mala noche! ...

— ¿Qué dices? Mi niño le ha visto todavía anoche ...

— ¿Palko es de usted? ¡El señor rector le quiere tanto! Anoche, en efecto, le acompañó todavía hasta el pie de la montaña. Cuando le encontré en el jardín, a su regreso, me dijo que esperaba a usted esta mañana, y me ha encargado que le introduzca en seguida. Pero, francamente, no sé si se halla en estado de recibirle. El médico acaba de salir de aquí.

— Y, ¿qué le ha sucedido tan de repente?

— Ha tenido esta noche una fuerte hemorragia. La pobre tía está anegada en lágrimas; dice que es una enfermedad de familia, a la cual han sucumbido todo sus hermanos y hermanas, hereditaria de su madre.

Juriga se quedó en la habitación de los criados, hasta saber si se le permitiría ver al enfermo. Por fin, volvió la sirvienta diciendo que podía entrar, puesto que el señor rector tenía empeño en verle, pero que su visita fuese corta.

— ¿Qué querrá de mí, para llamarme, enfermo como está? — pensaba no sin emoción Juriga, al acercarse a la cama, y al apretar con su fuerte mano la calenturienta diestra del cura.

— Muy satisfecho estoy de que usted haya venido — dijo éste en voz baja y no sin esforzarse bastante — Palko me ha contado que fué hallado años atrás en la montaña por la hija de Razga, y que, por otra parte, la mujer de Lesina está buscando a su niño. Pregunte a Lesina cuándo perdió a su hijo, y cuéntele lo que sabe de Palko; no puedo librarme de la idea de que aquel niño es Palko mismo. No permita que aquella pobre madre continúe así buscando.

El cura tuvo que interrumpirse para respirar, y cerró los ojos cansado, pero pronto prosiguió:

— Esto es lo que me urgía decirle; no puedo hablar más. Como ve, estoy gravemente enfermo. A no ser por una intervención milagrosa del Señor Jesús, yo no tengo vida para mucho tiempo. Déjeme a Palko para estos pocos instantes que me quedan; nos queremos mucho el uno al otro, y él es quien me ha llevado al Salvador. Ayer, tan pronto como llegó, me hallé mejor. Usted podrá disfrutar de él todavía por mucho tiempo con salud y vida; déjeme disfrutar de él en mi lecho de muerte.

— Se lo voy a enviar enseguida, señor rector — contestó Juriga, luchando por contener sus lágrimas.

El anciano estaba como aturdido al salir de la rectoría, y cuando atravesó por las calles de la aldea apenas notó que le saludaban, y que las gentes le seguían con miradas de sorpresa. Le parecía ver continuamente delante de sí aquella noble cara, pálida y dolorida, con las facciones estiradas, y oír aquella voz suave rogándole: “Déjeme disfrutar de él en mi lecho de muerte”.

— ¡Oh Lisina! — decía hablándose a sí mismo, al acercarse a la montaña — tan enfermo como está, piensa en Palko y en nosotros; para venir en nuestra ayuda, en la tuya mayormente, era por lo que se empeñaba en verme. Apenas podía hablar, y, sin embargo, me ha hecho venir hasta su cama, mientras nosotros le negábamos el niño ... Pero, ¿cómo puede ser que yo no haya pensado inmediatamente en Palko, cuando me habló de aquellas montañas de allí? Es verdad que yo me figuraba que no hacía más de un año, a lo más, desde que había perdido a su hijo. ¿Por qué no le he dicho nunca que Palko no es mío? Y eso que me ha preguntado una vez si el niño era de uno de mis hijos ... Sin el señor Malina, yo jamás hubiera pensado en la relación que existe entre los dos hechos. Y, sin embargo, Dios no nos ha juntado de esta manera sin tener sus buenos propósitos. Es preciso que Lesina sepa inmediatamente que no ha muerto su hijo. ¡Y yo que me daba sin parar de cabezadas para descubrir a quién se parece la infeliz mujer, sobre todo cuando alisa sus hermosos cabellos dorados! El niño parece como vaciado en ese molde ...

Nunca le había parecido a Juriga el camino del regreso tan corto como aquel día; se sentía casi remozado; tan grande era su gozo de traer a Lesina esta inesperada cuanto fausta noticia.

— Pero, ¿de qué manera voy a decírselo? — pensaba el anciano al acercarse a la choza.

No se oía el menor sonido.

— El niño habrá ido a buscar hierbas medicinales con la tía. ¿Qué digo a su tía? Con su madre.

— Felizmente, no estaba en casa, pues Juriga no hubiera podido contener su emoción.

Halló a Lisina cerca de la cabaña, ocupado en talar las ramas de un pino derribado al suelo.

— ¿Ya de regreso, tío? — dijo éste — Pues bien, ¿qué quería aquel cura de desgracias?

— ¡Oh hijo mío! — contestó el anciano con voz trémula — ; debieras quitarte la gorra al hablar de este hombre. Le he encontrado muy enfermo, pues ha tenido esta noche una terrible hemorragia. Me ha dicho que Palko es quien le ha traído al Salvador, que tendremos una vida entera para disfrutar de su presencia, y que bien podríamos permitirle que disfrute de ella en su lecho de muerte.

— ¿Y usted ha consentido en ello? — preguntó vivamente Lesina.

— Sí, hijo mío, y no volveré atrás de mi promesa. Le debemos infinita gratitud, y no podemos pagarle sino una parte muy pequeña de nuestra deuda.

— ¡Tantas cosas por esas diez miserables coronas que le ha echado! — replicó con amargura Lesina al dar en el árbol un tremendo hachazo.

— Deja un momento tu trabajo, y siéntate, hijo mío, que tengo algo que preguntarte.

Lesina obedeció, bien que desconfiado y descontento; hundió su hacha en el leño y se sentó en la hierba al lado de Juriga ... ¿Qué le habrá sucedido al anciano para que huelgue así el lunes? Juriga, en efecto, le miraba de un modo tan extraño que por poco si le pregunta: — ¿Qué tiene usted que me mira así?

— Dime, Martín, fijamente, ¿cuándo y en qué año desapareció tu hijo?

El joven se estremeció al oír estas palabras, que estaba muy lejos de esperar.

— ¿Por qué esta pregunta?

— Por nada — dijo Juriga tosiendo — únicamente porque me preocupa la idea de si tu mujer, que está buscando sin parar al niño en la montaña, le conocería en el caso de que le encontrase.

— Seguramente que no. ¿Y cómo quiere usted que le conociese? — exclamó Lesina gimiendo, y olvidado, como siempre, de cualquiera otra cosa cuando pensaba en eso. Busca continuamente su nene de año y medio, vestido de una camisita, mientras que tendría ahora cerca de nueve años.

Juriga tosió de nuevo para aclararse la voz; era evidente que tenía algo en la garganta.

— Me habías preguntado cierto día si Palko era hijo de uno de los míos, pero nuestra conversación había sido interrumpida. Voy, pues, a referirte de qué manera me hallo en posesión de este niño.

Y Juriga emprendió la narración de las aventuras de Palko, tan interesante como un cuento de hadas. No omitió ninguno de los pormenores, describiendo palabra por palabra el hallazgo en el bosque, por Ana Razga, de aquel niño que andaba con la cabeza y los pies desnudos, y vestido tan sólo con una camisita. Lesina abrió los ojos grandes, interesado más y más y cautivado en alto grado por el giro que tomaba la conversación, mientras Juriga proseguía su relato.

Cuando éste terminó, Lesina se abalanzó hacia él, asiéndole apasionadamente las manos.

— ¿Por qué me cuenta todo esto?

— ¿Me lo preguntas, hijo mío? ¿No adivinas quién es tu hijo y dónde le has de buscar?

— ¿Palko? Imposible — exclamó Lesina dejándose caer al suelo junto al tronco del árbol cortado: reía y lloraba al mismo tiempo, y parecía haber perdido la razón.

Después de considerarle un instante en silencio, Juriga se quitó el sombrero, pidiendo a Dios que viniese en ayuda de aquel infeliz, y se fué en seguida en busca de Palko para mandarle a casa del señor rector. Se acordaba de su promesa, y no ignoraba que una promesa hecha a un moribundo es sagrada. Tuvo la satisfacción de hallar el perro, y no se equivocó al creer que no tardaría en hallar también al niño.

— Hija — dijo amistosamente a la joven — deja ahora tus hierbas, y ven a prepararnos la comida, que es preciso enviar a Palko a la aldea.

Entraron, pues, sin demora en la choza, y no transcurrió media hora antes que Palko estuviese en disposición de marcharse.

— Abuelito — preguntó éste tímidamente — ¿usted ha estado ya en casa del señor rector?

— Sí, hijo mío; desea verte en seguida; está muy enfermo, y le he prometido que podrás quedarte un poco a su lado. Por lo que hace a nosotros, sabremos arreglarnos perfectamente sin ti.

— ¡Oh querido abuelito! — dijo el niño al besar, lleno de gozo, al anciano, el cual esta vez le estrechó con ternura en sus brazos.

— Ahora ve, y cuídale bien.

Estaba a punto de alejarse cuando la tía Lesina le detuvo.

— ¿Adónde vas? ¿Adónde le envía usted? — preguntó ansiosa la mujer.

— No le detengas, hija; ya volverá.

— Palko, ¿me dejas?

— ¡Oh tía! — dijo el niño, con lágrimas en sus ojos azules.

— Ayer fuiste no sé adónde, ¡y tu presencia me hace tanta falta! Ya tenía miedo de que no volviesses más, como mi Mischko.

— Pues yo volveré. Déjeme solamente ir esta vez a casa del señor rector, puesto que tiene necesidad de mí. Después estaré siempre con usted.

— Anda, Palko, y de prisa — dijo Juriga emocionado, al ver la lucha que agitaba el alma del niño.

No le parecía bueno que Lesina le viese en aquel momento. De desear era, al contrario, que tuviese tiempo para darse cuenta del increíble hecho de que su hijo vivía aún, y de que lo era precisamente aquel niño al cual amaba con todo su corazón.

Palko partió como una ráfaga de viento.

— Prepara ahora, hija, la comida para tu esposo, que va a llegar.

— ¿Por qué ha mandado usted a Palko fuera? — gemía la pobre mujer como fuera de sí — ¿No sabe que no puedo vivir sin él?

— ¿Y por qué querer guardarle aquí, puesto que no le tienes cariño?

— ¡Y no le tengo cariño! ¿Quién le ha dicho tal cosa?

— Si le quisieras de veras, ya no buscarías sin cesar a tu Mischko. En resumidas cuentas, Palko es mío, y tú puedes ir a buscar a tu Mischko.

— ¡Oh!, démelo. Le ruego me lo dé.

— Pues bien, yo te lo daré, pero con la condición de que lo tomes en lugar de tu Mischko, perdido para siempre. Si te doy a Palko, ¿pondrás fin a tus inútiles investigaciones?

— Vamos, sí, abuelito. Desde que tengo a su Palko, ya no lloro tanto por Mischko.

— Aquí viene Lesina, dale su comida.

— ¡Pobre amigo! — pensaba Juriga con simpatía, al ver aquella cara demacrada, en la cual las lágrimas habían dejado huellas.

— Martín — gritó desde lejos la joven a su marido — figúrame que el abuelo nos da a Palko; sólo que, por de pronto, le ha enviado a recados.

Lesina besó tiernamente a su mujer.

— Ha hecho bien en enviarle esta vez, Eva mía; pues volverá, y entonces será nuestro y le guardaremos para siempre. Pero debemos una gratitud inmensa a ese señor a cuya casa va ahora. Jamás podremos pagar tan grande deuda. ¡Ojalá que al menos pueda el niño hacerlo por nosotros!

Mientras la joven fué a buscar agua, los dos hombres se echaron en los brazos uno de otro.

— Puesto que Razga ha muerto — dijo Lesina — urge cuando menos manifestarle cuánto le agradezco todo lo que usted ha hecho por mi querido hijo y por mí mismo en mi gran desgracia. Y le doy gracias también por haberle mandado allí ahora, pues creo que yo no hubiera estado en disposición de verle aquí, delante de mí, sabiendo que es el niño contra el cual he pecado de una manera tan grave.

XV Palko sirve otra vez al señor rector

El más ardiente deseo de Palko estaba realizado, pues se hallaba otra vez al lado de su tan preciado amigo ... Pero, ¡cuán diferente de sus ensueños era la realidad! Nada de correrías por montes y valles, nada de ascensiones por peñas escarpadas, ni siquiera un minuto de charla por espacio de dos días. Y, sin embargo, el niño sentía un vivo gozo y una profunda gratitud hacia su Salvador y hacia su abuelo, de que le fuese concedido el favor de permanecer junto a este lecho de dolor.

El médico, en un principio, había querido alejarle como a intruso molesto e inútil, pero el cura no lo consintió.

— Déjeme a Palko; es mi pequeño camarada. Muéstrole lo que puede hacer por mí, pues hará todo cuanto usted quiera. Las demás personas hacen todas mucho ruido, mientras que a él apenas si le oigo.

Así es que le permitieron permanecer, y más tarde el médico confesó que en eso habían acertado. Palko, en efecto, sabía hacer bien cualquier cosa. Pero no tenía mucho trabajo, pues todo consistía en dar de vez en cuando un poco de hielo al enfermo, y en abrir o cerrar la ventana. Cuando se ofrecía algo más complicado, no tenía más que dirigirse a la cocina. El niño, al ir y venir por la habitación, no hacía más ruido que una mosca, y sabía abrir y cerrar las puertas sin que nadie lo oyese. Prefería no alejarse de la cama, y cuando veía que el enfermo sufría mucho, juntaba las manos y oraba sin cesar.

El cura oraba también, rogando encarecidamente al Salvador que le sanase para poder servirle todavía.

— ¿Por qué, pues, no se lo concede? — balbuceó Palko a media voz, apoyada su cabeza en la mano — ¿Por qué hace como si no oyera? Y, sin embargo, estoy cierto que nos oye.

El cura le pidió leyese algo en las Sagradas Escrituras; el pasaje escogido le pareció extraño a Palko.

— He edificado sobre este fundamento paja, heno y hojarasca — dijo despacio el cura — todo esto será consumido. ¿Valía la pena de vivir para no hacer sino un trabajo inútil? Yo mismo seré salvo, pero como a través del fuego: ¡no hay corona para mí! ¡Oh, si yo pudiera vivir y trabajar todavía! Pero morir ahora ... ¿Qué hará el Señor de mí, que soy un siervo inútil?

De sus ojos cerrados dos gruesas lágrimas corrían por sus calenturientas mejillas.

Palko lloraba también. “Mas así como por fuego, él empero será salvo ..., mas así como por fuego...” Si el fuego es esta tan dolorosa enfermedad, es un fuego sumamente terrible.

— ¡Oh Palko! — le dijo un día al anochecer, me siento muy mal.

Aquella noche, en efecto, mientras Palko dormía, el cura tuvo dos hemorragias, y el médico no le dejó un solo instante. Por la mañana, la cara del enfermo estaba tan blanca como la funda de la almohada, y su debilidad era extrema. Sin embargo, cuando el niño se acercó, le acogió con una tierna sonrisa.

— No te aflijas por mí, hijo mío; ya voy mejor, pues el peso que me oprimía ha desaparecido, lo mismo que la punzada en el costado, y puedo hablar sin sentir dolor.

— ¿Usted no sufre más? Entonces el Señor Jesús nos oye, y todo irá bien.

— Sí, Palko, nos oye. Esta noche la muerte estaba ya muy cerca, pero Él no me ha dejado morir. Y esta mañana me ha enseñado una cosa muy preciosa en su Palabra. Léeme en la segunda epístola de San Pablo a Timoteo, capítulo 4, versículo 8: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida!” Por esta palabra he comprendido que la vida eterna, que es la corona de vida, es dada gratuitamente, por los méritos de Cristo, a los que le han amado y le han permanecido fieles. Si me hubiera sanado, grande habría sido mi dicha de servirle. Pero tal vez, tan innato es en mí este instinto, hubiera buscado mi salvación en mis obras he dado a ellas demasiada importancia. Así, al contrario, llamado a comparecer con las manos vacías delante del Dios Santo, por fuerza no las pueda llenar sino con los méritos de Cristo.

El cura hablaba en voz tan baja, que Palko tenía que inclinarse hacia él para oírle. Pidió que le leyese todavía los ocho primeros versículos del Salmo 62: “En Dios solamente está acallada mi alma; de Él viene mi salud” (y lo repetía a media voz); “Él solamente es mi fuerte

y mi salud; es mi refugio, no resbalaré mucho”. ¡Oh qué bendición tan grande la de poder triunfar con seguridad, Palko!

Después de estas palabras, se durmió tranquilamente.

Desde aquel día, a pesar de todas las recomendaciones y ruegos del médico, el cura se empeñó en recibir a todos aquellos de sus feligreses que vinieron a visitarle. Pronto corrió la voz entre ellos, tanto, que llegaron hasta diez a la vez, pidiendo verle.

— Le van a matar a fuerza de obligarle a hablar — decía el médico.

Y como lo oyese el cura, le tomó de la mano.

— Hábleme con franqueza, doctor. ¿Cuánto tiempo puedo vivir todavía cosiéndome la boca?

— Es difícil decirlo — contesto éste evasivamente.

— Vamos, digamos algunas semanas tal vez, a lo más, y eso tomando infinitas precauciones.

— Sí; mientras que a este paso, algunos días apenas.

— ¡Sea lo que Dios quiera! Razón demás para mí para prepararme de la mejor manera posible.

¡Qué horas más solemnes fueron las que transcurrieron entonces en la rectoría de San ... ! Jamás hasta entonces las había habido semejante, y han quedado inolvidables.

— Ora por mí, Palko; que el Señor me conceda poderles señalar a todos el único verdadero camino de la vida eterna.

Este ruego lo repitió por tres veces.

Oró, pues, Palko, y el Señor oyó el ferviente deseo de su siervo moribundo.

A sus feligreses que le visitaban les decía:

— Es un moribundo quien os habla, es vuestro cura, podéis creerle: las obras no pueden rescatar vuestras almas; los santos no tienen ningún poder en el cielo por vosotros; Cristo es el que pagó vuestro rescate en el Gólgota, muriendo por vosotros; Dios mismo es el que pagó vuestro rescate, dando a su Hijo por nosotros. Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; ha quitado mis pecados, y quitará también los vuestros; la única cosa que tenéis que hacer, es acudir a Él.

Con estas y otras palabras semejantes daba el cura su testimonio delante de sus feligreses.

La segunda semana llegó una nueva y considerable remesa de biblias que repartió entre ellos.

— No consintáis que nadie os las quite, quienquiera que sea — añadió con ansiedad — Es la Palabra eterna del Dios vivo. Leedla, línea tras línea, con fe, y ponedla por obra; ella os mostrará el camino de la vida eterna, lo mismo que a mí me lo ha mostrado. He recibido a Jesús en mi corazón y en mi casa. Muero todavía joven, pero, ¡si supierais cuán dichoso soy!

Esto se veía en su rostro, y no llamaba poco la atención a sus visitantes, que nunca habían visto a un enfermo tan feliz.

Pero era Palko más que nadie el afortunado testigo de la felicidad de su amigo. Una vez solo con él aireaba la habitación y se sentaba en silencio al lado de la cama. Cuando el enfermo no dormía, tomaba la mano del niño en la suya, y permanecía así, sin moverse, con la cara radiante.

— Palko, me cuesta trabajo figurarme que está tan próxima la hora en que he de contemplar a Aquel a quien amamos ambos sin haberle visto todavía.

— ¡Oh! — suspiraba el niño — ¡si yo pudiera ir allí con usted!

— No, Palko; conténtate con servirle fielmente en la tierra tanto tiempo como puedas. ¡Cuánto daría yo por haberle servido toda mi vida! Un día te reunirás arriba conmigo, y me dirás entonces si mis gentes han leído la Palabra de Dios y la han aceptado. Tú permanece fiel a nuestro Señor hasta el fin.

XVI Palko halla a su padre

Era el segundo sábado desde que Palko cuidaba a su tan amado amigo. La rectoría albergaba huéspedes: en primer lugar, la hermana del cura, que lloraba mucho y no podía consolarse de la enfermedad del único hermano que le quedaba; y además, el joven vicario de H., que había venido para suplir al cura en las funciones de su cargo.

— Ahora que no estoy completamente solo, es menester que vaya a respirar un poco los aires puros de la montaña, y alegrar a tus amados allí arriba — dijo el cura a Palko. Volverás el lunes. Darás a todos mis mejores recuerdos en casa del guarda y de tu abuelo. Saluda también de mi parte mis hermosas montañas que mis ojos no volverán nunca a ver. Y si vas hasta el País del Sol, piensa en la puerta de los cielos, y acuérdate de que pronto pasaré y por ella, para entrar, muy por encima de las nubes, en nuestro verdadero País del Sol.

Todos los circunstantes lloraban en el cuarto del enfermo, al oír estas palabras, excepto Palko. Pero tanto más abundantes corrieron sus lágrimas cuando, a eso de las tres de la tarde llegó al atravesar por la pradera cuya hierba ya estaba segada, al sitio en que por primera vez, sentado al lado del cura, le había referido lo concerniente al libro sagrado. ¡Nunca más podrá Palko sentarse a sus pies!

¡Cuán triste le parecían hoy todos los objetos que le rodeaban en aquellas montañas! Las hierbas segadas habían desaparecido en la muerte, sin que quedara una sola; las aves enmudecían; ninguna mariposa revolteaba de flor en flor; el sol mismo estaba velado por sombrías nubes. Una tempestad, en efecto, se venía preparando, sin que Palko lo advirtiese, pues no podía sino llorar sin cesar. Sus lágrimas no se interrumpieron sino en el instante en que, en el mismo lugar que tiempo atrás, aunque algo más arriba, percibió un espléndido arco iris que parecía ser verdaderamente la puerta de los cielos.

El niño alzó hacia esa puerta sus húmedas miradas. ¡Qué magnificencia! ¡Qué hermoso debía de ser el aspecto del otro lado! Pero ¡ay!, ¡qué alta se levantaba!

Palko sintió que, una vez cerrada la puerta detrás de su amado y venerado amigo, éste no podría volver más aquí abajo. Sería, pues, necesario que el Salvador viniese más tarde por él y se le llevase arriba. Pero no faltaría a su promesa de venir a tomarle a sí, para que, “donde Él está, su siervo también esté y contemple su gloria;” esto lo había leído ayer mismo en el Evangelio de San Juan.

¡Oh Señor Jesús! Llévame también cerca de ti — rogó el niño, juntando las manos y apretándolas a su corazón. ¿Qué va a ser aquí de mí, que tan aislado quedaré cuando él ya no esté? El abuelo es ya viejo, y cuando haya muerto como el abuelo Razga, ¿qué será de mí? El cura me había prometido tenerme en su casa, y seguramente que lo habría prometido tenerme en su casa, y seguramente que lo habría hecho. ¿Adónde tendré que ir? Créeme, querido Salvador; no puedo de ninguna manera quedar aquí abajo después de su muerte. Otros podrán disfrutar todavía de la vida como les guste; yo no encontraré placer en nada más. Cuando descubra alguna cosa nueva en el Santo Libro, ¿con quién podré hablar de esto? El podrá preguntarte todo lo que quiera, y podrás explicárselo. Pero, ¿quién me explicará lo que yo no entienda cuando él no esté aquí?

Los relámpagos se cruzaban encima del pobrecito desamparado, el trueno rugía.

El cura le había contado un día la historia del profeta Elías, a quien el Señor había amado tanto, que le envió del cielo un carro de fuego y caballos de fuego para trasladarle arriba, y ahora Palko creía oír el fragor de las ruedas ... ; iba a ver abrirse la puerta para el celestial tiro de caballos encargado de llevar al cielo a su preciado amigo. Pero el sol no tardó en salir triunfante de los nubarrones, la puerta se disolvió poco a poco y los brillantes rayos de luz inundaron de nuevo el País del Sol; sólo de una ligera nubecilla caían todavía gruesas gotas de lluvia.

Palko estaba vestido con su traje nuevo, que había llevado siempre en casa del cura, y corrió a la cueva para guarecerse del chubasco. Pero no penetró en ella, pues vió que había un hombre a quien no conocía, al cual no había visto nunca, y que andaba registrando todos los rincones. A esta vista Palko, cuyo interés despertó en el acto, olvidó por un instante toda su pena.

— ¿Qué busca usted, tío? — preguntó por fin el niño.

El desconocido se volvió en seguida hacia él, y le devolvió cortésmente su saludo.

— ¿Me preguntas lo que voy buscando? Pero dime primero, si lo sabes, quién suele venir a esta gruta; casi se pudiera creer que está habitada.

— ¿Quién viene aquí? — repitió Palko sorprendido — El tío Lesina ha venido una vez, y el cura tres veces — ; pero no volverá nunca más — añadió con tristeza el niño — y yo; es mi gruta.

— ¿Tu gruta? — replicó riendo el forastero.

Palko le observaba: era un joven vestido como un obrero en busca de trabajo.

— ¿Desde cuándo es tuyo, y quién te la ha dado?

El niño quedó un instante como cortado, pero pronto volvió a levantar su cabeza tan atractiva con sus rizos dorados.

— Está escrito en el Libro Santo: “Todo es vuestro”. El señor cura dice que esto significa que Dios ha dado a los hombre toda la tierra. Le he pedido esta cueva, y me la ha dado.

— No eres tonto — dijo el joven sonriéndose — Cuatro años hace hemos ocupado también esta gruta mi maestro y yo, por espacio de algunas semanas, pero sin haberla pedido a Dios.

— ¡Usted ha vivido aquí! — exclamó Palko, acercándose un paso a él. Y, ¿qué hacía?

— Mi maestro estaba enfermo, y los médicos le habían enviado a la montaña. Quería estar solo con su Dios. Me tomó consigo. Yo hacía entonces mi último año de aprendizaje en casa de uno de sus conocidos, y venimos a vivir aquí. Iba a proveerme en los alrededores de cuanto necesitábamos, pero nadie sospechaba nuestra presencia en este sitio; no encendíamos fuego, pues vivíamos únicamente de leche, pan, manteca y frutas. Nos hacíamos un lecho con musgo y algunas mantas, y no lo pasamos mal de esta manera. Mi maestro recobró rápidamente sus fuerzas, y si no hubiera sido preciso para él volver a la ciudad, creo que viviría todavía; pero ya descansa en la fría tierra, en un pueblo de la baja Hungría.

En cuanto a mí, yo soy ahora oficial; voy viajando por el mundo, y se me ha ocurrido pasar por acá para ver lo que ha sido del libro que mi maestro dejó como recuerdo de su permanencia en este lugar. Veo que ha desaparecido; lo habrá hallado alguien y se lo habrá apropiado. ¿Lo, habrá leído “línea tras línea”, según mi maestro lo había recomendado en la primera página?

Palko se estremeció a esta pregunta.

— ¡Aquí está! — exclamó, sacando el libro de su bolsillo. Así, pues, ¿tu maestro lo había dejado de intento?

— Enséñamelo. Sí, es el mismo, y ¡cuán usado! ¿Aquí es dónde lo has hallado?

Palko, sentándose con el forastero a la entrada de la cueva, le refirió su historia.

— Ya ves — dijo con toda sencillez al terminar su narración — lo hemos leído línea tras línea, hemos puesto nuestra confianza en Jesucristo, y hallado el camino del verdadero País del Sol. ¿Tu maestro seguramente lo conocía también, no es así? ...

— Con dificultad se hallaría una persona que lo conozca como él — respondió suspirando el joven.

— ¿Y murió? Entonces, al dejarte, subió también al cielo en un carro de fuego, y ha visto ya al Señor Jesús y el hermoso País. Y ahora, cuando el señor rector muera, se encontrarán allí;

yo le pediré que le dé muchas memorias, y un millón de gracias por habernos dejado este libro, e indicado la manera de leerlo.

El joven enjugó a escondidas una lágrima.

— Tú, seguramente, conoces también el camino — preguntó Palko.

— ¿Yo? No, hijo. Si hubiera obedecido como tú, si hubiera leído y creído (pues mi maestro me había dado otro libro igual a éste), habría podido hallarlo. Pero he dejado de leer y de creer — dijo, encogiéndose de hombros, el joven.

— ¡Cómo has podido hacer esto! Pero lo sientes, ¿no es verdad?, y vas a comenzar otra vez a buscar el camino. Piensa tan sólo en esto: ¿qué hubiera sido de tu maestro, y qué sería del señor rector ahora que está a punto de morir, si no hubiesen conocido el camino que lleva al Señor Jesús? Pero yo ahora debo ir a casa del abuelo. Pediré al tío Liska que te dé un pequeño puesto en su choza; está solo, y he dormido allí más de una vez. Podrás también contar a todos la historia de tu maestro, pues el abuelo y el tío Liska a menudo se han dado de cabezadas para descubrir quién podía habernos regalado este libro. ¡Cuánta verdad es lo que está escrito en él: “No hay nada encubierto que no haya de ser manifiesto”!

— O más bien — contestó el joven — es mucha verdad lo que decía mi maestro acerca de la Palabra de Dios — y Dios mismo es quien lo declara — “Mi palabra, que sale de mi boca, no volverá mí vacía; antes hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envíe”.

Conversando de esta manera, habían llegado a la cabaña de Juriga, y Palko habría pasado delante de ella sin advertirlo, si Dunaj no se hubiera abalanzado hacia su pequeño camarada, saludando con gozosos ladridos su regreso, tanto tiempo esperado.

— ¡Bueno, bueno, Dunaj! Ya sé que me quieres, yo también te quiero; pero ahora bastante me has lamido, que vas a ensuciar mi hermoso traje nuevo. Vamos, nunca lograremos que cambies de modales.

Dióse el perro por entendido, y entró corriendo en la choza para anunciar a su ama la llegada de Palko. ¡Con qué delirio de gozo acogió ésta al niño! El mismo se sintió reanimado al verse recibido con tanta alegría por todos. Lesina estaba ausente; los demás, el abuelo, el tío Liska y la tía Lesina, estaban en casa.

Palko no se había equivocado, pues los dos hombres no se maravillaron poco oyendo a quien el niño había encontrado en el País del Sol. La esposa de Lesina convidó al forastero a cenar con ellos, y Liska se le llevó a su casita por la noche. Pero antes de esto tuvo que contarles otra vez en qué circunstancias había vivido en la cueva con su maestro, y decir todo cuanto sabía de aquel hombre tan piadoso.

Acaban de cenar cuando Juriga dijo de repente:

— Palko; el tío Lesina vuelve hoy con una pesada carga; debieras ir a su encuentro hasta la choza del tío Liska, y aliviarle, cuando menos, del hacha: Al punto estuvo el niño de pie; habría hecho cualquiera cosa por el abuelo, que le manifestaba aquel día tanto cariño y ternura, cual si estuviese poseído de un inmenso gozo. Lo mismo sucedía con Liska; y Palko, sin acertar a explicarse la causa de esto, tenía el corazón lleno de ánimo y de contento. Tenía la impresión de que si el cura muriera, alguien, sin embargo, le quedaría, y no le dejaría abandonado. Además, el abuelo había dicho que tenía que hablarles todavía de él, tan pronto como el tío Lesina volviese.

— Sí — repitió Liska, limpiándose de prisa una lágrima — corre a su encuentro.

Palko salió ligero; pero al llegar apenas a mitad del camino, vio cerca del salto de agua a Lesina mismo, que se acercaba, sumido en una profunda meditación.

— Buenas tardes, títo.

— ¿Aquí estás, Palko? — dijo éste, soltando su hacha, fuera de la cual no llevaba nada.

— Sí, aquí estoy — contestó el niño poniendo su mano en la de Lesina — Yo venía para ayudarle a llevar algo, pero veo que no trae nada.

— La carga era de tanto peso, que la he dejado en casa del tío.

Y Lesina se puso otra vez en camino, sin soltar la mano del niño.

— Tío — dijo éste a quien oprimía el silencio del hombre — ¿qué le pasa? ¿Está enfermo o tiene alguna pena?

— ¿Por qué, Palko?

— Porque no dice una palabra. No se enfade de que se lo pregunte, pero tiene usted hoy no sé qué de extraño, y todos los demás también.

— Mira, Palko — dijo Lesina, sentándose en una roca cubierta de musgo, y atrayendo hacia sí al niño — sentémonos un poco, pues estoy cansado. Y mientras descansamos, te voy a contar lo que nos ha acontecido en tu ausencia. — Su voz temblaba un poco.

— ¿Os ha acontecido algo? Ya me lo he figurado en seguida.

— Sí, hijo mío. — ¿Qué te parece? He hallado a mi Mischko.

— ¿Qué dice? — exclamó Palko, en el colmo de la sorpresa y de la alegría — ¿Dónde ha sido esto? Le ruego me lo cuente todo, desde el principio — suplicó el niño arrimándose más a él.

Algún esfuerzo le costó a Lesina no abrazarle y apretarle contra su corazón; dio un profundo suspiro, y con dificultad empezó su narración.

— Sí, te lo voy a contar todo desde el principio. Si no hubieras dicho al señor Malina que la tía Razga te había hallado, y que mi mujer buscaba a su niño, yo no sabría dónde está mi querido hijo. Te acuerdas de que el señor cura pasó recado al abuelo, pidiendo a éste que viniera a verle. Él entonces lo dijo al abuelo, quien me lo ha repetido, y así ha sucedido, que después de buscarle por siete años, he encontrado por fin a mi Mischko. Pero, tienes razón, es menester que te refiera primero cómo había perdido a mi hijo.

Palko hubiera preferido mucho no oír esta triste historia, pues el tío Lesina decía de sí mismo cosas tan feas, y le daba tanta lástima ... ¡Pobrecita tía Lesina! Por esto es tan extraña, únicamente porque su corazón sufre mucho.

Pero la continuación era más agradable de oír: una mujer había hallado al pequeño Mischko en la montaña, y le había adoptado. “¡Precisamente como yo, pensó Palko!” Y he aquí que el niño pasa también de un abuelo a otro; esas buenas gentes le adoptan y crían por amor de Dios.

De repente Lesina se detiene en su narración apoyando su cabeza en la mano, como si no supiera más lo que sucedió después. Por fin, Palko, envalentonado con la confianza que le demuestra, le pregunta:

— Tío, ¿está su niño todavía con el segundo abuelo?

— Sí, Palko — contestó Lesina, suspirando profundamente.

— Entonces, ¿por qué no lo toma consigo, para que la pobrecita tía deje de buscarle?

Es que no estoy seguro de que acepte tener por padre a un gran pecador como yo; tal vez tenga miedo de mí, por más que yo esté cierto que no le haré jamás daño alguno. Desde aquel día no he probado siquiera ninguna bebida espirituosa. Además de esto, he hallado aquí al Señor Jesús; Él me ha perdonado como al publicano del templo; pero para mi hijo yo seré siempre el que le ha obligado a vivir con extraños, como un huérfano, lejos de su tierna madre, el que le ha echado a la montaña. Si tuviese miedo de mí, y se sintiese infeliz conmigo, ¿qué sucedería? Con su abuelo vive feliz, porque está acostumbrado a él; mientras que yo, por más que la quiera mucho, muchísimo (y sabe Dios cuánto), para él no soy sino un extraño.

— No diga esto, tío — interrumpió Palko, tomándole las manos en las suyas; tómele sin más en su casa. El Señor Jesús ya sabrá obrar de modo que le quiera y vaya gustoso con usted sin tenerle miedo. ¡La tía y yo hemos orado tanto que nos lo haga

encontrar! Yo tenía la seguridad de que habría sido recogido por personas buenas. Y puesto que Él nos ha oído, lo demás también lo hará. Pierda usted cuidado, tío.

— Y si fueses tú, Palko, ¿no me tendrías miedo? ¿Dejarías al abuelo por mí?

El niño se puso colorado hasta la raíz de los cabellos. Respirando con fuerza, apoyó en la mano su cabeza, y reflexionó.

— ¿No tendrías miedo de mí? ¿Podrías quererme un poco, por poco que fuese? — preguntó Lesina, atrayéndole a su lado.

— Eso no, títo; no tendría miedo, pues le quiero.

— ¿Tú me quieres, Palko? ¿le veras me quieres un poco a pesar de saber cuán malo soy?

— No hable así títo, pues me da mucha pena — dijo el niño con acento de súplica, poniendo su manecita en los labios del hombre. En una epístola que he tenido que leer al señor rector, y donde se trata de toda clase de hombres malvados, está dicho: “Y esto erais algunos de vosotros, pero ahora ya no sois tales”. El señor rector decía también que el Señor Jesús todo lo había perdonado al publicano cuando éste vino a Él, y que desde aquel día, el publicano se había hecho un hombre bueno.

— Pero, ¿crees que si fueras tú mi hijo podrías perdonármelo todo? Piénsalo bien.

— ¿Perdonarle, perdonarle qué? — preguntó atónito el niño.

— Pero, ¿no tengo yo la culpa si eres huérfano de padre y de madre, criado por personas extrañas? ¿No es esto la consecuencia de mi pecado?

— Yo sí que podría perdonarle; ¿pero por qué me dice todo esto? — preguntó Palko, separándose del brazo de Lesina, y plantándose delante de él con los brazos cruzados. ¿Si seré yo vuestro Mischko?

A esto siguió un profundo silencio. Lesina se echó al suelo ocultando su cara con sus manos.

— Títo — dijo Palko, arrodillándose con simpatía a su lado y poniendo su cabecita sobre el brazo de Lesina — ¿soy yo vuestro hijo?

— Sí, tú eres mi hijo. ¡Oh, cuán penoso me es verme obligado a darme a conocer de esta manera!

Y levantándose de repente, apretó al niño entre sus brazos, cubriendo de besos su frente, sus ojos, sus mejillas y su boca ... “¡Hijo mío, mi hijo amado!”

— No llore, títo — imploraba el niño estrechándole. ¿Quién dirá lo que en aquel momento pasaba en su tierno corazón?

— No me llames más así, no soy tu tío; llámame padre, que yo pueda por fin oír una vez este nombre.

— ¡Mi padre, mi querido papá! — exclamó el niño, llorando también a lágrima viva.

Así, pues, no tendría ya motivo de acongojarse por saber adónde iría cuando el abuelo muriera; ya tenía padre y madre. ¡Oh, cuán bueno es el Señor Jesús!

A los que estaban en la choza les parecía que necesitaban mucho tiempo aquellos dos para llegar desde el salto de agua. Pero cuando, al resplandor de la lumbre, el viejo Juriga les vió entrar cogidos de las manos, comprendió al punto que eran un padre con su hijo, y su viejo corazón se estremeció de gozo.

El joven forastero no se cansaba de hablar de su difunto maestro. Los oyentes, cautivados con sus narraciones, no las podrán olvidar; y él misma ¿olvidará jamás lo que Juriga y Liska le refirieron del niño perdido y por fin hallado?

— Ya ves, Palko — dijo alegremente — en este caso ha sucedido precisamente lo que en aquel cuento de hadas que me has contado: al entrar en la cueva, el joven príncipe halló a la vez el País del Sol y a su propio padre.

XVII Donde el cura llega al País del Sol

El otoño había hecho su aparición más pronto que se esperaba. Una helada prematura había dado el golpe de muerte a las últimas flores; el canto de las avecillas había cesado; las golondrinas habían salido para lejanas y más calientes comarcas, llevando consigo el verano, y las ocas silvestres habían imitado su ejemplo. No se oía en la montaña, despojada de sus verdes galas, sino el graznido de los cuervos que se juntaban en grandes compañías. Mientras algunos árboles quedaban cubiertos todavía de hojas doradas o grises, otros, al contrario, ostentaban sus ramas desnudas, y a sus pies estaba tendida una densa alfombra de hojarasca de ricos colores.

Lo mismo que en aquel día de primavera en el cual se abrió nuestra narración, hallamos en la triste soledad de las montañas al niño Palko Juriga, como las gentes le llamaban todavía, a pesar de conocer ahora su verdadero origen y nombre. La semana anterior, a la repentina llegada del frío, los leñadores habían bajado a la aldea, y en la mudanza el abuelo había perdido u olvidado su gran taladro, y a consecuencia de esto, Palko había vuelto a la choza para buscarlo y no había tardado en hallarlo.

Pero, ¡qué silencio reinaba en aquellos montes! Ninguna choza estaba habitada, y no se veía un solo ser humano por aquellos contornos; sólo las liebres corrían libremente acá y allá, y las ardillas daban alegres saltos sin recelar peligro alguno.

El niño aquel día no tenía miradas para ellos, no gritaba “¡Hola!” a los ecos, ni reía tampoco. Su rosada carita, rodeada de dorados bucles, estaba tan pensativa, que un pintor le hubiera tomado, sin dificultad, por modelo de aquel niño que en el milenio conduce juntos a los pastos, osos, leones y leopardos con ovejas y bueyes; sí, juntos, pues entonces reinará el Príncipe de la Paz, y todas las naciones le alabarán. Bajo su dominio nadie se ensayará más para la guerra, y los pueblos convertirán por fin sus espadas en herramientas para labrar la tierra, la tierra nueva. No siendo más regada con sangre humana, el trigo crecerá más hermoso, los campos rebosarán de doradas espigas, y resonarán en ellos los cantos de alegría, porque entonces la tierra estará llena del conocimiento del Señor.

Pero, ¿en qué podía pensar Palko? No le faltaban motivos para reflexionar. De la misma manera que, al llegar al final de un libro el lector lo vuelve a hojear, así echaba el niño una mirada atrás los sucesos que habían ocurrido en su vida desde la primavera. ¿Quién le hubiera dicho entonces que tendría hoy un padre, un padre tan bueno, que cualquier niño de su edad podría envidiarle? ¿Y que tendría un abuelo como el suyo, que no regañaría, ni blasfemaría, y en cuya morada el Señor Jesús se complacería en habitar?

Y, ¿quién le hubiera dicho que tendría una madre — ¡y qué madre! — sin par en el mundo? Ya no era ella la pobrecita tía melancólica de antes; que huía a lo lejos; pues el Señor Jesús la había oído, y a su papá también, cuando con tanto fervor habían orado a Él, y había sanado por completo a su mamá.

Además de esto, desde la semana anterior tenía Palko una persona más que querer, y que le quería mucho también a él: era la abuela Lesina. ¡Oh qué abuela tan buena! Una persona más

a la cual Palko podía enseñar el camino del País en el que al verano no sucede el otoño, y donde el sol no se pone nunca.

Su padre había estado ausente por espacio de tres semanas; había arrendado toda su hacienda, conservando sólo algunos muebles y utensilios de casa, y al hacer la mudanza había traído consigo a la abuela, y ahora vivían todos en la casa del abuelo Juriga. Así, pues, Palko no se separaría de él; todos, por el contrario, rodearían al anciano de cuidados cariñosos, hasta el regreso de uno de sus hijos de América o hasta su muerte. El inquilino que había ocupado antes una parte de la casa, acababa de dejarla para ir a habitar una casita que había comprado; de manera que no faltaría espacio, y había sido fácil transformar en taller aquella habitación. Su mamá había limpiado a fondo la casa, con la ayuda de la abuela Lesina, y el abuelo la había restaurado de tal modo que parecía nueva, tanto interior como exteriormente. Palko en más de una ocasión había ayudado a unos y a otros; ¡y qué placer había sido para él ver que podía ser útil en algo!

La abuela había traído su rueca para hilar en invierno, mientras la madre se dedicaría a coser y remendar la ropa. Quería ella que Palko poseyese una camisita bordada. En cuanto a él, les haría la lectura por la noche y fuera de las horas de escuela; además de esto, tenía la intención de comenzar a aprender un poco el oficio de su papá. ¡Qué descanso para él verse libre del cuidado de ser una carga para el abuelo! Ahora tenía un padre, y esto era muy distinto. Sí, ¡qué bueno es el Señor Jesús!

— Tú lo has hecho todo, Señor Jesús. Si no te hubiéramos conocido, jamás tomaran las cosas este giro ... Y Palko se preguntaba cómo había podido vivir tanto tiempo sin conocer a Jesús. ¿De qué pudiéramos hablar si no tuviéramos el libro santo?

Este pensamiento hizo que acelerase su marcha, pues no sólo traía el gran taladro del abuelo, sino que debía pasar por la gruta donde se había dejado el libro; Juriga se lo había encargado.

— Has hecho mal en dejarlo allí, muchacho. No vendrá nadie a la gruta en invierno, y nada te impedirá llevarlo otra vez por la primavera, si el Señor nos concede salud y vida, puesto que tenemos ahora otra Biblia. Puede ser que entonces el libro sea descubierto de nuevo por alguna persona tan ignorante como éramos nosotros, y quiera Dios que le sea de tanto provecho como a nosotros.

Palko caminaba alegremente, deseoso de recobrar su precioso libro, del cual le había parecido muy duro separarse; si no fuese por amor a otros, no habría tenido valor suficiente para aceptar este sacrificio. Fué, pues, a la cueva, lo tomó y contempló un instante, como para despedirse de aquellos lugares de los cuales le costaba tanto sentimiento alejarse. Aunque ya no había flores en la pradera, salvo unos pocos cólchicos, el sitio era todavía encantador; el sol de otoño que brillaba después de algunos días lluviosos y fríos, parecía caliente y vivificador. Y el corazón del niño se sentía poderosamente atraído hacia aquel rincón apartado del mundo. ¿No era allí donde había columbrado la espléndida puerta del cielo que acababa de cerrarse detrás de su bueno y amado maestro?

Sí, Palko lo tenía ahora todo para ser feliz; pero no podía pensar en el señor rector, sin sentirse el corazón oprimido. Siempre de nuevo, y más aun aquel día, se acordaba involuntariamente de la manera cómo el Señor había oído por fin las oraciones de su siervo, concediéndole, aunque sin sanarle, que pudiese consumirse al servicio de Cristo como un cirio en el altar — y cual un cirio su vida se había apagado.

Aquel lunes en que Palko había vuelto a la rectoría, el moribundo se había alegrado con él en gran manera de que hubiese recobrado a sus padres. Los había invitado a todos, por medio de la mujer del guarda, que casualmente estaba allí, a venir a verle, y vinieron todos: el padre, la madre y el abuelo. Habló largo rato y oró con ellos; el abuelo no podía olvidar esta oración.

— Ustedes son protestantes; yo, católico — les dijo al despedirse de ellos — Pero a todos los que han recibido a Cristo les ha dado potestad de ser hechos hijos de Dios, tanto a los unos

como a los otros; y en el cielo adonde voy ahora no habrá diferencia alguna. Solamente deseo que le permanezcan fieles para que nos encontremos arriba.

El martes y miércoles siguientes parecía de veras estar mejor, hasta el punto de poder pasearse a paso lento por la habitación, lo que causó una gran satisfacción a Palko y a todos los demás. Se hizo acompañar a la iglesia por el joven vicario, y allí oró ante el altar. Después habló en latín con él como si le pidiese algún favor. Sólo cuando habló en eslovaco entendió Palko de qué se trataba.

— Prométame, hermano — decía el cura — no quitarles estos libros que les he dado; que los guarden como recuerdo de mí. Su lectura es la que me permite morir en paz.

Palko pudo ver al vicario dar la mano al cura, y en seguida éste se arrodilló otra vez para orar.

El día siguiente pidió salir un poco de la casa, y el tiempo era tan hermoso, que el médico mismo le llevó al jardín; allí se sentó, bien arropado, en un sillón, y le pusieron el almuerzo en un velador a su lado. Cuando su hermana levantó la mesa le dijo:

— Me gustaría ahora que Palko me contara algo, y después quisiera dormir un rato en este aire tan delicioso, pues me da sueño.

— Está bien, querido hermano — dijo la señora de H., besándole en la frente. Aprovecharé este momento para ventilar por completo la habitación y hacer tu cama.

— ¡Qué el Señor Jesús te pague, a ti y a tus hijos, tu amor por mí! — respondió tiernamente el enfermo.

— Una vez solo con Palko, tomó su Testamento diciendo: Palko, léeme algo de nuestro País del Sol.

Conformándose con el deseo del cura, el niño leyó, en el libro maravilloso del Apocalipsis de San Juan, la descripción de la ciudad gloriosa que no tiene necesidad de sol ni de luna, y después, la del río limpio de agua de vida. El cura le dio algunas explicaciones, terminando con estas palabras:

— Mira, Palko mío, de cuantas cosas hermosas descubriremos al llegar al País del Sol, la más hermosa será ... Aquel que está sentado en el trono, Jesús, el Cordero de Dios.

Después juntó las manos y cerró los ojos, como solía cuando quería orar. Arrodillado a su lado, Palko apoyó su cabecita en las rodillas de su amigo y oró también. Pero como la oración del cura pareciese alargarse bastante, Palko por fin alzó los ojos: el enfermo, inclinaba la cabeza, se había dormido sosegadamente sólo de vez en cuando respiraba con más fuerza.

Un sentimiento indecible, tan solemne como dolorosa, invadió el corazón de Palko; apenas se atrevía a respirar, temiendo incomodarle, porque permanecía por completo inmóvil. Sobre su rostro había pasado antes como una nube de tristeza, pero ahora lo visitaba sin duda algún hermoso sueño, pues sonreía como quien goza de perfecta felicidad.

Oyendo pasos cerca de él, Palko miró, y viendo al vicario, le hizo señal de andar despacio. Este se acercó sin ruido. Pero no bien se inclinó hacia su amigo, cuando dio un grito que resonó por todo el jardín.

¡Ay! No podía creerlo Palko, y sin embargo, era verdad: el cura no dormía, estaba muerto. ¡Oh!, ¡cuán triste, cuán triste!

Ahora mismo, al pensar en esto, los ojos del niño se llenaban de lágrimas. Todos aquellos sucesos y circunstancias, aquellas últimas palabras, se habían grabado tan profundamente en su memoria, que jamás los podría olvidar.

Pero, ¿para qué llorar? — dijo de repente — ¡Él es tan feliz arriba! El médico decía que una hemorragia interna había sido la causa de su muerte. Esto no lo creía Palko: el Señor Jesús es quien vino y se lo llevó. Ahora ya lo ha visto todo: le ha visto a Él, que es el más hermoso de cuanto existe en el trono del Cordero, y ha encontrado al desconocido que nos ha dejado el libro, y le ha dado gracias de mi parte. Y yo también algún día iré allá arriba.

Alzando los ojos hacia la puerta de los cielos, Palko, apoyada la cabeza en sus manos, siguió dando curso a sus pensamientos, tratando de representarse cómo pasarían las cosas, cuando le tocara que el Señor Jesús viniera por él, y que podría, por fin, llegar al verdadero País del Sol.